

Novia

ISSN: 1605-7920

No. 36 de 2012

160 Aniversario del natalicio
de José Martí

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Edición

SILVIA GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

Coordinador editorial

MAURICIO NÚÑEZ RODRÍGUEZ

Diseño

J. PEDRO CAMEJO DOMÍNGUEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS
ELIADES ACOSTA MATOS
LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ
ROLANDO BELLIDO AGUILERA
MARLÉN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ
OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ
ORDENEL HEREDIA ROJAS
HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO
FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA
JORGE LOZANO ROS
RAÚL RODRÍGUEZ LA O
PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ
ADALBERTO RONDA VARONA
RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT
JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

**Fundadores de la Sociedad
Cultural "José Martí"**

ARMANDO HART DÁVALOS
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR
EUSEBIO LEAL SPENGLER
CARLOS MARTÍ BRENES
ABEL PRIETO JIMÉNEZ
ENRIQUE UBIETA GÓMEZ
CINTIO VITIER BOLAÑOS

Redacción

Calzada 801½ entre 2 y 4
El Vedado, La Habana, Cuba
Tel.: 830 8289 y 838 2298
Fax: 8334672
revhonda@cubarte.cult.cu

Impresión

Ediciones Caribe

**Nuestro agradecimiento al pintor y
escultor Enrique Ávila por sus valiosas
obras, en especial su imagen de Martí,
que aparece en la cubierta de este
número.**

Edición financiada por el Fondo de
Desarrollo de la Cultura y la Educación

Sumario

Ideas

Armando Hart Dávalos. José Martí y la Revolución Cubana / 3

Luis Ernesto Martínez. José Martí en Eduardo Chibás. Los grandes
guías de la Generación del Centenario / 8

Rodolfo Sarracino Magriñat. Aproximación a la estrategia
internacional de José Martí: 1887-1895 / 18

Ivan Schulman. La mirada martiana del Oriente frente a la
globalización modernista / 23

Pedro Pablo Rodríguez. "No desaparecería mi pensamiento".
Universalidad creciente de José Martí / 26

Acontecimientos

Mauricio Núñez Rodríguez. El puente de Brooklyn desde la mirada
de José Martí. Aniversario 130 de su inauguración / 30

Yuseli Pestana Llerena. La huella martiana en el ideario de Ramiro
Guerra Sánchez / 36

David Leyva González. La crítica de artes plásticas en José Martí:
México y Guatemala / 44

Mayra Beatriz Martínez López. Rabinal Achí y El Güegüense: "De
comedias indígenas, que es de lo que vamos hablando" / 50

Caridad Atencio Mendoza. José Martí: la metáfora de su vida / 56

Presencia

Enrique José Varona. Martí y su obra política / 61

Ala de colibrí

Alpidio Alonso-Grau. Hirsutos, libres / 64

Páginas nuevas

Yoel Cordoví Núñez. En torno a las concepciones martianas sobre
desarrollo socioeconómico / 66

Yamil Díaz Gómez. Acerca de Convivencias de El Viajero / 67

Carmen María Torres Ruisánchez. Tres mujeres en la vida de José
Martí: agonías de un apóstol / 70

Yisleny López Delgado. Las miradas martianas de Osmar Sánchez / 72

En casa

Adelaida Ramos Leal. III Taller Nacional de Bosques y Jardines
Martianos / 74

Mauricio Núñez Rodríguez. El verano en la Sociedad Cultural / 75

Filial de Las Tunas. Sociedad Cultural "José Martí" en Las Tunas:
15 años de vigente amor / 76

Eloísa Carreras Varona. Fúster en el Proyecto Chronicas / 77

Pedro Pablo Rodríguez. VII Reunión del Consejo "José Martí" de
Solidaridad Mundial / 79

Nuestros autores / 80

La publicación de un escrito no significa la adhesión de la Sociedad Cultural "José Martí" a su contenido.

Página del director

Parecía que el mes de enero de 1853 iba a pasar de largo para el expectante matrimonio Martí-Pérez, del piso alto de la pequeña y muy modesta casita con el número 41 de la calle Paula –próxima a la Puerta de la Tenaza de la Muralla que acinturaba La Habana por aquel entonces– cuando en la tarde del día 28 se escuchó el llanto de un varón primogénito al que llamaron José. Pocos días después, el 12 de febrero, al ser bautizado en la iglesia del Santo Ángel Custodio se le dio para andar por el mundo el nombre de José Julián Martí y Pérez.

Han transcurrido ciento sesenta años de aquel nacimiento y no obstante el tiempo transcurrido puede afirmarse, sin lugar a duda, que su presencia entre nosotros es cada día más intensa y profunda. Y es que para los cubanos, José Martí, no es solo el poeta, el periodista, el maestro, el organizador de la guerra necesaria para la independencia. Es todo eso, y además, el Apóstol, el profeta, el visionario que se adelantó a su tiempo y que tiene mucho que decir sobre los problemas del presente y hacia el porvenir.

Por otra parte, Martí y su pensamiento se han convertido en un referente histórico insoslayable para el análisis y la búsqueda de soluciones a los graves problemas que afectan hoy a la humanidad y, en especial, para lo que él llamó Nuestra América.

Hace poco más de un año en Caracas tuvo lugar la Conferencia Cumbre fundacional de la Comunidad de Estados de América Latina y el Caribe. Un sueño de dos siglos se hizo finalmente realidad, y los forjadores de lo que durante mucho tiempo pareció una utopía inalcanzable estuvieron vivos y actuantes en la bella sala del fuerte Tiuna y en las calles engalanadas con sus imágenes por toda la ciudad. José Martí, en regreso triunfal, se hizo escuchar, con sus sentencias inspiradas por la razón y la poesía, en aquella sala donde se congrega-

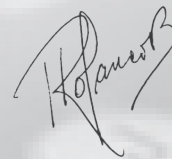
ban los jefes de Estado y de gobierno de la región. También Bolívar estaba allí indicando el camino hacia la Patria Grande.

Lo verdaderamente original en Martí es que un poeta, que nos emociona con sus *Versos sencillos*, o con “Yugo y estrella”, o con los versos del *Ismaelillo*, que dedica a su hijo, fuese capaz de organizar un partido para conducir una guerra, de conspirar y preparar en secreto expediciones, de convencer y unir generales de enorme prestigio como Antonio Maceo y Máximo Gómez para reiniciar la guerra, que él llamó necesaria, contra España.

Este número de *Honda* está dedicado por entero a su figura y es nuestro modesto homenaje al aniversario ciento sesenta de su natalicio que festejamos junto a todo el pueblo cubano.

Todas las secciones habituales de la revista recogen trabajos sobre la obra martiana, poemas suyos, reseñas de libros dedicados al estudio de alguna faceta de su pensamiento. Aspiramos a que constituya un material útil para todos los que desde la docencia, la promoción cultural o como lectores de la revista se interesen en su vida y su obra.

La celebración los días 28, 29 y 30 de enero de 2013, coincidentemente con el aniversario de su natalicio, de la III Conferencia Internacional Por el Equilibrio del Mundo, que la Sociedad Cultural “José Martí” coauspicia, y que congregará en La Habana a prestigiosas personalidades y estudiosos de su obra de numerosos países, será un homenaje universal a su figura y a la vigencia de su pensamiento. ■



RAFAEL POLANCO BRAHOJOS
Director



Tal como soy (2008), Lázaro Luperón Sánchez.

José Martí y la Revolución Cubana

ARMANDO HART DÁVALOS

Al dar a conocer a los cubanos y al mundo las bases programáticas de la guerra “necesaria, humanitaria y breve” por la independencia de Cuba frente a España, que se había iniciado el 24 de Febrero de 1895, José Martí señaló, en las primeras líneas del Manifiesto de Montecristi, que la nueva contienda que se iniciaba era la continuación de la que convocara, en 1868, Carlos Manuel de Céspedes. En la conmemoración del centenario de aquella primera gesta por la libertad de Cuba, en 1968, Fidel Castro proclamó que la Revolución triunfante el 1º de Enero de 1959 formaba parte inseparable de las luchas iniciadas un siglo antes, estableciendo un nexo de continuidad entre aquellas y esta. Ya en 1953,

en el juicio que se le seguía por el asalto al cuartel Moncada, el propio Fidel Castro había exaltado la figura de José Martí como autor intelectual de aquella acción armada contra la dictadura impuesta un año antes por Fulgencio Batista. Al hacerlo, subrayaba la continuidad histórica de la única revolución que ha existido en nuestro país, la iniciada el 10 de Octubre de 1868 con la proclamación de independencia del país por Carlos Manuel de Céspedes, continuada el 24 de Febrero de 1895 con la guerra organizada e inspirada por Martí y reiniciada por Fidel con la heroica gesta del Moncada en 1953.

Fidel situó la acción del cuartel Moncada como un nuevo eslabón de la lucha por la independencia

radical de Cuba. En su trascendental defensa ante el Tribunal de Urgencia, conocida después como “La historia me absolverá”, reivindicó el ideal de independencia o muerte de nuestros mambises y sentó las bases para la consigna que la Generación del Centenario exaltaría en primer plano: “Libertad o muerte”. Meses después, Fidel proclamó que en 1956, seríamos libres o mártires. Esto nos condujo a la victoria del 1º de Enero de 1959 y posteriormente a la proclamación del carácter socialista de la Revolución el 16 de abril de 1961.

Pero quién fue aquel hombre excepcional que medio siglo después de su muerte seguía inspirando la acción de los revolucionarios cubanos, que fue capaz de organizar y convocar una guerra contra España en las postrimerías del siglo XIX y señalar al propio tiempo los peligros que para la independencia de Cuba representaban los apetitos imperiales de Estados Unidos.

José Martí enriqueció y elevó a planos universales superiores con sentido de continuidad el patrimonio cultural cubano que había asumido siempre en sus formas más puras las tradiciones éticas cristianas y la modernidad europea sin ponerlas en antagonismo. En su pensamiento están presentes algunos elementos claves que queremos destacar: utilidad de la virtud, equilibrio del mundo, formas cultas de hacer política, educación y solidaridad.

Empecemos por la utilidad de la virtud, que es en esencia el tema de la ética tratado durante milenios y precisamente las religiones han sido las que más se han ocupado de él. Por ello he afirmado que la importancia de la ética para los seres humanos, la necesidad de ella, se confirma por la propia existencia de las religiones, donde ha ocupado un lugar preeminente. Su valor y significación son válidos tanto para creyentes como para no creyentes. Los creyentes derivan sus principios del dictado divino; los no creyentes podemos y debemos atribuirselos, en definitiva, a las necesidades de la vida material, de la convivencia entre seres humanos.

La clave se halla en que en nuestro país, como ya señalamos, desde la forja del pensamiento científico e incluso religioso, no se situó la creencia en Dios en antagonismo con la ciencia, se dejó la cuestión de Dios para una decisión de conciencia individual. Ello facilitó al pensamiento cristiano y su fundamentación ética y a las ideas científicas una articulación de extraordinarios resultados en la historia de las ideas cubanas.

La ética martiana establece una relación íntima entre inteligencia, bondad y felicidad. Para Martí no hay felicidad mayor que la de hacer un bien a los demás. Del mismo modo, la maldad conduce inevitablemente a la infelicidad. Tanto en *La Edad de Oro* como en otros documentos del Apóstol se tiende a establecer esa vinculación. Estas ideas se relacionan también con lo planteado por el compañero Fidel acerca de que el gran potencial que tiene el hombre hacia el futuro es la parte del cerebro, de la capacidad intelectual que tenemos y no utilizamos. ¿Y cómo utilizarla más? Diríamos, como Martí, que se puede utilizar más si se logra vincular la inteligencia con el amor.

Otro elemento importante en Martí es lo que él llamó *el equilibrio del mundo*. Resultó profético el mensaje que nos dejó en su carta inconclusa a Manuel Mercado, en vísperas de su muerte. Para el Apóstol la guerra de independencia de Cuba se hace con el fin de evitar que Estados Unidos se apodere de las Antillas, caiga con esa fuerza más sobre las tierras de América y ponga en peligro el equilibrio del mundo. En su concepción, el mensaje incluye al pueblo norteamericano porque Martí también afirmó en otro documento que aquella guerra se hacía para salvar el honor de la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio obtendrá más segura grandeza que en el oficio inhumano de apoderarse de sus vecinos menores, o en la guerra que tendrá que echar contra el mundo, coaligado contra su ambición.

La fórmula martiana concebía asimismo salvar el honor de Estados Unidos. De aquí la importancia del mensaje martiano para establecer un diálogo con el pueblo norteamericano acerca de los peligros que amenazan la existencia del género humano en nuestro planeta:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza

que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.¹

La idea del equilibrio es pues una de las claves esenciales del pensamiento martiano, como toda su cosmovisión fundada en la integridad de los diversos órdenes de la realidad, procede de su concepción del equilibrio en cuanto ley matriz esencial que rige tanto para la naturaleza como para el espíritu, el arte, la ciencia, la economía, las relaciones sociales y la política, y cómo solo es posible alcanzar esta síntesis a escala social con una cultura volcada hacia la acción. José Martí la llevó al terreno de la educación y la política práctica.

Otro aspecto importante de la cultura de José Martí es lo que he llamado “la cultura de hacer política”. Creo que todos los grandes pensadores cubanos, empezando por Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Martí, Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Alejo Carpentier, Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, todos los grandes pensadores, en su inmensa mayoría fueron profesores, maestros, educadores lo que constituye una originalidad cubana. Ellos aspiraron a lo que Fidel está planteando acerca de la cultura general integral. Lo original en Martí, que también asume y enriquece Fidel, es que además de esa cultura general integral, que todos los grandes pensadores concibieron, está en que sentó las bases para la cultura de hacer política, de cómo debe hacerse política. Me parece muy útil conocer la definición que Martí nos da del término política:

La política es el arte de inventar un recurso a cada nuevo recurso de los contrarios, de convertir los reverses en fortuna; de adecuarse al momento presente, sin que la adecuación cueste el sacrificio, o la merma importante del ideal que se persigue; de cejar para tomar empuje; de caer sobre el enemigo, antes de que tenga sus ejércitos en fila, y su batalla preparada.²

El rasgo esencial de esta concepción es superar el “divide y vencerás” de la vieja tradición reaccionaria

de Maquiavelo y aun de antes, de la época de Roma, y asumir el principio “unir para vencer”. Y hoy lo que ocurre es que el principio de “divide y vencerás” ha perdido eficacia práctica. La tuvo en el pasado para los intereses explotadores, pero ahora los problemas que afronta la humanidad tienen un alcance global y es preciso unir voluntades para encarar su solución. Ya no funciona como antes el “divide y vencerás”, y el mejor ejemplo lo tenemos en la política irracional que sigue la administración norteamericana en relación con el terrorismo o con los problemas internacionales.

Desde una aspiración revolucionaria, para hacer una política guiada por la idea de unir para vencer, hay que orientarse por un pensamiento universal y defender los intereses de todos los individuos por igual. Hay quienes hablan de defensa de los derechos humanos, democracia, respeto a la individualidad, pero en realidad están defendiendo los derechos de unos cuantos. Los ideólogos burgueses exaltan el concepto del individualismo, pero no tienen en cuenta los millones y millones de individuos que carecen de esos derechos. Como dije en cierta ocasión a un amigo francés, nosotros asumimos la consigna: libertad, igualdad y fraternidad, pero para todo el mundo. Incluye, desde luego, a vietnamitas, chinos, iraquíes, afganos, neoyorquinos, a los que nacen en cualquier lugar de Estados Unidos, a los que nacen en América Latina, en Cuba, en cualquier parte. Como dijo Martí: “[...] dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos”.³

Resumiendo lo expuesto sobre las concepciones martianas, podemos subrayar la importancia de estos principios: la utilidad de la virtud, el equilibrio del mundo y la cultura de hacer política, y la facultad humana de asociarse. Pienso que debíamos profundizar en su estudio.

Todos estos elementos los heredó también la Generación del Centenario, y los recibió por medio de la ética martiana. Hoy ella es más necesaria que nunca antes porque lo que está en juego no es solo un país o una clase social. Está en juego la existencia misma de la especie humana.

Fidel lo ha expresado de manera dramática: “O cambia el curso de los acontecimientos o no podría sobrevivir nuestra especie”. Efectivamente, para materializar las elevadas ideas señaladas es indispensable la acción política. Por muchos análisis

¹ José Martí, “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 3, p. 142.

² J. Martí, “Escenas europeas”, ob. cit., t. 14, p. 60.

³ J. Martí, “Mi raza”, ob. cit., t. 2, p. 298.

que hagamos en el infinito laberinto de las cifras y los datos económicos, y de las concepciones filosóficas y sociales más justas, solo se podrán afrontar eficazmente estos desafíos con ideas políticas fundamentadas en la cultura.

De aquí que resulte necesario unir la más amplia gama de fuerzas interesadas en librar este combate. Para ello es imprescindible una política radical y armoniosa. Martí era un hombre radical y armonioso, por eso se planteaba superar el viejo principio “divide y vencerás” y hacer prevalecer el postulado “unir para vencer”.

En Martí la práctica política tiene fines éticos, ella se relaciona con el objetivo trascendente. Esto es posible porque la definición martiana de la ética viene dada por el postulado de José de la Luz y Caballero de que la justicia es el sol del mundo moral y, obviamente, el fin de la práctica política martiana es la justicia. En Martí defender la justicia como objetivo esencial de la política se vincula también con los más altos principios del derecho. Dijo: “Existe en el hombre la fuerza de lo justo y este es el primer estado del Derecho.”⁴

Ética, política, derecho y solidaridad son categorías diferentes pero relacionadas en el pensamiento martiano. Su articulación está en la esencia del ideario cubano y solo se puede lograr en la práctica de hacer justicia, que es lo más elevado de la cultura cubana.

En los años cuarenta del pasado siglo, el movimiento de oposición a los regímenes corrompidos y tiránicos, las fuerzas progresistas de nuestro país, hicieron suyas las siguientes banderas:

- Libertad política.
- Independencia económica.
- Justicia social.
- Lucha contra la corrupción.
- Combate al crimen.
- Defensa del régimen de derechos para todos.

He ahí la cuestión, es imprescindible ensamblar el tema de la corrupción con el de la necesidad de transformaciones sociales.

Cada día tengo mayor satisfacción al recordar que la Generación del Centenario de Martí, la de Fidel, desde hace más de medio siglo mantiene la cultura ética como tema central. La ética de José Martí y sus análisis sobre el imperialismo y las ideas que nos llegaban de la Revolución de Octubre, eran

patrimonio espiritual de los jóvenes cubanos que en la década de los años cincuenta iniciamos la lucha contra la tiranía. Pero no solo esto, influían también sobre nosotros las ideas de la Revolución mexicana (1910-1917), el antimperialismo de Sandino y las luchas de los pueblos de América contra los gobiernos opresores. Esto estaba en lo más profundo del alma juvenil cubana.

En “La historia me absolverá” está contenido el programa de la Revolución, y constituye el acta de nacimiento del período histórico de los últimos cincuenta años, es decir, de la Revolución triunfante en 1959 que en 1961 proclamó su carácter socialista. Aquí vale destacar la influencia y fuerza de la cultura en la Revolución. Recuérdese que los primeros moncadistas habían estudiado a Martí, a Mella y conocían la obra de Emilio Roig de Leuchsenring y de otros destacados forjadores de la conciencia antimperialista, sabían de los efectos dramáticos de la intervención norteamericana en la Guerra de Independencia de Cuba, y estaban inspirados por una profunda sensibilidad moral.

Resulta muy útil destacar que en la Generación del Centenario en los años cincuenta del siglo xx, había un amplio consenso de ideas antimperialistas e incluso socialistas, que se nutrían de las enseñanzas de Julio Antonio Mella, fundador del Partido Comunista, y de sus continuadores. Hay otros documentos de la época que sirven para probar hasta dónde habían llegado las ideas socialistas a amplias capas de la población joven de Cuba.

El antimperialismo formaba parte de la conciencia de los estudiantes y de muchos intelectuales cubanos, incluso, las propias ideas socialistas –como queda expuesto– se hallaban en el sustrato del pensamiento de las generaciones revolucionarias de esos años. Obviamente, el programa del Moncada no tenía que proclamar ese carácter porque, además, no lo poseía de manera expresa, pero su aplicación consecuente nos llevaba, incuestionablemente, a un enfrentamiento con el imperialismo en el orden económico y social. No podía ni debía formularse de esta manera porque Fidel había interpretado con claridad a José Martí cuando afirmó que todo lo que había hecho y haría era para evitar a tiempo al imperio yanqui apoderarse de América y que en silencio había tenido que ser, porque había cosas que debían andar ocultas, porque si se proclamaban levantarían obstáculos demasiado grandes para lograr el fin.

⁴ J. Martí, “Nuestra América”, ob. cit., t. 6, p. 234.

Al analizar hoy los complejos problemas que afronta la humanidad, vemos que en todos ellos están presentes de un modo u otro las categorías: *cultura*, *ética*, *derecho* y *política solidaria*. En la articulación de las cuatro se halla la fórmula del amor triunfante y del equilibrio del mundo postulada por el Maestro. Es necesario precisar qué entendemos por cada una de ellas:

- *Cultura*: cuyo rasgo primigenio y superior es la justicia.
- *Ética*: definida como lo hizo el maestro fundador de la escuela cubana José de la Luz y Caballero cuando postuló que “la justicia es el sol del mundo moral”.
- *Derecho*: como lo definiera José Martí: “Existe en el hombre la fuerza de lo justo y este es el primer estado del Derecho.”
- *Política solidaria*: en el sentido más universal y abarcador del término, es decir “con todos y para el bien de todos”.

Martí proclamó su fe en el mejoramiento humano y en el papel decisivo de la educación para alcanzarlo. Señaló: “Todo hombre es una fiera dormida. Es necesario poner riendas a la fiera. Y el hombre es una fiera admirable: le es dado llevar las riendas de sí mismo”.⁵

Las riendas están en la cultura, y el derecho es la única forma culta de ejercer la violencia; y cuando se viola la ley y se crean condiciones para la violencia, se están creando situaciones graves en el orden público. Este es uno de los temas esenciales que debiéramos discutir a la luz de la tradición ética y jurídica cubana.

La humanidad está enferma de gravedad, lo que se expresa en la quiebra de los valores culturales, éticos, jurídicos de la moderna civilización que impropriamente llaman occidental. Los problemas climáticos y las guerras son sus síntomas más evidentes. Cuba, desde luego, continúa amenazada. Ha llegado la

hora de superar todos los esquemas y dogmatismos que nos llegaron de fuera con diferentes etiquetas, y trabajar a favor de la más amplia movilización de la sociedad para afrontar los retos que significan la salvación de la especie humana y para lograr un mundo mejor, caracterizado por la paz, el desarrollo sustentable, la justicia social, la solidaridad y el respeto a la dignidad plena del hombre. El legado intelectual de José Martí, se mantiene en nuestros días como un referente ético y político para el futuro necesario y urgente al que aspiramos para las presentes y venideras generaciones. ■



Cortesía de Arema Arega-Negussie.

⁵ J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 110.

José Martí en Eduardo Chibás

Los grandes guías de la Generación del Centenario

LUIS ERNESTO MARTÍNEZ

“Queríamos una transformación radical en los destinos de nuestra patria. Fuimos inspirados por los ideales de Martí y de Eduardo Chibás, que nos forjaron en el lema Vergüenza contra dinero.”¹

El 26 de agosto de 2011 se conmemoraron sesenta años de la muerte de Eduardo Chibás, fecha que no debe pasar inadvertida para los cubanos de hoy. Su pensamiento político, expuesto principalmente en sus vibrantes discursos y sus profundos artículos periodísticos, demuestra un estudio sistemático de la obra martiana, en la cual se inspiró para sus llamados cívicos contra la corrupción administrativa y la penetración imperialista en el país.

El Taller Científico sobre el Movimiento 26 de Julio, celebrado en el año 2005 a propósito del 50 aniversario de su fundación, recogió en su Declaración Final que la acción revolucionaria de esta organización se sustentó en

los principios éticos, programáticos y políticos que animaron las luchas por la independencia nacional y la plena soberanía de la nación cubana, desde Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y Martí –en cuya ética, acción y pensamiento encontró las raíces

¹ Pedro Trigo, “Declaraciones”, *Juventud Rebelde*, La Habana, 26 de julio de 2007, p. 4.



esenciales de su accionar y su doctrina—, hasta Mella, Guiteras y Chibás, y que la integración orgánica de estas fuentes con el pensamiento y la práctica revolucionarios aportados por el marxismo-leninismo proveyó el basamento de ideas que mostraron el camino hacia la nueva sociedad.²

La presencia del legado de Chibás en la labor política de la Generación del Centenario es reconocida en este párrafo, a partir de su estrecha unidad con las tradiciones éticas y revolucionarias del pueblo cubano, entre las cuales la vida y la obra de José Martí ocupan un lugar esencial. No obstante, no se ha estudiado lo suficiente la presencia del ideario martiano en el pensamiento chibasista que encarnó las aspiraciones del pueblo cubano a mediados del siglo xx.

La figura del líder ortodoxo Eduardo René Chibás Rivas (1907-1951), no obstante las contradicciones y limitaciones presentes en su accionar, demuestra en sus diferentes facetas un estudio profundo y consciente de la obra martiana. Recordar la presencia de José Martí en su labor política es tributar un merecido homenaje a quien fuera un martiano ejemplar y un líder admirado por el pueblo cubano.

La influencia del pensamiento martiano en Chibás estuvo condicionada por varios factores, entre ellos, ser descendiente de la familia de Ignacio Agramonte, del cual admiró sus hazañas —pero, sobre todo, su confianza en la vergüenza de los cubanos—, lo cual favoreció su conocimiento de la historia de Cuba. Al recordar este aspecto, escribió muchos años después: “Mi abuela, Luisa Agramonte, con sus leyendas heroicas de la Guerra del 68, me inculcó desde la infancia el sentimiento del patriotismo y lo hizo con la pasión sagrada de quien vio caer en la épica lid, uno a uno, a todos sus familiares”.³

Al caracterizar su formación martiana se debe mencionar también la amistad de sus padres con Rafael Argilagos, escritor que desarrolló una meritoria labor de divulgación de la obra de José Martí,

sobre todo con su libro *Granos de oro*.⁴ La condición de infatigable lector de Chibás le permitió estudiar el contenido de este y otros textos. Le ayudaron además las *Obras completas*, publicadas por Gonzalo de Quesada y Miranda en más de setenta tomos a partir de 1936, y también el *Código martiano o de ética nacional*, que fuera compilado en 1943 por Carlos A. Martínez-Fortún, texto que Chibás consideró “uno de los libros más admirables que se han editado en Cuba”.⁵

Desde su juventud, cuando comenzó su quehacer revolucionario como estudiante en la Universidad de La Habana, el legado martiano fue una constante en el pensamiento de Chibás, como lo evidencian varios documentos de aquella etapa de su vida. Combatió con valentía la tiranía machadista, por lo cual sufrió prisión y destierro. Sostuvo una estrecha amistad con líderes como Julio A. Mella, Rubén Martínez Villena, Gabriel Barceló y Antonio Guiteras, a quienes siempre honró y defendió después de sus prematuras muertes.

A partir de 1927, cuando se incorporó a las protestas contra la reelección y la prórroga de poderes del presidente Gerardo Machado, el sentido ético de las luchas cubanas por la independencia fundamentó muchas de sus ideas y planteamientos. Por ejemplo, en un manifiesto redactado por él ese año, al referirse a los mambises que en 1868 y 1895 se lanzaron a pelear por la libertad, declaró: “he luchado y lucharé a costa de todo por mantener puras las instituciones que ellos nos legaron.”⁶

Al recordar posteriormente los acontecimientos de 1927, en particular la manifestación estudiantil a la casa del egregio maestro Enrique José Varona, destacó que los protagonistas de aquellas heroicas jornadas se consideraban herederos y continuadores de la prédica y el accionar de José Martí: “De esta manera comenzaba la lucha contra la dictadura, que revivía en plena República los métodos de la Colonia, y la juventud, que recogiendo el legado de Martí se aprestaba a defender los ideales que dieron nacimiento a la República.”⁷

Otra referencia de Chibás a la figura de José Martí también data de sus luchas antimachadistas,

² Publicada en *Granma*, La Habana, 13 de junio de 2005, p. 8.

³ Eduardo Chibás, “Declaraciones”, *El Mundo*, La Habana, 4 de marzo de 1928, citadas por Luis Conte Agüero, *Eduardo Chibás. El adalid de Cuba*, Jus, México DF, 1955, p. 117. Es de lamentar que aún no estén compilados todos los escritos y discursos de Chibás. En este sentido vale destacar, sin embargo, los esfuerzos encomiables de investigadores como Elena Alavez y Danay Ramos, entre otros.

⁴ Publicado en La Habana por la Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, en 1918, y que tuvo después numerosas ediciones.

⁵ E. Chibás: “Pecadores, apóstatas y ladrones”, *Bohemia*, La Habana, 19 de junio de 1949, pp. 64, 65 y 81.

⁶ E. Chibás, “Declaraciones”, citadas por L. Conte, ob. cit., p. 117.

⁷ E. Chibás, “Los expulsados del veintisiete y el movimiento estudiantil”, *Bohemia*, La Habana, 7 de junio de 1931, p. 40.

cuando se opuso a los que clamaban por un entendimiento con la tiranía a pesar de sus desmanes, tergiversando las esencias más puras del pensamiento martiano. Al respecto criticó a los que “creen que al atacar la tiranía atacamos a Cuba”, considerándolos “blasfemos que confunden la patria generosa y culta que nos legó Martí, con el airado dictador que rige sus destinos, para vergüenza de todos.”⁸ En el año 1929, al fundar la revista *Libertad*, órgano oficial de la Unión Cívica de Exiliados Cubanos, creada en Estados Unidos para combatir el machadato, expresó: “Vamos, pues, a vivir los días ardorosos del 95.”⁹

Años después, ya derrocada la dictadura, Martí fue un apoyo sistemático como ejemplo que debía ser tenido en cuenta en las luchas por las reivindicaciones aún no logradas. En una asamblea estudiantil de 1933 se defendió de sus enemigos con estas palabras: “No nos importa que nos calumnien, pues Martí –a cuyo lado nuestros méritos son insignificantes– fue llamado por las miserables víboras de su tiempo, miserable y ladrón.”¹⁰

Estas primeras ideas ya señaladas, destacan la intención del joven Chibás de aprovechar las enseñanzas contenidas en el legado martiano en función de sus luchas políticas, como referente ético imprescindible ante los males de la República. Si bien no profundizó en la esencia revolucionaria y antimperialista de José Martí, asumirlo de la forma en que lo hizo evidenciaba un distanciamiento de la política al uso en aquella época, donde la historia patria era manipulada para encubrir las fechorías gubernamentales o para la politiquería desde la falsa oposición.

Debido a la división y la falta de unidad, hacia agosto de 1934 la Revolución del 30 era una caricatura de lo que habían soñado los ardorosos jóvenes de aquella generación, muchos de ellos inmolados en la hoguera de la lucha revolucionaria. No obstante, su aporte a las luchas libertarias de los cubanos, la entronización del militarismo y la injerencia yanqui habían malogrado este esfuerzo por la libertad nacional. Ese mes, Chibás publicó en la revista *Bohemia*, su trabajo “Hacia dónde va Cuba”, en el cual analizó la situación del momento

y presentó su visión acerca de los rumbos que había tomado el vendaval revolucionario. Con gran claridad y acertado enfoque histórico reconoció entre los antecedentes de la Revolución del 30, que: “La interferencia del imperialismo y el sentimiento y la carencia de visión política de la mayoría de los dirigentes de la revolución del 95, faltos del genio de Martí, frustraron los ideales republicanos.”¹¹

Inmerso en la política nacional, apoyó en 1934 la fundación del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), dirigido por Ramón Grau San Martín, organización que consideró en aquel momento expresión genuina de los ideales revolucionarios de su generación. Chibás no estuvo ajeno a la denominación que recibió la nueva organización, surgida con la aureola popular del Gobierno de los Cien Días y el prestigio que le imprimió la labor de Antonio Guiterras. Por ello declaró que este partido tenía como fin “la revolución auténtica, completar la obra que dejó trunca el P.R.C. de Martí, reconquistar para los cubanos la supremacía económica.”¹²

En 1937, desde las páginas de *Bohemia*, expresó su solidaridad con la república española mediante su artículo: “España, crisol del porvenir”. Con justeza advirtió la trascendencia de la lucha que se libraba en la península: “Sobre la tierra de España se están decidiendo los destinos futuros del mundo”,¹³ afirmó, al considerar que no se podía permanecer indiferente ante este acontecimiento histórico.

La admiración martiana por el pueblo español fue uno de sus argumentos para defender a los republicanos: “Martí tuvo frases de cálida simpatía para la España republicana de Pi y Margall.”¹⁴ Pero además, también el hecho de que los franquistas del momento eran herederos de los enemigos de Cuba en el siglo XIX: “la misma prensa reaccionaria y monárquica que llamó a Martí y a Maceo cabecillas de bandoleros, es la que llama facinerosos a los republicanos españoles.”¹⁵

La causa del pueblo de Puerto Rico, considerada por José Martí uno de los objetivos de su lucha revolucionaria, también encontró en Chibás un apoyo solidario. Una de sus razones fue ser consecuente

⁸ Ver L. Conte, ob. cit., pp. 130-131.

⁹ E. Chibás, “Saludo”, *Libertad*, Nueva York, 1 de noviembre de 1929, p. 1.

¹⁰ “Discurso pronunciado por Eduardo R. Chibás en la asamblea estudiantil de 30 de octubre de 1933”, en Hortensia Pichardo, *Documentos para la historia de Cuba*, Pueblo y Educación, La Habana, 2001, t. IV, p. 155.

¹¹ E. Chibás, “Hacia dónde va Cuba”, *Bohemia*, La Habana, 26 de agosto de 1934, pp. 62, 64 y pp. 162-164.

¹² Citado por L. Conte, ob. cit., p. 241.

¹³ E. Chibás, “España, crisol del porvenir”, *Bohemia*, La Habana, 10 de febrero de 1937, pp. 36-37 y 52.

¹⁴ E. Chibás, “La verdad sobre la guerra de España”, *Bohemia*, La Habana, 11 de abril de 1937, pp. 38, 39 y 54.

¹⁵ Ídem.

con el legado martiano y con la favorable actitud de muchos puertorriqueños hacia la independencia de Cuba. Al recordar a figuras como Ramón E. Betances, Eugenio M. de Hostos y Juan Rius Rivera, expresó: “Grandes patriotas de Puerto Rico colaboraron de manera efectiva por la independencia de Cuba, al lado de Martí y en las propias filas del Partido Revolucionario Cubano.”¹⁶

Otra arista que se debe destacar en relación con la presencia martiana en el pensamiento y la actuación política de Chibás, es lo relacionado con su defensa de los símbolos patrios, en especial la bandera de la estrella solitaria. En la Asamblea Constituyente de 1940, ante los planteamientos que hicieron algunos delegados a favor de la bandera del 4 de septiembre, lamentable recuerdo de la instauración del militarismo batistiano, declaró con vehemencia: “Queremos una Cuba libre del imperialismo económico de Wall Street y del imperialismo político de Roma, Berlín y Moscú. Queremos una sola bandera: la de Agramonte, la de Maceo, la de Martí. Queremos una Cuba para los cubanos.”¹⁷

Lejos todavía de imaginar lo que sucedería después, para Chibás el autenticismo era un movimiento renovador, popular y antimperialista, continuador de la obra de José Martí. Así lo proclamó el 10 de octubre de 1944 en la toma de posesión de Grau como presidente, cuando, en medio del júbilo nacional y en contra de las normas de protocolo, exclamó en el balcón del Palacio Presidencial: “Estamos decididos a obtener, pase lo que pase y pésele a quien le pese, el ideal martiano de liberación económica de Cuba.”¹⁸

Su labor como senador le permitió proyectarse como una figura de alcance nacional, de un prestigio intachable, algo poco común en la época, y con un sentido de la vergüenza que rayaba en lo místico. No obstante sus estrechas relaciones con el gobierno auténtico, nunca transigió con lo que consideró una negación del deber martiano asumido por este en 1944. En el Congreso de la República logró que se aboliera el uso de la bandera del 4 de septiembre, tras lo cual exclamó con alborozo: “la enseña de Martí, flota en nuestra patria, al impulso

de la brisa, plena de dignidad, sin aditamento que la desdore, en lo ético ni en lo estético.”¹⁹

La vinculación de Chibás con el primer gobierno auténtico de 1944 a 1948 solo duró los primeros años. En esta breve etapa supo reconocer lo que consideró avances en la sagrada misión de cumplir los postulados de la Revolución del 30. Por ejemplo, la construcción de nuevas escuelas, lo cual le hizo exclamar: “En el orden educacional, hemos hecho efectivo, por primera vez en la historia de Cuba, lo que fue sueño de Martí y anhelo de Estrada Palma: que la República cuente con más maestros que soldados.”²⁰ Pero ante la realidad que observaba, incrédulo hasta donde fue posible, para Chibás el desplome moral del gobierno de Grau, devorado por la corrupción de sus ministros, la incapacidad y la demagogia del presidente, los males sociales agravados, la política de la guerra fría, y por tantos otros factores, fue una frustración en lo personal y un reto que supo afrontar con valentía en lo político. Con su actitud se enfrentó sin tregua a los males del autenticismo, con una posición vertical ante el robo de los fondos públicos, el gánsterismo y el asesinato de líderes como Jesús Menéndez y Aracelio Iglesias.

En medio de esta situación, acudió al legado martiano, como respuesta ética ante la falta de escrúpulos de la camarilla gobernante. Opuesto a los solapados intentos reeleccionistas de Grau y sus acólitos, juró “con el carácter entero y la firmeza pública que recomendaba el Apóstol, combatir sin desmayos y sin treguas, todo propósito o toda acción a favor de la reelección o de la prórroga de poderes.”²¹ En otro momento planteó: “Combatimos el principio reeleccionista. Si a Martí le hubieran propuesto la reelección, habría sabido tomar un látigo y cruzar el rostro de los que se atrevieran a profanar su credo.”²²

Aunque en un inicio trató de recomponer la imagen original del autenticismo desde sus mismas filas sin provocar un cisma, la ruptura fue inevitable. Y Chibás, quien en un momento consideró a los auténticos continuadores de la obra martiana, debió reconocer que el Partido Revolucionario Cubano,

¹⁶ “Reportaje gráfico”, *Bohemia*, La Habana, 14 de marzo de 1939, pp. 23-26.

¹⁷ E. Chibás, “¡Yo acuso a Blas Roca de traidor!”, *Bohemia*, La Habana, 14 de mayo de 1939, pp. 6 y 7.

¹⁸ E. Chibás, “Discurso pronunciado en el Palacio Presidencial”, *El País*, La Habana, 11 de octubre de 1944, pp. 1 y 14.

¹⁹ E. Chibás, “Declaración”, 3 de diciembre de 1944, citada por L. Conte, ob. cit., p. 334.

²⁰ E. Chibás, “Discurso”, *El Crisol*, La Habana, 7 de enero de 1946, pp. 1 y 14.

²¹ E. Chibás, “Discurso”, *El Crisol*, La Habana, 13 de enero de 1947, pp. 1 y 14.

²² E. Chibás, “Mitin político en Yaguajay”, *El Crisol*, La Habana, 26 de enero de 1947, p. 1.

no era “de Grau San Martín, ni de los miembros de su gabinete, sino que fue fundado por José Martí y pertenece a la historia de Cuba”.²³ Su oposición vertical a la situación promovida por el desgobierno y la traición a los ideales revolucionarios de la mayoría de los políticos auténticos, dio como resultado la fundación en 1947 del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), que fue proclamado el 7 de septiembre en el Parque Central de La Habana, en un acto celebrado junto a la estatua de José Martí. En los estatutos de la nueva organización política se especificaba que la presencia de la palma real en su emblema obedecía a la “decisión de poner la justicia como quería Martí, tan alta como las palmas”.²⁴

Al nacer la nueva organización, a la que siempre trató de distinguir de los partidos tradicionales, declaró:

No somos grandes, no; grande es el pensamiento que nos anima, el ideal que nos mueve: llevar adelante la liberación de Cuba, por la independencia económica, la libertad política y la justicia social. Este movimiento popular que está animado por la sangre generosa de los mejores luchadores de la Revolución cubana, le rinde homenaje a los que cayeron, a los mártires del 68, del 95, del 27 y del 33.²⁵

En otra ocasión destacó que en el estandarte de la ortodoxia estaba “grabada la consigna de los mambises: ¡Independencia o Muerte!”²⁶

Para la Ortodoxia y para Chibás, el legado martiano era una plataforma del accionar político. Hacer cumplir los propósitos planteados por Martí era la única forma de construir una república justa y solidaria. Por esta razón expuso en un discurso: “No hablemos de Martí mientras el guajiro esté viviendo como está. Y menos hablemos del monumento al Maestro. Primero tenemos que levantar un monumento a la moral.”²⁷

Después del surgimiento del movimiento de la ortodoxia, la labor política de Chibás se multiplicó, creciendo como líder popular de singular arraigo en las masas populares, que vieron en él una esperanza de superación de los males nacionales. A ello contribuyó su respeto por el ideario martiano y su preocupación constante por hacer cumplir su legado. En 1949 señaló al Parque Central, en la capital del país, como lugar ideal para sus debates públicos contra el gobierno auténtico, “ante la estatua de Martí, a presencia de todo el pueblo.”²⁸

Encarcelado por su campaña contra la Compañía Cubana de Electricidad, dirigió desde la cárcel una carta al presidente Carlos Prío Socarrás, donde mantuvo sus principios éticos de sólida inspiración martiana:

permítame decirle, sin estridencias, pero con firmeza, que es mi resolución inquebrantable, inspirado en el pensamiento incorruptible de Martí, no aceptar cambalaches de ninguna clase, ni el indulto ni la libertad provisional o condicionada, ni situaciones ambiguas o de medias tintas, porque son mercedes que mi dignidad rechaza.²⁹

Otro momento relevante de su actuación política fue su vertical oposición a la concertación de un empréstito por el gobierno, acción que mantuvo, según expresó, “con firmeza martiana”, pues lo consideró “un acto de traición incalificable a la memoria de José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo, y a la lucha por la independencia económica nacional”.³⁰

La presencia en su prédica política de otros aspectos esenciales del pensamiento de José Martí, también demuestra un estudio profundo de su obra, así como una asunción consciente de algunas de sus ideas más originales. Al referir en una carta: “Tenemos fe en un destino noble y grande para nuestra patria, que ocupa en la entrada del Nuevo Mundo la mejor posición estratégica de la Historia”,³¹ estaba retomando precisamente el concepto martiano de Cuba como fiel de las Antillas y

²³ E. Chibás, “Discurso”, *El Crisol*, La Habana, 14 de marzo de 1947, pp. 1 y 14.

²⁴ E. Chibás: “Estatutos del Partido del Pueblo Cubano (O) (Fragmentos)”, en E. Alavez, *Eduardo Chibás: clarinada fecunda*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.

²⁵ E. Chibás, “Discurso”, *El Crisol*, La Habana, 8 de septiembre de 1947, p. 1.

²⁶ E. Chibás, “Declaración”, 21 de diciembre de 1947, citada por L. Conte, ob. cit., p. 544.

²⁷ E. Chibás, “Discurso”, *El Crisol*, La Habana, 11 de octubre de 1948, pp. 1 y 14.

²⁸ E. Chibás, “Carta a Virgilio Pérez”, 25 de abril de 1949, citada por L. Conte, ob. cit., p. 601.

²⁹ E. Chibás: “Carta abierta a Carlos Prío”, 8 de mayo de 1949, citada por L. Conte, ob. cit., p. 612.

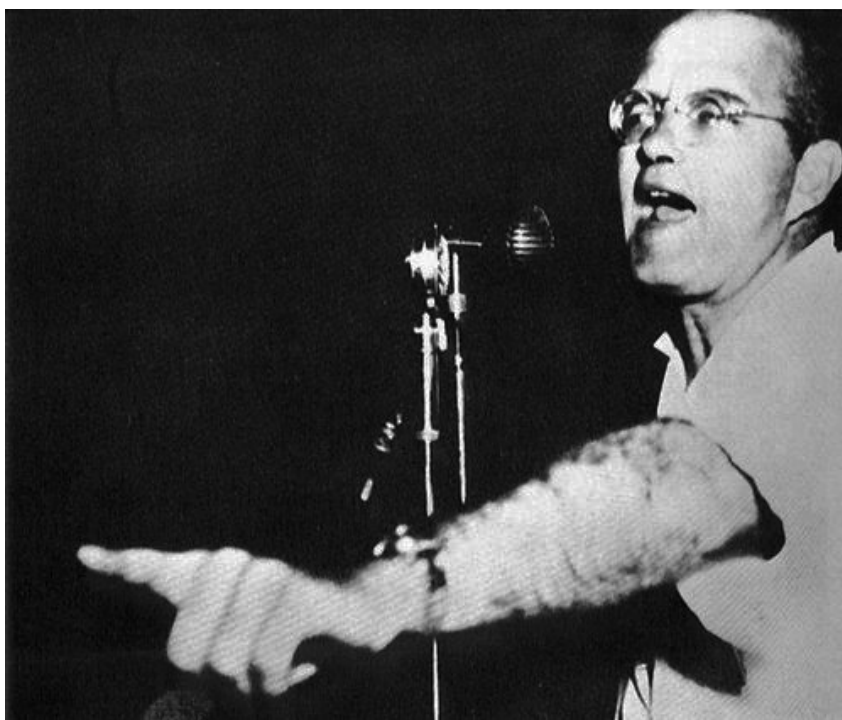
³⁰ E. Chibás, “Declaración”, citada por L. Conte, p. 650.

³¹ E. Chibás, “Carta a José A. Martínez”, 31 de mayo de 1949, citada por L. Conte, ob. cit., p. 621.

su importancia para el equilibrio del mundo.

En un discurso pronunciado el 19 de mayo de 1949, citó varias frases del Apóstol acerca del valor de la honradez en los hombres.³² Ese mismo año, en una polémica desde las páginas de *Bohemia*, ratificó la vigencia del pensamiento ético martiano como fundamento de su labor política. Reconoció en este artículo que Martí, a quien llamó “la figura más egregia de América”, era “un flagelo apasionado y vibrante en acción continua contra los pillos, los apóstatas y los ladrones.”³³ En apoyo a esta tesis, de nuevo citó varias frases del Apóstol. Reconoció además que, ante la corrupción política y administrativa en todas las esferas del gobierno, se levantaba “la santa ira de los que aman a Cuba, de los ciudadanos de vergüenza que aspiran a un porvenir grande y glorioso para su patria, que al verla vejada y pisoteada por sus explotadores y verdugos, les gritan indignados la verdad, como hacía Martí: ‘¡Bribones! ¡Ladrones!’”³⁴

En total desacuerdo con el proceder del autenticismo, lanzó como lema de su partido la frase “Vergüenza contra dinero”,³⁵ que se inspiró en el ejemplo de Ignacio Agramonte y en dos frases martianas que siempre le acompañaron en sus combates políticos: “Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado.” y “La vergüenza se ha de poner de moda; y fuera de moda la desvergüenza”.³⁶, las que proclamó como esencia



de su ideario, aunque con ligeras modificaciones, en cuatro oportunidades:

Nos miran a los ortodoxos como seres extraños. Es que resultamos anormales en un clima político donde lo normal es transigir con el medio corrompido, donde resulta ridícula la honradez y la intransigencia. Rompiendo con las costumbres públicas del momento, respondemos a nuestros detractores con el siguiente apotegma de Martí: Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado. La vergüenza se ha de poner de moda; y fuera de moda la desvergüenza.³⁷

Ante tanta impudicia, es indispensable al crédito moral del Movimiento Ortodoxo que el pueblo vea con claridad nuestra línea de conducta bien definida, recta y firme, sin equívocos de especie alguna. Debemos convertir en realidad, sin dilaciones ni aplazamientos tácticos, el apotegma del Apóstol: Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado. La vergüenza se ha de poner de moda y fuera de moda la desvergüenza.³⁸

³² Chibás, “Discurso”, *El Crisol*, La Habana, 19 de mayo de 1949, pp. 1 y 15.

³³ E. Chibás, “Pecadores...”, pp. 64, 65 y 81.

³⁴ Ídem.

³⁵ La originalidad de esta frase de Chibás ha sido cuestionada. Se duda si fue inspirada en la campaña electoral del puertorriqueño Luis Muñoz Marín en 1939. Aunque no se aporte un criterio definitivo sobre el asunto, señalar la relación de esta expresión popularizada por el líder ortodoxo con el ideario de Ignacio Agramonte y José Martí, pudiera esclarecer el sentido que Chibás le otorgó a la frase.

³⁶ Citadas por Chibás en varias ocasiones como si conformaran una unidad y con ligeros cambios en signos de puntuación, estas frases pertenecen a dos escritos martianos diferentes. Ver *OC*, t. 13, p. 320 y t. 5, p. 68, respectivamente.

³⁷ En “Discurso”, *El Crisol*, La Habana, 4 de diciembre de 1949, pp. 1 y 14.

³⁸ En “Moción a la Asamblea Nacional del Partido del Pueblo Cubano, 28 de enero de 1950”, citada por L. Conte, ob. cit., p. 657.

No se preguntaron si valía la pena ser honrados los próceres de la Guerra de los Diez Años, Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera e Ignacio Agramonte cuando brindaron sus fortunas a la causa de Cuba. No se lo preguntó la madre de Maceo cuando ofrendó sus hijos, uno a uno, a la libertad. No se lo preguntó el Apóstol de nuestra Independencia, José Martí, tildado de loco, atacado y calumniado por los propios cubanos, cuando dijo: Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado. La vergüenza se ha de poner de moda. Y fuera de moda la desvergüenza.³⁹

Imitando la intransigencia de Martí, mantendremos con firmeza inflexible la línea heroica de la independencia política frente a todos los partidos, línea que representa un bello ideal... Conocemos por experiencia que los falsos llamamientos a la cordialidad, a la transigencia y a la tolerancia que en nombre de la conveniencia social hacen los defensores de todos los gobiernos, son como la peluca postiza con que quieren encubrir su calvicie moral. [...] Cubanos, avancemos, llevando en alto, como bandera de triunfo, la frase inmortal de Martí: Urge ya, en estos tiempos de política de mostrador, dejar de avergonzarse de ser honrado. La vergüenza se ha de poner de moda; y fuera de moda la desvergüenza. ¡Cubanos, adelante! ¡A la victoria! ¡A paso de vencedores! ¡Vergüenza contra Dinero!⁴⁰

En el año 1950, dio a conocer su “Mensaje al pueblo cubano”, donde defendió los postulados ortodoxos y de nuevo la intransigencia martiana le sirvió de asidero ético para sus convicciones:

Redimir a nuestro pueblo de sus lacras coloniales solo se podrá lograr, como en tiempos de Martí, a través de una denodada intransigencia con el medio podrido en que se vive [...]

Martí, para fundar la República, fue radicalmente intransigente contra todo lo que implicara transacción con los vicios coloniales. El Apóstol solo hizo pactos con la paciencia y el sacrificio. En la firmeza

irreductible de Martí tuvo la causa de la independencia de Cuba su motor más poderoso, su llave de oro para penetrar en la Historia.[...]

Imitando la intransigencia de Martí, puesta al servicio de la causa de la independencia política de Cuba, el Partido del Pueblo Cubano mantiene con firmeza inquebrantable la línea de la independencia política, en servicio del adecentamiento de las costumbres públicas y los grandes objetivos históricos de nuestro pueblo.⁴¹

Este criterio, no exento de polémica, fue una propuesta original en la política cubana de la república burguesa, al concebir la independencia programática y electoral de los ortodoxos como un freno para los males que ya habían provocado coaliciones como el cooperativismo machadista.

Un año antes, en el *Decálogo ortodoxo* había expuesto lo que consideraba la piedra angular del desempeño político del Partido del Pueblo Cubano:

Imitando la intransigencia de Martí, mantendremos con firmeza inflexible la línea heroica de la independencia política frente a todos los partidos, línea que representa un bello ideal, pues sabemos que la excesiva prudencia de los rutinarios ha paralizado siempre las iniciativas más fecundas.⁴²

Conocedor del amor del pueblo cubano por su historia, supo contraponer la situación que se vivía por aquellos años, con el pasado glorioso legado por los próceres, del cual se consideró heredero. Sobre esto insistió:

Las grandes naciones no se construyen sobre bases podridas, sino que se levantan sobre los legados morales de sus grandes hombres. El legado que interesa al pueblo cubano para su perspectiva histórica no es el de José Manuel Alemán, sino el de Félix Varela, José de la Luz y Caballero, Mendive, José Martí, Manuel Sanguily, Enrique José Varona, Maza y Artola, Miguel Coyula... Esas son herencias ricas en grandeza futura para la patria.⁴³

³⁹ En “Sí, ¡Vale la pena ser honrado!”, *Bohemia*, La Habana, 15 de diciembre de 1950, p. 60.

⁴⁰ En un discurso donde manifestó su rechazo a las compendias politiqueras y las alianzas electoreras publicado en *El Crisol*, La Habana, 11 de marzo de 1951, pp. 1 y 14.

⁴¹ En *Bohemia*, La Habana, 23 de abril de 1950, pp. 70, 71-93.

⁴² E. Chibás, “Pensamiento y acción del Partido del Pueblo Cubano. Un partido distinto y eficaz”, *Bohemia*, La Habana, 3 de julio de 1949, pp. 82-85.

⁴³ En *Bohemia*, La Habana, 13 de agosto de 1950, pp. 75, 81 y 95.

El 21 de octubre de 1950 pronunció un discurso durante un acto patriótico en Tampa, Estados Unidos. En su vibrante pieza oratoria hizo referencia a una anciana que quiso obsequiarle un anillo que fuera de José Martí y una pistola propiedad de Máximo Gómez, lo cual no aceptó, aunque le pidió usar el anillo durante su permanencia en la ciudad. Al respecto expresó:

Cada vez que subo a una tribuna lo hago con las manos limpias de oro y de sangre. En esta ocasión, sin embargo, hay oro en mi mano, pero es un oro limpio y sublime: el del anillo de José Martí, que se me ha permitido usar, confiriéndome así el más alto honor que he recibido en mi vida. Su dueña me ha prometido formalmente regalármelo si continúo la obra martiana, si no me aparto del programa de la revolución del Apóstol, si satisfago las necesidades y anhelos de mi pueblo rescatándolo del mar de oprobio en que naufraga. Ese ofrecimiento me embarga de júbilo y legítimo orgullo: haré lo posible y lo imposible para hacerme acreedor del honor inigualable, pero si frustró las ansias de mi pueblo, si soy infiel a los postulados revolucionarios, por favor, señora, no envíe el anillo de Martí, envíeme el revolver de Máximo Gómez para levantarme la tapa de los sesos, castigando así la cabeza que ha traicionado al corazón.⁴⁴

Al regresar de este viaje, declaró en su hora radial dominical por la CMQ:

La guerra que predicamos los ortodoxos es la que supone fumigar la política y erradicar el peculado, el vicio y la corrupción, tan enraizados en los puestos de mando del Estado. Ni odios inútiles ni querellas infecundas; pero, eso sí, pensamos como José Martí, que decía: “A los pícaros no hay más que un modo de dominarlos, y es poniéndoles la lanza por delante”.⁴⁵

En otro momento consideró que el autenticismo, con su corrupción y sus componendas politiqueras, había demostrado de forma elocuente “la violación contumaz e invariable de todos los postulados, éticos y políticos del antiguo autenticismo, y de los que rin-

dieron la vida en la noble aspiración de contribuir a crear una República inspirada en el ideario generoso y militante del Apóstol.”⁴⁶

En uno de sus artículos de 1951 destacó la importancia del movimiento cívico-político por él liderado para el logro de los ideales martianos:

Amenazada de volver a la muerte civil que padeciera bajo la Colonia, bajo Machado y bajo Batista, y de la cual ha resucitado una y otra vez, la República, hija del ideal de Martí, necesita una nueva prédica, una nueva reafirmación del ideal martiano, un movimiento de recuperación nacional, de resurrección cívica y moral que la libre del peculado, del latrocinio organizado desde las esferas palatinas, del escarnio a todo lo que prometió e hizo bueno la Revolución. Ese movimiento es la Ortodoxia, única esperanza que tienen al presente los cubanos.⁴⁷

Víctima de diferentes campañas de descrédito, orquestadas por sus sistemáticas denuncias de los desafueros gubernamentales, Chibás tuvo en Martí un referente moral para defenderse de sus enemigos. En una ocasión, acusado falsamente de ofender a las mujeres, confesó en una carta:

Ante la mujer, rindo mis armas sin combatir. Nunca heriré a una dama, ni con el pétalo de una rosa. Practico en la vida, con mi ejemplo, estos versos de Martí: “¿Del tirano? Del tirano / Di todo, ¡di más!: y clava / Con furia de mano esclava / Sobre su oprobio al tirano. / [...] ¿De mujer? Pues puede ser / Que mueras de su mordida; / Pero no empañes tu vida / Diciendo mal de mujer!”⁴⁸

En otra ocasión, aprovechando la fecha del 28 de enero de 1951, lanzó un reto al gobierno, empeñado en llamarlo mentiroso y calumniador:

Los emplazo a someter a la consideración y resolución del Senado quiénes son los que están minando los cimientos de la República, quiénes son los que

⁴⁴ E. Chibás, “Discurso en Tampa”, citado por L. Conte, ob. cit., p. 692. Ver, además, J. Rodríguez, “Momentos estelares en la vida de Eduardo Chibás”, *Bohemia*, La Habana, agosto de 1969, pp. 56-59.

⁴⁵ E. Chibás, “Charla radial”, 29 de octubre de 1950, citada por L. Conte, ob. cit., p. 696.

⁴⁶ E. Chibás, “El pacto de renegados”, *Bohemia*, La Habana, 8 de marzo de 1951, pp. 54, 55 y 82.

⁴⁷ E. Chibás, “A la cárcel con los ladrones”, *Bohemia*, La Habana, 1 de abril de 1951, p. 54.

⁴⁸ E. Chibás, “Carta a Virgilio Pérez”, citada por L. Conte, ob. cit., pp. 675-676. Se trata de un fragmento del poema xxxviii, de *Versos sencillos* (1891). Ver J. Martí, *Poesía completa, Edición crítica*, Letras Cubanas, La Habana, 2001, p. 275.

han traicionado los postulados de Martí, violando la Constitución [...] para que el pueblo sepa cuál de los dos, traicionando los postulados de Martí, se ha enriquecido a costa de la sangre, el hambre y la miseria de los cubanos.⁴⁹

Su participación junto al pueblo en el traslado de los restos de José Martí al nuevo panteón construido en el Cementerio de Santa Ifigenia, en Santiago de Cuba, el 29 de junio de 1951, demostró el respeto que sentía por el Apóstol. Sobre la trascendencia de este acontecimiento había escrito días antes:

El tránsito de los restos martianos a una morada más simbólica, a un mausoleo más ostentoso que la sencilla tumba (sencilla como los versos del Apóstol y significativa como ellos) que los albergaba hasta hoy, es una faena que corresponde a Cuba, que todavía no ha pagado bien su deuda con el sembrador de la República; es un deber honroso que pertenece a todas las clases sociales, desde la sustantiva del campesinado hasta la orientadora y perspicaz de los hombres de cultura; a todos los que aman, luchan y sufren en la tierra por la que ofrendara su vida el mártir de la Independencia. Invitamos a las grandes mayorías nacionales para que den sabor de pueblo a los actos de ese día; para que desborden con su presencia, con su fervor, con su sinceridad radical de cubanos, el marco escueto, angosto, frío de la ceremonia gubernamental.⁵⁰

Por su ejemplar actitud desde la ortodoxia, Chibás se había convertido en fiel intérprete del sentir popular, deseoso de un cambio radical en la sociedad cubana, hastiado de la politiquería y la falta de principios de gobernantes inescrupulosos. Desesperado, sin poder despojarse de los rejuegos hipócritas de la política burguesa, que hizo todo lo posible por oscurecer su figura y maniatar su batallar por Cuba, atentó contra su propia vida el 5 de agosto de 1951 y murió once días después.

En esa fecha, pronunció su discurso radial conocido como “El último aldabonazo”, donde resaltó de nuevo su identificación con el pensamiento

martiano:

Por su posición geográfica, la riqueza de su suelo y la inteligencia natural de sus habitantes, Cuba tiene reservado en la historia un grandioso destino, pero debe realizarlo. [...] Cuba ha visto frustrado su destino histórico, hasta ahora, por la corrupción y ceguera de sus gobernantes, cuyo pensamiento –salvo excepciones– a volado siempre a ras de la tierra.

La feliz conjunción de factores naturales tan propicios a un gran destino, unido a la alta calidad de nuestro pueblo, solo espera la gestión honrada y capaz de un equipo gobernante que esté a la altura de su misión histórica.⁵¹

En sus palabras reconoció que eso no era posible con la camarilla priísta, ni con los batistianos, ni con los seguidores de Grau, por lo cual agregó: “El único equipo gobernante capaz de salvar a Cuba es el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), con su línea antipactista [sic] de la independencia política, que no admite transacciones ni componendas.” Ya fuera del aire continuó: “¡Compañeros de la ortodoxia, adelante! ¡Por la independencia económica, la libertad política y la justicia social! ¡A barrer a los ladrones del gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo cubano, despierta! ¡Este es mi último aldabonazo!”⁵², después de lo cual se autoinmoló por su ideal de adecentamiento cívico y moral de la nación cubana.

A partir de entonces, la figura de Chibás se convirtió en un símbolo que, junto a sus frases originales, su modo peculiar de hacer política y su voz acusadora, se integró a las tradiciones del imaginario popular cubano. Dejó de ser el líder de un partido político, del cual, como José Martí del Partido Revolucionario Cubano, fue la más viva encarnación, para convertirse en una bandera para el porvenir. Su inmólación lo hizo erigirse como un protagonista inmaterial en las futuras luchas de su querido pueblo.

Después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, cuando Fidel Castro lanzó un manifiesto de protesta, no podía faltar el recuerdo del ejemplo de Chibás:

Cubanos: hay tirano otra vez, pero habrá otra vez

⁴⁹ E. Chibás, “Discurso”, *El Crisol*, La Habana, 7 de febrero de 1951, p. 1.

⁵⁰ E. Chibás, “Declaraciones”, 29 de junio de 1951, citadas por L. Conte, ob. cit., p. 759.

⁵¹ E. Chibás, “El último aldabonazo”, en Ana Cairo (ed.), *Eduardo Chibás: imaginarios*, Editorial Oriente, 2010, p. 140.

⁵² Ídem.

Mellas, Trejos y Guiteras. Hay opresión en la patria, pero habrá algún día otra vez libertad. Yo invito a los cubanos de valor, a los bravos militantes del partido glorioso de Chibás; la hora es de sacrificios y de lucha, si se pierde la vida nada se pierde, vivir en cadenas, es vivir en afrenta y oprobio sumidos. Morir por la patria es vivir.⁵³

La nueva realidad de lucha asumida valientemente por la juventud cubana desde 1952 y evidenciada el 26 de Julio de 1953, convertiría la figura de Chibás, junto a la de José Martí, en uno de los grandes guías de la Generación del Centenario, integrada mayoritariamente por miembros de la Juventud Ortodoxa. Por esta razón, el 16 de enero de 1959, a solo días del inicio de la revolución triunfante, Fidel Castro recordaría con justicia: “debo decir que sin la prédica de Chibás, que sin lo que Chibás hizo, que sin el civismo y la rebeldía que despertó en la juventud cubana, el 26 de Julio no hubiera sido posible.”⁵⁴

Fieles a su legado y al ejemplo de José Martí, los jóvenes del Centenario de Martí, junto a todo el pueblo, iniciaron la Revolución y la han mantenido hasta hoy con el mismo vigor de sus primeros años. A ella se abrazaron, desde los días del *Granma* y la Sierra, los más íntegros representantes de la dirigencia ortodoxa, como el propio Fidel, Juan M. Márquez, Manuel Bisbé y Luis Orlando Rodríguez. Los cubanos, guiados por el Comandante en Jefe y el victorioso Ejército Rebelde, supieron materializar los más caros sueños de Chibás: la honestidad, la honradez administrativa y el combate a la corrupción. En una palabra: la virtud martiana en un gobierno del pueblo y para el pueblo.

Las convicciones éticas de Eduardo Chibás, verdaderamente singulares dentro del contexto en que vivió, le ganaron el odio de los mismos que hoy acusan a la Revolución Cubana, la cual supo recoger lo más valioso de su prédica. Sus enemigos de entonces: los batistianos, los ladrones, los proyanquis, son los mismos enemigos del pueblo cubano hoy. Su eterno aldabonazo por la patria es una clarinada y un llamado que no se ha de apagar jamás.



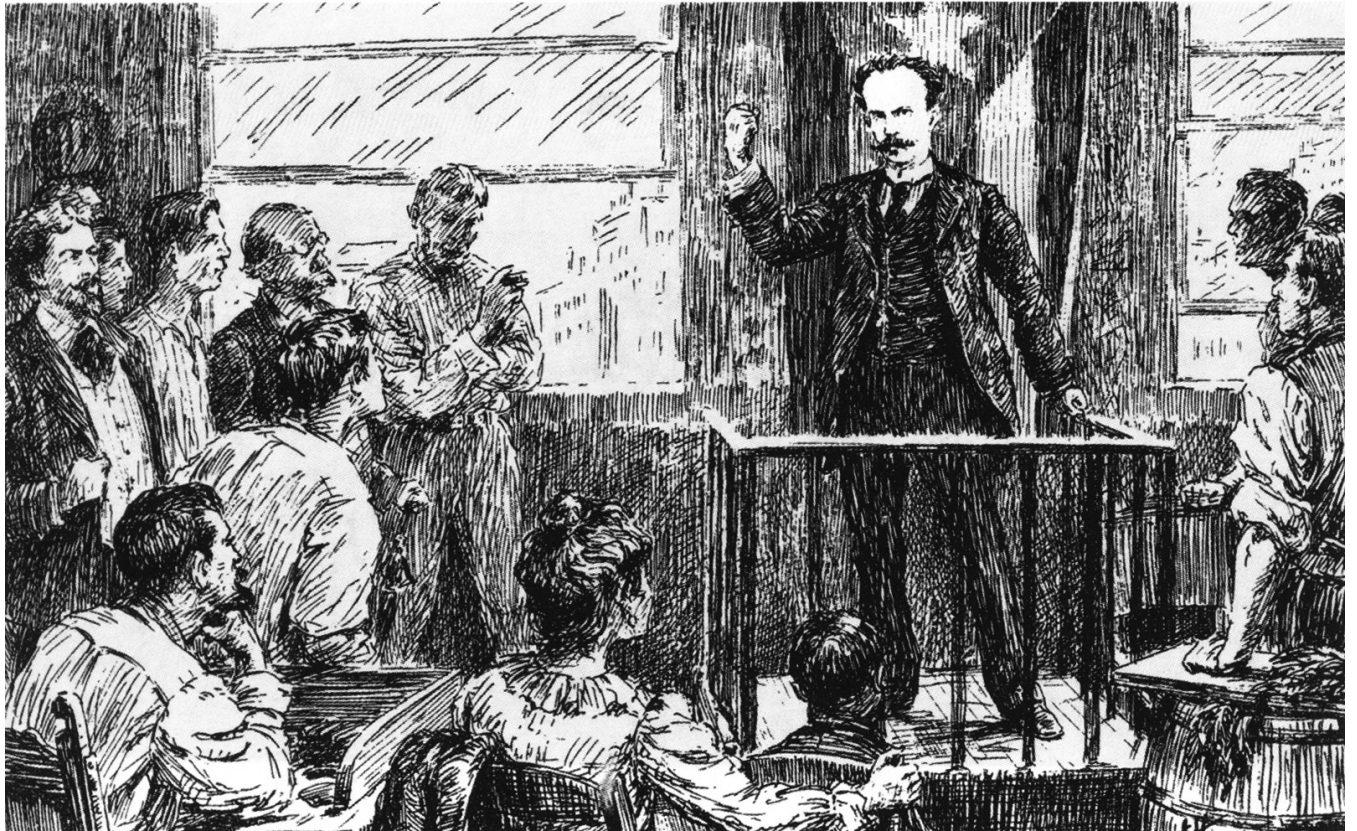
Chibás en 1931.

Como ha expresado Armando Hart “las ideas con que se forjó la Generación del Centenario en los años anteriores a la Revolución, [...] nos condujeron por el camino socialista.”⁵⁵ Estas aspiraciones fundamentales del pueblo cubano en el orden político-práctico de los años 40 y 50, fueron precisamente las que conformaron el centro de la labor política de Chibás, de profunda esencia martiana: libertad política, independencia económica, justicia social, defensa de la legalidad y vergüenza contra dinero. Para los cubanos es vital mantener presente la ética y la vergüenza que preconizara Eduardo Chibás, la que heredó de José Martí y legó a los jóvenes de la Generación del Centenario. ■

⁵³ Citado por Mario Mencía, *El grito del Moncada*, Editora Política, La Habana, 1986, vol. I, pp. 132-33.

⁵⁴ Fidel Castro, “Discurso pronunciado ante la tumba de Chibás”, *Bohemia*, La Habana, 16 de enero de 1959, pp. 103-104.

⁵⁵ Armando Hart, “Ley y derecho: clave del cambio social”, *Bohemia*, La Habana, 2 de febrero de 2007, p. 23.



Aproximación a la estrategia internacional de José Martí: 1887-1895

RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT

A fines del siglo XIX, en pleno bregar revolucionario de Martí, ya era pública la voluntad de los círculos de poder estadounidenses de convertirse en un gran imperio, con el peligro que ello suponía para el futuro de los Estados independientes hispanoamericanos, sobre todo los más pequeños y débiles en el Caribe. Ese peligro era inminente para la revolución cubana y la puertorriqueña, que nacían entonces, caracterizadas por el propio Apóstol como el “último capítulo” de la revolución iniciada en Argentina en 1810 y continuada por Bolívar en 1813 hasta

la retirada de España de Suramérica. Era evidente la necesidad de unión entre los pueblos hispanoamericanos, sin la cual, dijo Bolívar, el esfuerzo libertario podía resultar como “arar en el mar”.

La visión revolucionaria de José Martí, por otra parte, estaba condicionada por la ubicación geoestratégica de Cuba. A partir de 1889 hasta su muerte en Dos Ríos, la lógica de sus principios e ideas, y sobre todo sus acciones, a duras penas se imponían a su soledad, su falta de recursos y su condición de simple inmigrante

económico en Estados Unidos. En esas condiciones era vulnerable a cualquier acción represiva del gobierno estadounidense o del español.

Una conclusión obvia es que sus opciones estratégicas eran escasas. Martí se proponía organizar una revolución en una colonia de España, con poco más de millón y medio de habitantes, debilitada económicamente por una prolongada guerra de independencia entre 1868 y 1878, situada a solo noventa millas de un nuevo coloso imperial, que se fortalecía aceleradamente con una legislación inmigratoria selectiva la cual le permitía admitir anualmente, procedentes de Alemania y en general del norte de Europa, a más de ciento veinte mil jóvenes educados y en edad militar. Era ya un verdadero gigante con una extensión de alrededor de ocho y medio millones de kilómetros cuadrados, que entonces contaba con más de sesenta millones de habitantes, una industria pesada bien desarrollada, que incluía la producción de armamentos modernos, y la disponibilidad de cuantiosos recursos financieros y humanos. Era, sin duda, un adversario difícil.

La singular paradoja de la revolución en ciernes era precisamente que ese enorme país, cuya agresividad crecía por días, constituía la retaguardia principal de la revolución y en varias de sus importantes urbes se hallaban los grupos más numerosos de emigrados revolucionarios cubanos, fuentes principales del financiamiento, las armas y otros recursos materiales decisivos para la guerra.

Las fuerzas armadas norteamericanas y el grupo conservador del Partido Republicano ya habían declarado públicamente la “necesidad” de “controlar” a los países y colonias hispanoamericanos que luchaban por su independencia en el Caribe —concretamente, Puerto Rico, Santo Domingo, Haití, pero sobre todo Cuba— y bordean el estratégico paso de los Vientos, donde se hallaban los aproches al istmo, precisamente el lugar en el que ya se preveía construir un canal transoceánico que permitiera el transporte de los productos de las industrias del este del país hacia los grandes mercados de Asia. Estados Unidos se prefiguraba, pues, como el adversario estratégico de la revolución cubana, mucho más peligroso que España. Un famoso oficial de la marina de guerra estadounidense, el contralmirante Alfred Thayer Mahan, había proclamado por aquellos días en un artículo muy controvertido en la conocida revista *Atlantic Monthly*:

Entre las islas [del Caribe] y en la tierra firme hay muchas posiciones de gran importancia ocupadas hoy por Estados débiles o inestables. ¿Están dispuestos los Estados Unidos a permitir su venta a un rival poderoso? ¿Qué derecho invocará contra la transferencia? Solo uno: su política razonable apoyada por la fuerza.¹

Los “rivales poderosos” y activos en la región eran Inglaterra y Alemania. En ese momento la posibilidad de venta era remota. La prensa no reportaba negociaciones de esa índole en el Hemisferio. Pero la declaración en sí constituía una advertencia transparente de que Estados Unidos, con el ímpetu y la arrogancia de todo joven imperio, optaría a partir de entonces por la fuerza para lograr el control del Caribe y de otros intereses expansivos. Desde las páginas de diarios influyentes como *La Nación* de Buenos Aires y *El Partido Liberal* de México, Martí desplegó una persuasiva campaña contra las pretensiones hegemónicas de los centros de poder de las burguesías industrial y financiera estadounidenses, que culminó con su nombramiento de cónsul en Nueva York de tres países sudamericanos: Uruguay, del cual ya era cónsul en 1887, Argentina y Paraguay, que lo nombraron en 1890.

En esas circunstancias tan adversas, el proyecto descansaba en principios éticos incommovibles, cuyo presupuesto principal debía ser la unidad del pueblo cubano y de la América hispana, basada sobre todo en el principio del equilibrio político y militar mundial, según él lo interpretaba, apoyado en el derecho internacional, “general y grandioso”, como solía llamarlo, que solo podría existir y de hecho aplicarse habiendo asegurado previamente el equilibrio mundial político, económico y militar.

El concepto de equilibrio internacional para Martí se completaba con lo que hoy llamaríamos “contradicciones interimperialistas” entre las principales potencias de la época. Martí había comprendido, en fin, que la victoria y la consolidación de

¹ Alfred Thayer Mahan, “The United Status Looking Outwards”, *Atlantic Monthly*, agosto de 1890. Véase el amplio contexto de este tema en Rodolfo Sarracino, *Martí en el Club Crepúsculo: en busca de nuevos equilibrios*, Centro de Estudios Martianos / Universidad de Guadalajara, La Habana / Guadalajara, 2010.

la revolución cubana dependían, no solo de los combates en los campos de batalla, y de la unión anticipada del pueblo cubano, sino de la unidad de toda la América hispana, frente al peligro de la expansión estadounidense en el Caribe, América Central y Suramérica.

En tales circunstancias, la creación de un partido no electoral, que Martí llamó Partido Revolucionario Cubano, fue una iniciativa brillante que para la revolución cubana y su líder tuvo una importancia capital. No me refiero exclusivamente a las implicaciones internas de su fundación, en términos de la unión del pueblo cubano y de la organización del apoyo moral y material a la guerra, bien conocidas, sino al imperativo de defender la independencia cubana incluso después de alcanzada la victoria contra España, frente a la política animada, particularmente evidente al iniciarse la Conferencia Internacional Americana a partir de 1889, por los principios geoestratégicos expansivos de los círculos de poder estadounidenses y de sus fuerzas armadas.

Otra de sus iniciativas más lúcidas fue el estudio detenido y profundo que dedicó a las contradicciones entre las grandes potencias europeas en América Latina, y de hecho en todo el mundo, en particular entre Inglaterra y Alemania frente a Estados Unidos, que preocupaban a los estrategas militares y a los grupos conservadores en el Congreso estadounidense. Y desde el campo de batalla en las montañas orientales, en abril de 1895, se valió de ellas para tratar de alcanzar sus objetivos revolucionarios al enviar dos cartas a los cónsules de Inglaterra y Alemania, respectivamente, bien recibidas por sus gobiernos, en las que entre otras cosas solicitaba respeto para el gobierno revolucionario durante la guerra, al tiempo que con gran diplomacia ofrecía a los países europeos igualdad de oportunidades comerciales y garantías para proyectos inversionistas.

La idea de lograr el apoyo de algunas de las potencias europeas para la revolución cubana estaba prevista en el proyecto independentista martiano, que debía contribuir a garantizar la supervivencia de la independencia de Cuba, una vez alcanzada en la guerra. Fue una lección aprendida de Bolívar, cuyo principal aliado internacional fue Inglaterra. Martí observaba con detenimiento, a partir del inicio de la década de 1880, la influencia de Inglaterra en América Latina en aquellos días, más allá de Canadá y las islas cercanas al territorio

estadounidense. En enero de 1887, pongamos por ejemplo, una crónica suya en *El Partido Liberal* de México, donde criticaba los prejuicios del periodista y promotor estadounidense David Ames Welk sobre ese país, en un artículo publicado en el *Popular Science Monthly*, con énfasis en la miseria estructural, la ignorancia, la falta de iniciativa empresarial y las limitaciones de toda índole, reales e inventadas. En ese debate Martí puso a prueba su cultura de la historia de México, pero intercaló una comparación con Argentina, una de las pocas ocasiones en que se permitió una opinión clara y directa sobre las relaciones de Argentina con su aliada europea: “la República argentina crece con mayor rapidez relativa que los Estados Unidos. Y quien ayudó a la Argentina, tiene interés en ayudar a toda la América: Inglaterra”.²

Los tres nombramientos consulares entre 1887 y 1890, tan excepcionales entonces como hoy, le proporcionaron a Martí, cuatro años con una sólida cobertura diplomática, profesional y política para sus actividades revolucionarias, principalmente la que le ofrecía su cargo de cónsul de la Argentina, a diferencia de Brasil, que estaba vinculado al mercado estadounidense por el cordón umbilical de los suministros de azúcar y café.

Desde sus tres consulados, Martí pudo moverse con mayor libertad y seguridad, hasta que la legación hispana protestó oficialmente ante Argentina en Washington por su discurso del 10 de octubre de 1891 en Nueva York, y se vio obligado a renunciar a los tres consulados, contrariado por tener que abandonar sus cargos bajo la presión de la monarquía hispana y la amenaza de destitución del ministro plenipotenciario argentino, en medio de un ruidoso escándalo promovido por la prensa plutocrática local e instigado por España. No es posible extendernos en estas líneas para abarcar en detalle los factores internos en Argentina que incidieron en la renuncia de Martí. Baste decir que cuando fue designado cónsul argentino en julio de 1890, sin que en momento alguno él lo solicitara, directa o indirectamente, ya era bien conocido en Nueva York y Buenos Aires como un intelectual brillante, dirigente de la revolución cubana. Y por ello se comprende que no fuera de su

² José Martí, *Otras crónicas de Nueva York*, investigación, introducción e índice de cartas de Ernesto Mejías Sánchez, Centro de Estudios Martianos / Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 100.

agrado verse obligado a renunciar por voluntad de España con la aquiescencia del gobierno argentino. La decisión de designar a un cubano revolucionario como cónsul en el consulado General de Nueva York había transmitido un mensaje político, difícil de ignorar, obviamente favorable a la causa cubana: Cuba no estaba sola. La obligada renuncia al cargo quince meses después indicaba, de parte del gobierno argentino, una especie de cambio de rumbo en su política exterior que priorizaba a Europa antes que a Cuba, lo que constituía un mensaje de signo negativo para los intereses de la revolución cubana.

A la decisión argentina en esta coyuntura contribuyó la crisis financiera en ese país, que condujo al descontento del pueblo bonaerense y a una intentona militar rápidamente liquidada contra el presidente argentino, Miguel Ángel Juárez Celman, que sin embargo lo obligara a renunciar, a él y a Roque Sáenz Peña, nombrado en 1890 ministro de Relaciones Exteriores, cuando ya parecía identificado con las ideas estratégicas de Martí y había recomendado su designación consular. Desde el punto de vista personal, para Martí fue una contrariedad en extremo desagradable que le significó, sin embargo, una experiencia valiosa.

Interrumpidos totalmente sus vínculos con los consulados sudamericanos, en enero de 1892 Martí ya había logrado la aprobación de las bases y los estatutos del Partido Revolucionario Cubano, cuya fundación se dio a conocer formalmente tres meses más tarde. A partir de entonces, no hablaría como el intelectual brillante, y alto funcionario consular de tres repúblicas sudamericanas, sino como el representante de la gran mayoría de los patriotas cubanos emigrados en Estados Unidos, Centroamérica, América del Sur y Europa. Con gran previsión Martí había incluido en las Bases del Partido: “Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano”.³ Con el respaldo de esa representación viajó a México en 1894 y le escribió al presidente mexicano, Porfirio Díaz, una solicitud de entrevista, en cuyo texto se observa claramente su autoridad política, ya con-

solidada, y el respaldo de los clubes revolucionarios cubanos dentro y fuera de Cuba. Se trata de unas líneas que revelan, además, su capacidad dialéctica y su flexibilidad táctica. Veamos parte del texto para observar al Apóstol en una iniciativa del más depurado realismo político:

Señor:

Un cubano prudente, *investido hoy con la representación de sus conciudadanos*, —que ha probado sin alarde, y en horas críticas, su amor vigilante a México— y que no ve en la independencia de Cuba la simple emancipación política de la isla, sino la salvación, y nada menos, de la seguridad e independencia de todos los pueblos hispanoamericanos, y en especial los de la parte norte del continente, ha venido a México, confiado en la sagacidad profunda y constructiva del general Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano que hoy preside a México la significación y el alcance de la revolución sagrada de independencia, y ordenada y previsoramente a que se dispone



Cortesía de E. Gómez.

³ J. Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 1, p. 281.

Cuba. Los cubanos no la hacen para Cuba solo, sino para la América; y *el que los representa hoy viene a hablar, en nombre de la república naciente*, más que al jefe oficial de la república que luchó ayer por lo que Cuba vuelve a luchar hoy.⁴

La entrevista, asegura el historiador mexicano Alfonso Herrera Franyutti,⁵ tuvo lugar: Martí se entrevistó con Porfirio Díaz, de quien no pudo lograr, por la permanente presión y consiguiente influencia estadounidense en México, una promesa de reconocimiento de la beligerancia del pueblo cubano, pero sí su simpatía por la revolución y una importante ayuda pecuniaria personal de unos 20 000 pesos oro, cifra respetable entonces, lo que dejaba abiertas las puertas en la capital mexicana para futuros contactos.

Iniciadas las operaciones militares en 1895, la República en armas, aún bajo la influencia de José Martí, rápidamente priorizó la diplomacia. Nombró enviados especiales, agentes generales o encargados de negocios, según el caso, en Chile, Perú, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, Honduras, Brasil, Uruguay, Argentina, Ecuador, Venezuela, México, Costa Rica, El Salvador, Santo Domingo, Haití, Francia, Gran Bretaña y hasta en los propios Estados Unidos. Aunque la ofensiva diplomática era importante, no era suficiente. Hacía años que Martí estudiaba la factibilidad de la unión latinoamericana. Ya hacia 1881 había escrito en uno de sus cuadernos de apuntes:

Una gran confederación de pueblos de América Latina—no en Cuba—en Colombia— (por evitar así el peligro de anexión forzosa de la Isla).

Tribunal de todos para las querellas de cada uno.—

Socorro de dinero de los estados en guerra con nación extranjera.

Libertad plena de cada una de las repúblicas de unirse a cada pueblo en contienda.

Visita previa a los E. de S. A.⁶

Eran claramente pinceladas gruesas de ocasión, que nunca al parecer pudo completar. No perdamos de vista que la Colombia a la que Martí se refería no era la misma de principios del siglo xx. El istmo donde el futuro canal sería construido era aún parte de su territorio nacional. Colombia todavía no había sido objeto del desgarramiento panameño que sufrió con el respaldo de Estados Unidos. Hacia 1881, fecha en que la nota fue escrita, Martí estimaba inconveniente que Cuba fuese sede de una utópica confederación que podría justificar una decisión de anexión a Estados Unidos. La idea principal en esas líneas era la idea de la unidad continental mediante una confederación hispanoamericana para la cual no se escatimarían recursos. Y cada Estado contaría con libertad plena para alianzas y acciones defensivas.

Pero entre 1895 y 1898 —y aun después— se hizo sentir el vacío del prestigio, la autoridad y el genio político de Martí, caído en combate en 1895, cuyo proyecto preveía una activa gestión personal ante los gobiernos hispanoamericanos mediante un viaje a todos o casi todos los Estados sudamericanos y del Caribe, para asegurar el mayor apoyo moral y material posible a la revolución, y el reconocimiento a las autoridades revolucionarias, vital para la supervivencia de una nueva república cercana al imperio emergente.

A Martí le fue imposible aplicar una política exterior de Estado, ni pudo emplear en la vida diaria del pueblo cubano los principios políticos que se leen entre líneas en las bases y estatutos del Partido como brevemente hiciera Bolívar, y por cierto también nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro, a partir de 1959. Pero los principios que animaron la política de Martí como un revolucionario en acción fueron fuente de inspiración para los revolucionarios cubanos de la Generación del Centenario durante la lucha contra Estados Unidos y su títere Fulgencio Batista. Gracias en buena cuenta a Martí y Bolívar, América Latina está empeñada en alcanzar “la segunda independencia”, que hoy avanza, pero aún aguarda la acción final de los pueblos. ■

⁴ J. Martí, *Epistolario*, compilación y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, t. IV, p. 228. (Lo destacado es mío. R. S.)

⁵ Véase Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México: recuerdos de una época*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México DF, 1996.

⁶ José Martí, “Cuaderno de apuntes 5”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 21, p. 52.

La mirada martiana del Oriente frente a la globalización modernista

IVAN A. SCHULMAN



Es un lugar común asociar el término y el concepto de *globalización* con nuestro mundo contemporáneo, pero pasa con ese vocablo lo mismo que con lo *moderno*. Y, respecto a ambos términos, lo que proponemos en este breve ensayo es la necesidad de ampliar nuestra visión y enfocar las transformaciones culturales e ideológicas sin fijar delimitaciones cronológicas estrictas. Siguiendo este concepto, nuestros argumentos son: 1) la globalización y lo moderno son fenómenos que surgen en distintos momentos históricos; 2) el efecto de la globalización se manifiesta en muchos textos martianos; y 3) la globalización martiana abarca tanto lo occidental como lo oriental.

De acuerdo con este esquema tripartita, afirmamos que lo moderno no fue, como tantas veces se afirma, una invención de los siglos XVIII, XIX o XX;

que en el mundo antiguo la globalización se expresó por vía de las múltiples hibridaciones y aculturaciones de las civilizaciones mediterráneas en las cuales, en ciertos momentos y ciertos centros geográficos, se insertaron elementos orientales, que formaron parte de un complejo cultural tradicional. Y nuestro último argumento es que en el siglo XIX la hibridación social y cultural ligada a la modernización del mundo cobró tal intensidad debido, en gran parte, a los revolucionarios conceptos decimonónicos del espacio y del tiempo, las innovadoras teorías científicas respecto a la naturaleza de la conciencia¹ y el crecimiento de los rápidos medios de comunicación y transporte.

¹ Ver Iris M. Zavala, *Colonialism and Culture. Hispanic Modernisms and the Social Imaginary*, Indiana UP, Bloomington, 1992, p. 58.

Como resultado de todos estos factores, el Oriente se filtró en la obra de muchos pintores y escritores del siglo XIX, en Europa y en los centros culturales más desarrollados de América. Martí percibió este fenómeno con clarividencia ejemplar y lo expresó en forma sucinta en unos apuntes sobre filosofía: “El Oriente invade el Occidente”.²

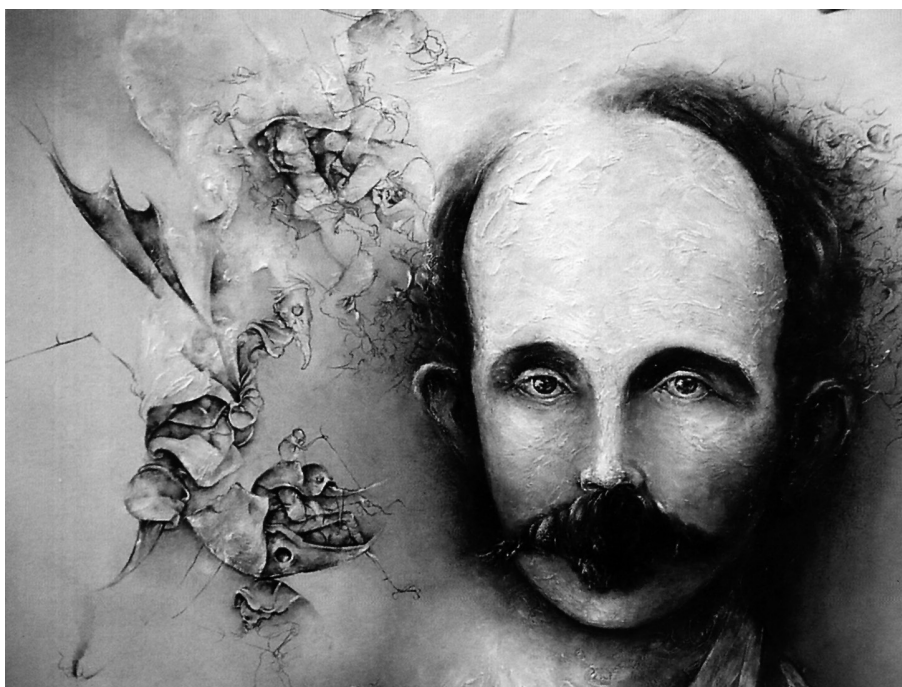
Sin embargo, aún hoy en día, y a pesar de la existencia de algunos estudios recientes sobre el orientalismo hispanoamericano, cuando pensamos en los escritores modernistas de América, tendemos a considerar sus textos, casi exclusivamente, en términos de legados occidentales: parnasianos, impresionistas, simbolistas; pensamos en Francia, en las apropiaciones de Baudelaire, Verlaine, Loti, los Goncourt, Mallarmé y Rimbaud. Pero, empezando con los escritores de las primeras etapas modernistas (1875 a 1918), el Oriente hizo acto de presencia en los textos de Casal, Darío, Gómez Carrillo, Rebolledo y Tablada. Por lo tanto, no sería exagerado afirmar que el Oriente –retextualizado por el Occidente–, junto con las últimas y más novedosas creaciones europeas, dejó una huella indeleble en las creaciones modernas de América.

Martí y los demás modernistas, cuando inscribieron las culturas foráneas en sus obras, inclusive las orientales, insertaron elementos léxicos identificados con esas culturas: respecto al Oriente, palabras como *musme*, *nabab*, *guesha* o *kimono*. Sin embargo, Martí insistió en no prodiñar las palabras extranjeras prefiriendo hispanizarlas. En uno de sus cuadernos escribió que “el uso de una palabra extranjera entre las palabras castellanas me hace el mismo efecto que me haría un sombrero de copa sobre el Apolo de Belvedere” (t. 22, p. 315). No obstante su defensa de la idea de la pureza de la lengua hispánica, Martí no fue un tradicionalista en la cuestión de ampliar la expresividad del discurso moderno. Apoyó el concepto de revolucionar la lengua hispánica mediante la apropiación de novedades léxicas pasándolas primero por el tamiz de un proceso de hispanización, introduciendo elementos plásticos en el estilo e inventando nuevos signos de puntuación. Es por eso que en la edad de experimentación literaria del siglo XIX americano no se suele pensar que él sea, como

Tablada, un orientalista. Sin embargo, su interés en las culturas extranjeras –el cual podemos documentar por sus Cuadernos de apuntes–, lo llevó a estudiar y luego incorporar formas de pensar y de escribir provenientes de las culturas orientales. Pero, a diferencia de otros orientalistas hispanoamericanos, Martí no cultivó las narraciones de viaje con discursos melancólicos como lo hicieron sus contemporáneos. No obstante, en sus textos no falta un elemento triste, de pérdida, o de visión retrospectiva que caracteriza los libros de viaje de otros modernistas que se quejaban a menudo de la desaparición de un orientalismo “passée”, occidentalizado que se iba liquidando o que ya había desaparecido frente al rápido curso de la modernización mundial de fines del siglo XIX. Es decir, no está totalmente ausente el elemento de pérdida en las dimensiones orientales de sus textos. Lo encontramos, por ejemplo, en el poema 42 de sus *Versos sencillos*: allí se narra la búsqueda frustrada de Agar por recuperar la perla echada al mar (t. 16, p. 22). Agar es, además, una representación prototípica de la exotizada mujer oriental retratada en el extraño bazar de amor visionada por el pintor/poeta, inspirado por un ensoñado orientalismo desconstruido y retextualizado de un modo que evade el intensivo proceso de modernización de las últimas décadas del siglo XIX.

En relación con estas y otras representaciones similares de la figura femenina, se puede especular si entre los modernistas la fascinación por el cuerpo femenino constituyó un mecanismo contradiscursivo unido a una sociedad que se iba mercantilizando y cuyas nuevas normas y valores rechazaron los modernistas, Martí incluido. También puede ser que los modernistas consciente o inconscientemente escogieran el camino de la evasión o la reubicación geográfica, es decir, el camino del Oriente, inspirados por sus escenas voluptuosas de templos, pagodas, mujeres en harenas, puentes arqueados y cerezos en flor. Zavala ha sugerido que, entre los modernistas, el utilitarismo y la desintegración de consagrados paradigmas sociales produjeron supernaturalismos, la experiencia de lo oculto, lo esotérico y hasta lo erótico. Incluso en un escritor como Martí, dedicado a una misión social de redención, independencia y autenticidad cultural enraizada en las realidades sociopolíticas, se detecta, en raros momentos y en el retrato del cuerpo femenino, un imaginario en

² José Martí, *Obras completas*, Editora Nacional, La Habana, 1963-1973, t. 19, p. 359. (En lo adelante solo se indicará entre paréntesis, en el propio texto, el tomo y la página de las citas tomadas de esta fuente.)



Yugo y estrella (2001), José Luis Fariñas.

aparente conflicto con las normas de su ideología sociocultural. En su poema “Haschisch”, de inspiración oriental, declara: “Y la vida es amor: ¡Oh! ¡quién pudiera / De una mora el amor gozar un día!” (t. 17, p. 77). La mujer árabe inspira “Las trovas no escuchadas, / Las horas sentidas / Y lágrimas de amor aún no lloradas” (t. 17, p. 76). En los versos de este poema, el Oriente está inscrito como proceso de descripción y como definición, tanto del poeta como del universo. El cuerpo femenino se evoca con perfume de “azahar y de alélies” (t. 17, p. 76), y el retrato de la figura de la mora constituye un texto sensual, de deseo manipulado, interpretado e intercambiado entre el escritor, el sujeto exótico y el espectador/lector. Pero el texto social, presente como siempre en los escritos martianos, nunca falta. En el mismo poema escribe “Arabia:—tierra activa”; pero Arabia visionada por Martí es un doble espacio metafórico, orientalizado y cautivo: “Solo del sol y del harem...” (t. 17, p. 75).

Hay otras formas de inscribir el Oriente en los textos modernistas: me refiero a enunciaciones clasificadas por Saíd como “naturales”¹ y estas

se encuentran en varias prosas martianas donde el papel del revolucionario es más evidente que en sus versos. Por ejemplo, sus crónicas sobre las rebeliones en Egipto y la descripción de los deseos del pueblo egipcio de separarse del yugo inglés y afrontar las amenazas de los franceses: “Egipto halla que ha pagado demasiado caro la civilización y el apoyo que pidió a los europeos, y quiere lanzar de sí a los civilizadores” (t. 23, p. 158).

La globalización, presente en la fascinación por la cultura oriental, la encontramos con insistencia en sus “cuadernos de trabajo” donde podemos (o mejor, *debemos*) leer el archivo

intelectual amplísimo de Martí. Al azar, entresacamos los siguientes comentarios:

–9,345 millas ocupa ya el telégrafo en el Japón. (t. 23, p. 65).

–La vida moderna, con todas sus rebeliones y esplendores, está entrando a raudales en el Japón. Al mismo tiempo que van allí las doctrinas católicas, van todas las ideas racionalistas que rinden combates con ellas en los países viejos. (t. 23, p. 146).

–A la par que en la China parece vencedor, por algún tiempo al menos, el partido que rechaza todas las innovaciones de origen europeo, en el Japón se abre paso con rapidez creciente y espíritu moderno. (t. 23, p. 78).

Hay en Martí una conciencia de la modernización global y de la lucha entre el mundo viejo y el nuevo, así como un interés en el Oriente y sus relaciones con la cultura y las sociedades occidentales. La globalización y el Oriente martianos confirman la profunda visión que caracteriza su imaginario, y revelan sus extraordinarias y acertadas percepciones del presente y del futuro. ■

¹ Ver Edward W. Saíd, *Orientalism*, Routledge, Londres, 1979.



“No desaparecería mi pensamiento”

Universalidad creciente de
José Martí

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

Curiosa la afirmación rotunda de Martí en la que sería su última carta a Manuel Mercado, la del 18 de mayo de 1895, la que quedó inconclusa y le fue ocupada por el enemigo entre sus ropas, la que ha pasado a la historia como su testamento político. Es, desde luego, una clara señal de la comprensión de la trascendencia de su ideario, y de cierta manera también de su labor como líder político, como lo indica el contexto en que aparece la frase, dedicado a explicar las sutilezas de la fina tarea en que se hallaba de darle forma a la revolución recién comenzada. Cualquier sospecha del lector actual en cuanto a un sentido mesiánico o a una especie de culto a su persona, se disipa cuando se lee la frase completa y la que le antecede: “Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad.”

Estremece ver esa humildad en una persona de su talante batallador, con plena conciencia de sus capacidades múltiples y del carisma que atraía a sus seguidores. Escribe aquel hombre en el campamento de Dos Ríos, aquel 18 de mayo en que ha quedado con un reducido grupo de acompañantes, mientras el General en Jefe busca la columna española con la que tendrían el encuentro fatal el día siguiente. Está llenando papeles sin cesar desde hace días, mientras él y Gómez buscan a Bartolomé Masó, uno de los pocos que queda vivo de la clarinada del 10 de Octubre. Ha puesto a trabajar a varios escribientes que reproducen órdenes, instrucciones, todo tipo de documentos. Mientras el General busca al adversario, el Delegado prepara, piensa, prevé, sirve... a la patria, al continente, al mundo. Y por eso desnuda sus amplios objetivos antiperiodistas al amigo mexicano, en el que se ha acostumbrado a descargar los dramas de su existencia.

Estremece leer a ese genial estratega y apreciar cómo maneja entre sus cálculos hasta su paso a un plano secundario si las circunstancias y los hombres lo disponen. "Sé desaparecer", dice; no dice "Puedo desaparecer". La posibilidad queda implícita, pero subsumida por el saber, por aquella fineza de alma y de honradez que no requiere del protagonismo máximo y que lo tiene preparado hasta para ceder ante otros, si no queda más remedio y lo exige el bien de la patria, la unidad revolucionaria.

Cuán preparado estaba aquel hombre para los avatares de la vida y de las conductas de los seres humanos, que advirtió tres años antes al General en Jefe que con aquel mando supremo solo podía ofrecerle la ingratitude probable de los hombres. Qué temple profundo para admitir el desistimiento, que había admirado en José de San Martín y que le hizo poner a Carlos Manuel de Céspedes en su justo lugar. Qué alma la suya, que sabe alejar el agriarse si quedaba en posición secundaria o apartado hasta la desaparición.

Está claro que si emplea el verbo desaparecer, no está hablando de la muerte, siempre posible para quien está en la guerra, y siempre gloriosa para él, si ella viniera en un combate. Está hablando el líder, el jefe, el aglutinador, el que lo dejó todo, absolutamente todo en 1892 para quemar sus naves en esa gran aventura de la revolución cubana, quien prevé la pérdida de esa posición

de liderazgo y, sin embargo, con evidente satisfacción, proclama la presencia, el triunfo de su pensamiento.

Solo una firmeza moral, un sentido ético pleno, puede explicarnos semejantes ideas y decisiones. Es justamente esa fuerza moral, que se desborda en cuanto escribió, lo que explica la actualidad de Martí.

No sé hasta dónde sus contemporáneos pudieron calar en su hondura ética. Probablemente sus más cercanos colaboradores en las tareas patrióticas y algunos amigos íntimos la atraparon y quizás ello fue razón para la extraordinaria lealtad que le profesaron. A lo mejor los más perspicaces de sus incontables amigos y conocidos de tantos países distintos se percataron de su rectitud humanista. Puede ser que sus lectores más sensibles, sobre todo aquellos que compartieron su mirada crítica sobre el mundo moderno finisecular, apreciaron la solidez ética de sus principios en sus apasionadas previsiones y en sus profusos y enriquecedores enjuiciamientos sobre la época que se abría y las personas que se capitaneaban. Sin embargo, fueron quizás los cubanos más humildes –los emigrados de trabajo, los negros y mulatos, las mujeres, los mambises del Oriente cubano– quienes lo sintieron mejor y lo asimilaron con masivo entusiasmo. Su lengua y sus letras fieras los arrebataban porque en él se reconocían.

La clase letrada hispanoamericana lo conoció, o al menos lo leyó, más de lo que solemos imaginar, y no puede olvidarse que una parte significativa de los políticos de entonces formaban parte de sus filas. Escribió y le publicaron en más de una veintena de diarios de nuestra región y hasta en la propia España. No con la frecuencia que él seguramente deseaba, su nombre tampoco estuvo ajeno en la prensa cubana. En su condición de cónsul de varios países suramericanos, se supo de él y no fue muy bien visto en ciertas esferas oficiales de Estados Unidos.

El escritor, particularmente el periodista, fue el hombre apreciado por sus lectores contemporáneos. El poeta lo fue para aquellos que recibieron de sus manos sus dos cuadernos de poemas, y para quienes pudieron leerlo en algún periódico. Sus asombrosos *Versos libres* no salieron a la luz hasta el siglo xx, y fue la vanguardia nueva la que los admiró y se reconoció en ellos.

Los cubanos emigrados respetaron y siguieron al líder incuestionable; en la Isla ciertos lectores avisados comprendieron su originalidad literaria y está por ver cuánto se supo en el país de su labor directiva.

La primera mitad del siglo xx adoró al poeta, tanto en prosa como en verso. Los cubanos lo convirtieron en símbolo y acicate de la nación que surgió recortada como Estado soberano. Según avanzó la centuria el pensador fue tomando el lugar debido en la estimativa continental. La Revolución Cubana catapultó al dirigente político de avanzada, al antimperialista, al pensador latinoamericanista y al veedor ante los problemas sociales; también lo ha editado y divulgado profusamente y se acogió a su sombra desde un principio.

Ya se reconoce la altura conceptual en la historia de las ideas latinoamericanas de su ensayo cenital, "Nuestra América". Se ha advertido con frecuencia no solo la novedad de muchos de sus juicios sino también de sus perspectivas. Se ha planteado su duro bregar ante los prejuicios de su tiempo, su difícil, contradictoria y a menudo crítica relación con la moderna cultura burguesa que se imponía por el orbe, su constante voluntad por entender la época que le tocó desde el lado de los dominados y oprimidos, su vocación universalista y ecuménica ante las diversas culturas. Se ha insistido en el carácter humanista y de servicio de su ética, y en el papel de esta como basamento de su actuación y de sus ideas.

Así, la visión acerca de Martí se ha ensanchado, lo cual, indudablemente, ha contribuido a comprender mejor las tensiones a que se vio sometido, su propia formación a lo largo de su existencia, sus contrastes, avances y callejones cerrados que no pudo sobrepasar. Mas, sobre todo, destaca su indomable voluntad por perfeccionar al ser humano y su indagación en lo contradictorio del alma, del espíritu, de los sentimientos.

Los finales del siglo pasado y los comienzos de este parecen situar cada vez más a la humanidad ante la disyuntiva de su propia subsistencia como especie en un planeta al que destruye aceleradamente. No está del todo claro, pero es alentador el aumento de la conciencia de que hay que cambiar las formas de vida, la cultura. En verdad no nos hallamos solamente ante una crisis económica, o social, o de las costumbres; estamos ante una profunda crisis civilizatoria de matriz ética. Los modos



de ser, las conductas sociales e individuales han de mudarse, so pena de no poder detener la marcha hacia un gran desastre, o, al menos, de mantenernos girando una y otra vez sobre los mismos problemas generados por una forma civilizatoria más allá de los regímenes socioeconómicos. En consecuencia, los principios y los valores han de cobrar realidad plena y no quedar en frases echadas al viento, y las culturas y las formas sociales de existencia han de transformarse más allá de los egoístas paradigmas y de la excluyente lógica, propios de los modos civilizatorios actuales.

Por eso estamos en una época de descreimientos, de crisis de valores, de búsquedas de caminos. También son estos tiempos de reenquiciamiento y remolde, como calificó Martí a los suyos, y se anda a tientas en busca de nuevos altares, postulados, sostenes. Solo se alcanzarán con real efectividad si se piensa y se trabaja con un sentido ético, humanista y de servicio.

Y ahí, según todos los indicios, descansa el valor creciente del ideario martiano, como lo

evidencia la imagen suya que se ha ido creando durante los últimos veinte o treinta años.

El pensador novedoso y original, el que no se dejó constreñir por los patrones de su tiempo y trató de removerlos, el previsor que quiso “desatar a América y desuncir al hombre”, se está revelando en estos tiempos como el expositor de uno de los cuerpos de ideas más consistentes y sensatos para inaugurar un camino humano diferente. Ello se manifiesta, entre otros aspectos, en el interés por leer sus textos en naciones y culturas tan diversas como la china, la japonesa, las de los pueblos de India, países a cuyas lenguas se han traducido importantes conjuntos de sus escritos durante los últimos decenios. Crecen las traslaciones también a las lenguas europeas, especialmente al inglés, y en Estados Unidos y España se aprecia un aumento de su presencia en los medios académicos. Se vierten sus textos a lenguas americanas de Oaxaca y al guaraní. Cualquier estudioso del pensamiento de nuestra región se ve obligado a incluirlo entre los relacionados en su examen.

Las sociedades latinoamericanas, en las que a lo largo del siglo xx se le mencionó una y otra vez, hasta el punto de incluir textos martianos en los planes de estudio escolares de países como México y Venezuela, acogen hoy su personalidad de manera notable. Diversos proyectos sociales y gobiernos que promueven cambios de distintas naturalezas asumen muchos de sus puntos de vista y se declaran deudores suyos. Se emplean sus textos en los círculos intelectuales y académicos, y por los luchadores sociales, algunos partidos políticos y hasta los medios de difusión que se comprometen con nuevas visiones y aspiraciones de la región. Se trata de que Martí está hoy más actuante en la realidad social continental, y que de alguna manera su influencia es mayor porque se extiende por variados grupos sociales, tanto en el plano simbólico como en cuanto al examen y actualización de su ideario.

No se trata, obviamente, de que el hombre de letras haya perdido relieve. Todo lo contrario: si desde hace mucho era un escritor canónico de la lengua española y de la literatura hispanoamericana, ahora nuevos ángulos de su quehacer escritural sorprenden y estimulan a lectores y estudiosos, como sus “Escenas norteamericanas”, sus apuntes o sus páginas en el periódico

Patria. Mucho menos, por otro lado, se trata de que haya disminuido el interés por su obra política. Su excepcional liderazgo es probablemente hoy mejor comprendido que nunca antes porque se han entendido cabalmente la radicalidad de su proyecto y su filiación con los pobres de la tierra, y porque ha aumentado el conocimiento de los debates e intereses diversos al interior del movimiento patriótico cubano.

Pero quizás lo más importante para esta creciente universalidad martiana es la mayor comprensión relativa de que hay que entender al hombre como una totalidad de actos e ideas, en estrecha relación con su mundo cubano, latinoamericano y mundial. Mientras más nos acerquemos a todo el hombre y a todo su tiempo, mejor lo asiremos y con seguridad que será más útil, como él siempre quiso, en la pelea por un mundo, una humanidad y seres humanos mejores.

Parece, pues, que su pensamiento, tras su muerte, no solo no desapareció entre los cubanos en la guerra liberadora, sino que ha ocurrido un proceso de asimilación que le ha dado vitalidad y trascendencia, quién sabe si porque Martí vino de todas partes y hacia todas partes ha ido, siempre iluminando con la estrella en la frente. ■



Acontecimientos



El puente de Brooklyn desde la mirada de José Martí

Aniversario 130 de su inauguración

MAURICIO NÚÑEZ RODRÍGUEZ

El puente de Brooklyn es de esas obras que surgen para todos los tiempos: quizás sea su sólida e imponente estructura metálica, orgullo de la ingeniería de la época, o su significación en la etapa finisecular junto a las otras piezas que se hallan enclavadas en la ciudad de Nueva York y que fueron planificadas como expresiones simbólicas de la modernidad: la Estatua de la Libertad, la Quinta Avenida, el Parque Central y Coney Island. Han sido numerosas las razones para perdurar.

Cierto es que más de un siglo después el puente de Brooklyn mantiene su valor de uso y su estructura estética impenetrable burla el paso del tiempo. Al ser inaugurado, el 24 de mayo de 1883, acaparó la atención de la prensa norteamericana y de otras latitudes. El acontecimiento no pasó inadvertido ante la vista del periodista José Martí en su afán

por mantener informado a los pueblos latinoamericanos sobre la vida en la gran urbe. Su interés por la monumental obra lo expresa, sobre todo, en tres¹ crónicas publicadas en *La Nación* de Buenos Aires y una de ellas, también, en *La América* de Nueva York. Si nos detenemos cronológicamente en sus discursos, se pudieran deslindar algunas peculiaridades del estilo narrativo de José Martí expresadas en su labor periodística.

La primera de estas crónicas se escribe diez días antes de la apertura del puente y su estructura descansa en diferentes noticias del acontecer neoyorkino. Es solo al final que aparece la

¹ Ver las principales crónicas de José Martí sobre el puente de Brooklyn en sus *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 9, pp. 417-419, 425-432, y t. 13, pp. 255-259.

inauguración como último núcleo noticioso mientras que en las otras dos piezas, el tema del puente emerge como único interés del discurso y son los momentos donde se brinda la mayor cantidad de información.

La segunda crónica titulada “El Puente de Brooklyn” constituye una narración detallada de cada una de las etapas de su proceso constructivo, de las dimensiones y características de las estructuras metálicas que lo forman, y brinda, además, las múltiples complejidades tecnológicas y tropiezos que tuvieron que afrontar y solucionar especialistas y constructores en trece años de trabajo y difíciles condiciones por la zona donde se estaba realizando la obra. Por ejemplo, fue necesario enterrar los cimientos del puente en el fondo del río del Este, que separa a la ciudad de Brooklyn de Manhattan, y este contexto hacía doblemente complicada y riesgosa la faena.

Aparece asimismo un esbozo de lo que será el acto de inauguración del puente, de su magnitud, de sus artífices y de los cambios que experimentan la ciudad y sus habitantes ante la posibilidad de una vía que acerque dos zonas de la gran ciudad o sea, la alegría manifiesta por doquier:

¿Por qué se nota en la ciudad entera, en los rostros mismos de los hombres, súbita virilidad y expresión de fuerza, como si les viniera del reflejo de un poder ciclópeo? No hay bandera que ya no esté buscando el asta; ni farolillo de colores que no aguarde ya luz.²

Detengámonos un instante en el discurso de esta crónica:

Ya no se abren fosos hondos en torno de almenadas fortalezas; sino se abrazan con brazos de acero, las ciudades; ya no guardan casillas de soldados las poblaciones, sino casillas de empleados sin lanza ni fusil, que cobran el centavo de la paz, al trabajo que pasa;—los puentes son las fortalezas del mundo moderno.—Mejor que abrir pechos es juntar ciudades. ¡Esto son llamados ahora a ser todos los hombres: soldados del puente!³

Es esa una de las ideas martianas acerca del progreso técnico: la posibilidad que brinda para

unir a los seres humanos. Son estas las grandes tareas sociales que —a su juicio— deben colmar el pensamiento y el tiempo humano. Si bien es cierto que el discurso de esta crónica comparte la grandilocuencia expresiva que se mostrará tres años después en la pieza dedicada a la inauguración de la Estatua de la Libertad:

palpita en estos días más generosamente la sangre en las venas de los asombrados y alegres neoyorkinos: parece que ha caído una corona sobre la ciudad, y que cada habitante la siente puesta sobre su cabeza: afluyen a las avenidas, camino de la margen del río Este, muchedumbre premiosa, que lleva el paso de quien va a ver maravilla [...]⁴

A su vez, se diferencia sustancialmente de aquella porque los detalles a tener en cuenta son otros. Necesariamente hay un salto notable de la presentación de una escultura monumental a un colosal ejemplo de ingeniería civil. Ahora se trata de mostrar complejidades estructurales y técnicas específicas y por eso la necesidad de expresar los pormenores en torno a longitud, altura, espesor, peso:

Allá en el fondo, del lado de atrás más lejano del río, yacen, rematadas por delgados dientes, como cuerpo de pulpo por sus múltiples brazos, o como estrellas de radios de corva punta, cuatro planchas de 46,000 libras de peso cada una, que tienen de superficie 16½ pies por 17½, y reúnen sus radios delgados en la masa compacta del centro, de 2½ pies de espesor, donde a través de 18 orificios oblongos, colocados en dos filas de a 9 paralelas, cruzan 18 eslabones [...]⁵

Evidentemente hay descripción de numerosos elementos o conjuntos que aportan aristas específicas en torno a lo que se está presentando y esa característica se desliza en varios momentos en el discurso de la crónica. Ello está relacionado no solo con la naturaleza del objeto noticioso, sino también con la finalidad de su autor porque, sin lugar a dudas, sus crónicas están condicionadas raigalmente por una evidente intencionalidad. Se trata de una obra que tendrá, sobre todo, valor de uso (y estético, por supuesto) y son necesarios esos

² J. Martí, ob. cit., t. 9, p. 417.

³ *Ibidem*, p. 432.

⁴ *Ídem*, t. 9, p. 423.

⁵ *Ibidem*, p. 427.

bloques descriptivos para ofrecer la mayor amplitud de rasgos, en primer lugar, para los lectores latinoamericanos o aquellos que hubieran podido resistirse ante la grandiosidad y seguridad de una obra nueva; pero, además, esa vía será transitada por autos, trenes y trabajadores en su cotidiano ir y venir y, quizás, esos datos estén en función de brindarle verosimilitud al discurso.

El periodista, a manera de complemento al prisma tecnológico que ofrece, reflexiona sobre su seguridad constructiva con la idea de explicar las ínfimas posibilidades de un posible derrumbe del puente: “Ni hay miedo de que la estructura venga abajo, porque aun cuando se quebraran a un tiempo los 278 cables que la sostienen, bastaría a tenerla en alto, con su peso y el del tráfico, la ramazón de tirantes supletorios”.⁶ Y continúa expresando que “no vendrán, no, los aires traviesos a volcar carros sobre el río, porque los bordes del puente se levantan a ocho pies de alto y entre las vías de carruajes y las del ferrocarril está tendida, para sujetar los empujes del viento, red de fuertes alambres”⁷ y concluye con certeza absoluta:

Ni se torcerá, astillará o saltará el puente, cuando el calor de estío lo dilate, como al sol de amor el espíritu, o el rigor del invierno lo acorte; porque esta quintuple calzada está como partida en dos mitades, para prevenir el ensanche y el encogimiento.⁸

Y, evidentemente, el tiempo le otorgó la razón, pues ciento treinta años después, no solo mantiene su valor de uso, sino que se conserva erguido como uno de los tesoros indiscutibles de la ingeniería de Estados Unidos en la ciudad de Nueva York, y como uno de los espacios más atractivos

para la gran cantidad de visitantes que recibe la urbe anualmente.

Esta crónica se publicó varios días después de inaugurado oficialmente el Puente,⁹ y Martí tuvo tiempo suficiente para nutrirse necesariamente de otras fuentes, pues son demasiados detalles exactos en sus páginas: las diferentes etapas del proceso constructivo, las técnicas y características tecnológicas empleadas y un esbozo que traza un recorrido por el período que demoró la construcción, es decir, desde el 7 de junio de 1870, cuando comenzaron las primeras labores, hasta el 24 de mayo de 1883. Sobre la fuente utilizada por el autor para su crónica, Julio Ramos afirma que “en el caso de ‘El puente de Brooklyn’, el reportaje leído es precisamente: ‘The Brooklyn Bridge’ de William C. Conant”,¹⁰ y continúa expresando que la “secuencia de los segmentos descriptivos, en ambos textos, es casi igual. Por momentos la crónica parece remitirnos a las numerosas ilustraciones y diagramas del reportaje”. Asimismo, Ramos brinda datos muy valiosos al poder consultar el material original que posiblemente no solo haya utilizado José Martí porque el asunto de la inauguración acaparó titulares y artículos en la prensa norteameri-

⁹ La crónica fue publicada poco después, en junio, en la revista *La América*, de Nueva York. No aparece en *Obras completas* la fecha de su escritura.

¹⁰ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina (Literatura y política en el siglo XX)*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1989, p. 167. (Las dos citas que aparecen a continuación corresponden a la misma página en la cual aparece en nota al pie la ficha completa del trabajo que Martí utilizó como fuente: W. C. Conant, *Harper's New Monthly Magazine*, LXVI, diciembre 1982-mayo 1883, pp. 925-946.

⁶ *Ibidem*, p. 431.

⁷ *Ídem*, t. 9, p. 432.

⁸ *Ídem*.



cana: “el reportaje, a su vez, maneja el prospecto del ingeniero Roebling (padre) sobre el puente”.¹¹

Así que la crónica martiana seguramente estuvo enriquecida, además, por toda la interpretación, descripción y valoración de las ilustraciones y esquemas que acompañan el artículo, es decir, el autor realizó una doble labor de traducción, no solo de la información del inglés al español, sino que también convirtió en palabras para el discurso de su crónica el mundo recreado en las imágenes de la fuente, y no es esta la única ocasión que ello sucede en la obra de José Martí, pues esa era otra de sus vías de interacción con la noticia.

Susana Rotker también consultó dos diarios norteamericanos *The New York Daily* (“The Brooklyn Bridge as a Text”) y *The Sun* que dedicaron grandes espacios a la inauguración del puente y reconoce que si bien pudieron constituir fuentes para Martí, estas se detienen en reproducir las intervenciones que se realizaron en la inauguración.¹²

Y sucede que en las *Escenas norteamericanas*, la traducción interviene como uno de los procedimientos que fundamentan su poética misma. Se trata de la crónica modernista, en la cual los procedimientos clásicos de la traducción aparecen insertados en la escritura y tejidos con narraciones, miradas reflexivas, textos poéticos, diálogos, conformando unidades de rara maestría en las que la ficción, el testimonio, la poesía y la reflexión interpretan y

enjuician mundos otros expresados y generados por otra lengua-cultura.¹³

Por ejemplo, en su novela *Amistad funesta* o *Lucía Jerez*, la minuciosa descripción del vestuario (y de los objetos) de los personajes femeninos que aparece a lo largo de toda la novela, sobre todo en el capítulo I, guarda estrecha relación con los gustos de la moda en Estados Unidos en aquella época. Si se comparan las ilustraciones del suplemento de modas que acompañaba al periódico donde fue publicada la obra (*El Latino-Americano*, Nueva York, 1885) y los detalles expresados por el narrador en el discurso, se hallan grandes semejanzas.

Teniendo en cuenta las complejidades propias del objeto reseñado, el estilo discursivo está orientado a convertir en cómplice al destinatario:

De la mano tomamos a los lectores de *La América*, y los traemos a ver de cerca, en su superficie, que se destaca limpiamente de en medio del cielo; en sus cimientos, que muerden la roca en el fondo del río; en sus entrañas, que resguardan y amparan del tiempo y del desgaste moles inmensas, de una margen y otra”¹⁴.

O cuando expresa:

Levanten con los ojos los lectores de *La América* las grandes fábricas de amarre que rematan el puente de un lado y de otro. Murallas son que cerrarían el paso al Nilo, de dura y blanca piedra, que a 90 pies de la marca alta se encumbran: son muros casi cúbicos, que de frente miden 119 pies y 132 de lado, y con su enorme peso agobian estas que ahora veremos,—cuatro cadenas que sujetan, con 36 garras cada una, los cuatro cables [...]”¹⁵

¹¹ Sobre el reportaje que sirve de fuente, Julio Ramos amplía que “es instancia de un tipo de periodismo norteamericano que se desarrolla en la época de la revolución científico-tecnológica y cuya función era intermedia entre el saber especializado y el público. Este tipo de periodismo también apunta a la diversificación de las escrituras en la sociedad y a la proliferación de nuevos intelectuales ‘no letrados’ encargados de administrar la escritura y la información”. J. Ramos, ob cit., p. 167.

¹² Susana Rotker, “La escritura como violencia. El puente de Brooklyn”, *Fundación de una escritura (Las crónicas de José Martí)*, Casa de las Américas, La Habana, 1992, pp. 226-227.

¹³ Ver Carmen Suárez León, “Martí traductor de textos, traductor de mundos”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 25, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2002, p. 181.

¹⁴ J. Martí, ob. cit., t. 9, p. 423.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 427.



Son diferentes estrategias narrativas dirigidas a dibujar la colosal imagen a través de las majestuosas dimensiones de volumen, profundidad, peso y altura que posee la obra, y eso se traduce en múltiples cifras que acompañan con impecable exactitud y especificidad varios momentos del texto. Y necesariamente, este es un rasgo que singulariza su discurso a diferencia de los textos dedicados a las restantes estructuras neoyorkinas. Y si se piensa que la presencia de estos datos descriptivos pudiera lastrar la naturaleza de su discurso en el afán de poder considerarlo como expresión de los intereses narrativos del autor, pues no sucede así porque

la narratividad es afectada también por el grado de especificidad o singularidad de las situaciones y acontecimientos presentados. De manera característica, el relato huye de la abstracción y prospera con lo concreto. Se concentra en lo particular y no en lo general.¹⁶

Pero aunque el autor esté hablando de metales y cordones fortificados, cifras, distancias y quehaceres tecnológicos, los horizontes estéticos se mantienen en su decir:

¿Y los cables, los boas satisfechos? ¿Qué araña urdió esta tela de margen a margen por sobre el vacío? ¿Qué mensajero llevó 20,000 veces de los pasadores del amarre de Brooklyn las 19 madejas de que está hecho cada alambre, y los 278 hilos de que está hecha cada madeja, a los pasadores del amarre de New York?¹⁷

La crónica refiere, además, el proceso constructivo del puente y cómo se logró su compleja estructura metálica:

Una mañana, como galán que corteja a su dama, un vapor daba vueltas al pie de la torre de Brooklyn: ¡arriba va, lentamente izada, la primera cuerda! móntanla sobre la torre; sujétanla a la fábrica de amarre; arrástrala el vapor hasta el pie de la torre de New York; izan el otro extremo; pásanlo por la otra torre; fijanlo al otro amarre:—del mismo modo pasan una segunda cuerda:—juntan en cada amarre, alrededor de poleas movidas por vapor, los extremos de ambas cuerdas, y ya queda en perpetuo movimiento circular la gloriosa “cuerda viajera” [...]¹⁸

¹⁶ Gerald Prince, “Observaciones sobre narratividad”, en *Criterios*, no. 29, Casa de las Américas, La Habana, 1991, p. 30.

¹⁷ J. Martí, ob. cit., t. 9, p. 430.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 430.

Pero la alabanza y el reconocimiento de Martí no solo se detiene en la obra, sino también en sus autores, por eso la tercera crónica dedicada al puente tiene como protagonistas a los ingenieros (padre e hijo) que lo hicieron posible: John Augustus Roebling y Washington Augustus Roebling.¹⁹ Esta crónica (publicada el 18 de agosto de 1883 y que seguramente fue escrita días antes) es otra sección —imprescindible, por cierto— de las referencias al puente de Brooklyn. Aquí se dibuja la génesis de la obra, es decir, brinda un amplio recorrido por la vida y la formación profesional de ambos ingenieros y las etapas que posibilitaron su crecimiento intelectual y técnico, lo que generó, a su vez, un objeto de tal opulencia.

Martí narra la trayectoria del ingeniero que proyectó la colosal obra y la continuidad de la idea por su hijo. Es un recuento que busca conocer e investigar las raíces de tan excepcional monumento en la historia de la ingeniería hasta entonces. Y se encontró con el universo de un soñador, de un conquistador del mundo y de los espacios cuya experiencia en el trabajo con “cables poderosos”, rieles y alambres, ya era notorio, pues estas estructuras formaban los cimientos de ejemplos anteriores en Estados Unidos, como el puente sobre el río Monongahela o el que construyeron sobre el río Ohio que une las ciudades de Cincinnati y Covington o el puente colgante en las cataratas del Niágara. Es decir, que el puente de Brooklyn no es un logro aislado dentro de la carrera de estos ingenieros-creadores, sino que forma parte de una evolución, de un proceso de experimentación y de búsquedas técnicas que cristalizaron en una creación considerada como la más eminente en el mundo en su especialidad en el siglo XIX: “Dan de sí las épocas nuevos hombres que la simbolizan”²⁰ afirmó Martí.

No todas las referencias al puente de Brooklyn que aparecen en las *Escenas norteamericanas*

¹⁹ John Augustus Roebling (Turingia, Prusia, 12 de junio de 1806-Brooklyn, EE. UU., 22 de julio de 1869). Ingeniero, inventor y diseñador de puentes. Padre de Washington Roebling. Estudió en la Escuela Real Politécnica y emigró a Estados Unidos en 1831. Allí se estableció con otros coterráneos y formaron una comunidad cerca de Pittsburg.

Washington Augustus Roebling (Saxonburg, Penn, 26 de marzo de 1839-Trenton, New Jersey 21 de junio de 1926). Estudió ingeniería en el Instituto Politécnico de Rensselaer. Trabajó durante la guerra civil en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos construyendo puentes. Después de la muerte de su padre, continuó la construcción del puente de Brooklyn.

²⁰ J. Martí, ob. cit., t. 13, p. 257.

poseen naturaleza narrativa, pues en ocasiones son alusiones sin mayores complejidades discursivas ni trascendencia informativa. Solo se considerará como tal, aquellos casos que cumplen con la definición expresada por Gerald Prince: “desde que hay acto o acontecimiento, aunque sea uno solo, hay historia, porque hay transformación, paso de un estado anterior a un estado ulterior y resultante”.²¹

A mi modo de ver, las tres secciones estudiadas forman la tríada principal que esboza la historia del puente. Existen otras referencias –como ya se dijo– en las cuales se le menciona tangencialmente a propósito de algún acontecimiento o como parte de una reflexión mayor, pero no llega a constituir ni siquiera un núcleo noticioso en la estructura de esas crónicas, por ejemplo: “Es mañana de otoño, clara y alegre. El sol amable calienta y conforta. Agólpase la gente a la puerta del tranvía del puente de Brooklyn: que ya corre el tranvía y toda la ciudad quiere ir por él.”, o más adelante cuando dice “Los carros que atraviesan al puente de Brooklyn vienen de New York, traídos por la cuerda movible que entre los rieles se desliza velozmente por sobre ruedas de hierro”.²² Es lógico que este gran logro ingenieril aparezca frecuentemente en sus crónicas porque constituye una de las expresiones del orgullo de la modernidad en la ciudad y alrededor de estos grandes símbolos transcurre o confluye la vida en la urbe de una forma u otra de acuerdo con las características de cada uno. Además, la grandeza y majestuosidad del puente, no solo es punto de referencia en el discurso periodístico de la época, sino que también, es tema de conversación en las calles y ello se transpira en las *Escenas* martianas al asumir la voz popular e introducir en el discurso sus diálogos y exclamaciones.

Ciertamente, se publicó otra crónica titulada “El puente colgante de Brooklyn”²³ que merece un aparte. Sin embargo, no la considero como parte de este gran relato en que se convierten las referencias al puente en las piezas mencionadas porque el texto parece ser más bien un informe o resumen descriptivo de dimensiones y estructuras, es decir, es una enumeración detallada de las proporciones y medidas de cada sección, pero es solo un desglose técnico. No existe en el discurso una simiente narrativa. El comienzo

de esta crónica es así: “Por sus contornos puede formarse una idea de este gigante, obra en lo absoluto magna, y en lo relativo, como símbolo de la osada adelantada, victoriosa y pujante civilización moderna.

He aquí sus cifras:”²⁴ Y a continuación se inicia la enumeración –en cifras– de las dimensiones de cada estructura, información que ya aparece en la crónica principal sobre el puente, es decir, la segunda analizada en estas líneas. Esta otra crónica, si bien es importante porque no se conocía hasta que fue encontrada por el investigador Rafael Cepeda y publicada posteriormente, su naturaleza no aporta, esencialmente, elementos nuevos.

Las crónicas estudiadas no agotan del todo las impresiones martianas acerca del puente de Brooklyn como hecho noticioso, porque las alusiones a este se multiplican en otras piezas en el universo de las *Escenas norteamericanas*, en ocasiones de modo referencial, es decir, a propósito de cualquier nueva situación que pueda recordar las peculiaridades de su proceso constructivo o el tesón y empeño de los artífices que lo hicieron posible, desde diferentes aristas. Es de las estructuras urbanas con las que el autor dialoga una y otra vez.

El talento creador de José Martí como escritor le posibilitó dotar su labor periodística de su fuerza como poeta, su agudeza analítica y sus habilidades como narrador. Es que José Martí estaba inconforme con lo que leía en la prensa norteamericana. En más de una ocasión expresó su desacuerdo con la manera en que trataban periodísticamente algunos acontecimientos y le preocupaba que fueran esas las fuentes esenciales por las cuales se mantenía informada la opinión pública y el pueblo. Ese es uno de los motivos raigales por el cual en su hacer informativo trata de apartarse de todo lo que conocía y leía. Hay una labor consciente de alejarse de esas formas y conceptos que, a su modo de ver, no respondían a las necesidades informativas reales de los ciudadanos norteamericanos. De ahí que numerosos de los acontecimientos que aborda como reportero están recreados bajo este prisma y enaltecidos no solo como hechos noticiosos, sino que son convertidos a través de su escritura en hechos artísticos y quizás ello constituye una de las razones por la cual sus crónicas aún se mantienen en el interés de la crítica y de los lectores a pesar del tiempo. ■

²¹ G. Prince, ob. cit., p. 25.

²² J. Martí, ob. cit., t. 9, p. 469.

²³ Publicada en *La Nación*, Montevideo, martes 11 de septiembre de 1883, y conocida a través de su publicación en cuadernos *Patria*, no. 4, Universidad de La Habana, 1991, pp. 63-65.

²⁴ Cuadernos *Patria*, no. 4, Universidad de La Habana, 1991, p. 63.

La huella martiana en el ideario de Ramiro Guerra Sánchez

YUSELI PESTANA LLERENA

El legado de José Martí es mucho más que un ideal perteneciente a la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo para los latinoamericanos, y especialmente los cubanos. Es la posibilidad de comprender la grandeza de un hombre que en condiciones adversas perseveró en el empeño superior de una nación: la independencia, sin importarle que la vida formaba parte del intento. Las vivencias de un contexto heterogéneo y contradictorio en pensamiento y acción, lo convocaron a sentir desde temprana edad la dominación colonial, a meditar sobre el capitalismo en su fase imperialista, y también a conocer el nivel de desarrollo de los estudios sobre la naturaleza y el hombre, así como los adelantos de la ciencia y la creación artística.

En este complejo diapasón social, económico y político, José Martí desarrolló una forma de pensar auténtica, comprometida con los destinos de los oprimidos del continente americano, que a la vez aportó al pensamiento progresista educativo del siglo XX un impulso renovador: una concepción de

lucha desde la escuela. La revista *La Edad de Oro*, constituyó la concreción del ideario educativo de José Martí y expresión de un proyecto cultural-educativo-político-liberador para el hombre americano desde su infancia. Sus cartas a María Mantilla, sus juicios sobre educación popular, fueron otras manifestaciones de una concepción educativa original para su tiempo.

Tras su muerte en 1895 y el advenimiento de medio siglo de estancamiento para Cuba en los anhelos de independencia y soberanía, esta vez con el sello interventor yanqui, intelectuales, historiadores y maestros, fundamentalmente, defensores de su palabra, amantes de su entrega a la patria, decididos a no dejar morir su aporte a la cultura cubana, mantuvieron vivas sus ideas y su ejemplo. Los maestros contribuyeron en gran medida a su permanencia en las aulas a través de versos, lecturas, retratos, dramatizaciones y, sobre todo, en el cariño que mostraban al pronunciar sus palabras, al evocar su necesaria presencia.



Entre ese grupo de defensores del pensamiento martiano se consagró el conocido maestro, historiador y economista Ramiro Guerra Sánchez (1880-1970).¹ Intelectual que sin desarrollar una amplia producción científico-literaria, evidenció en su teoría y práctica educativas cuán hondo había calado la savia martiana en el imaginario nacional de la época. Conocido fundamentalmente por su obra historiográfica, que lo situó como el historiador más importante de la república neocolonial por su acuciosidad, originalidad y, sobre todo, por su ferviente defensa de la verdad histórica, en el decurso de su carrera confesó su primera vocación de pensamiento y sentimiento: el magisterio. Fue desde esta actividad con un peculiar interés por la psicología de niños y adolescentes, que desarrolló una práctica educativa consecuente con las demandas histórico-sociales de la primera mitad del siglo xx, y con un sustento martiano.

Comprendió que las ideas de José Martí representaban la síntesis del proceso que había tenido como resultado la maduración de una conciencia nacional. Esta convicción la hizo saber a los jóvenes maestros de la época en su discurso *Martí en las primeras décadas de la escuela primaria republicana*,² lo cual evidenció su preocupación por rescatar las ideas del Apóstol que los diferentes gobiernos de la república neocolonial habían tratado de tergiversar u opacar. Concibió la educación como condición indispensable para la transformación social y fuente de socialización y unidad de los hombres.

Al estudiar en profundidad la teoría y práctica del educador de la república, la muestra más elocuente en su afán de legar a las futuras generaciones una interpretación necesaria y útil de la obra martiana, lo constituyó su producción escrita y las piezas de oratoria dedicadas al Maestro. Puede ser que algún día vean la luz artículos inéditos o hasta olvidados en una u otra biblioteca que evidencien

con mayor claridad la identificación con la obra martiana, pero lo que singulariza a este cubano digno es el interés por mantener vivas las ideas del Apóstol. Se trataba del reconocimiento de un modelo identitario, una revelación socio-cultural encarnada en un hombre, para hacerle comprender al pueblo cubano la necesidad de un goce imposterizable: la libertad social e individual del ser humano.

Entre la producción científico-literaria dedicada a José Martí se encuentran artículos en publicaciones periódicas y algunos de sus libros,³ pero además en la sección "Libros del trimestre", de la revista *Trimestre*, entre 1947 y 1948, publicó comentarios sobre diferentes textos de otros autores relacionados con la obra martiana, entre ellos los de Ángel C. Pintó, *El pensamiento filosófico de José Martí y la revolución cubana* (1947); Rebeca Rosell, *Las claves de Martí y el plan de alzamiento para Cuba* (1948); y Joaquín Martínez, *Martí, el inadaptado sublime* (1948).

Defensor de la obra martiana, posición que evidencia no solo la continuidad de su legado, sino el respeto a un símbolo de la identidad nacional para cada generación de cubanos, lo consideró una de las fuentes inspiradoras en su quehacer profesional. Esta motivación le provocó plantear en su discurso de 1952, la síntesis de su compromiso al respecto:

¿Cómo, pues, íbamos a dejar de amarlo, dejar de identificarnos con él y de tomarlo por guía y mentor de nuestras labores educativas de los niños cubanos, nosotros, los maestros noveles de 1900, que vivimos los heroísmos, los sacrificios y los horrores de nuestra Guerra de Independencia de 1895 a 1898? ¿Cómo podíamos dejar de esforzarnos por ser los continuadores, en la medida de nuestras fuerzas, de la obra gloriosa de redimir a Cuba de la ignorancia, y de ayudar a asentar la República sobre la base inmovible de la buena ciudadanía?⁴

¹ Desarrolló su obra educacional durante la primera mitad del siglo xx. Cuando supo leer y escribir, conoció las obras de la Ilustración. Con la edad y preparación suficientes se examinó y graduó de bachiller en ciencias y letras, por la enseñanza libre. Optó por una plaza de maestro de instrucción pública, y en el año 1900 inició su magisterio en la enseñanza primaria en Batabanó. Con solo veinte años, tomó el curso de verano en la Universidad de Harvard, para profundizar en la historia, geografía e idioma de dicha nación.

² Publicado bajo ese mismo título por la imprenta El Siglo XX, La Habana, 1952.

³ Ver "Pensando en Martí" (*Diario de la Marina*, La Habana, 9 may, 1927), "José Martí" (en su *Historia elemental de Cuba para uso de las escuelas primarias*, Cultural S.A., La Habana, 1928); *Martí en las primeras décadas de la escuela primaria republicana* (Imp. El Siglo XX, La Habana, 1952); "Martí en la escuela de la república" (*Trimestre*, mar.-may., La Habana, 1952, pp. 45-48); "La actualidad. Nuestra deuda con José Martí" (*Diario de la Marina*, La Habana, 29 ene, 1953).

⁴ *Ibidem*, pp. 20-21.

Sin embargo, las ideas sobre educación legadas por el Apóstol, trascienden los textos publicados con esa intención: se encuentran imbricadas en la teoría educativa en sentido general. El estudio de la vastedad martiana, acicate para la formación de una filosofía de la educación en el pensamiento educativo de Guerra –aspecto abordado en la tesis doctoral desarrollada por la autora– permite exponer algunos puntos de contacto.

La preparación del hombre para la vida constituyó el aspecto medular de la concepción martiana de la educación, en estrecha relación con la potencialidad de la educación como fenómeno social para liberar al hombre de cualquier sumisión o atadura. Para el Apóstol estar preparado para la vida significaba liberar el pensamiento porque “La felicidad general de un pueblo descansa en la independencia individual de sus habitantes.”⁵

En el pensador de la República se advierte como “uno de los fines inmediatos más importantes de la educación nacional” por lo que era necesario “prepararlo [al hombre] para que mediante el trabajo inteligentemente dirigido y ejecutado, asegure un hogar a sus hijos donde impere la salud, la economía, el bienestar, y la fuerte, sana y tonificante alegría de vivir.”⁶ La relevancia dada por él a este aspecto, hacía que lo identificara como una necesidad urgente que la República debía enmendar: “una buena educación que los capacite para llegar a ser, por la cultura y el trabajo, dignos ciudadanos de la patria libre.”⁷ En tal sentido, llegó a determinar algunas cualidades de la especie humana como la “diferencia que hace del hombre una excepción, [así como] la extraordinaria superior inteligencia creadora del hombre y en lo que llamamos conciencia”.⁸ Esta relación, entre inteligencia y conciencia, evidencia la importancia concedida a la potencialidad creadora del hombre, la capacidad de satisfacer sus propias necesidades y las de sus

semejantes, cualidad que debe desarrollarse en estrecha relación con el contexto histórico.

El propósito de educar para la vida se sustentó en el conocimiento de la ciencia y el arte. Como evidencia al respecto, publicó numerosos artículos de carácter teórico-metodológico en varias revistas de la época, entre ellas, *Cuba Pedagógica*.

Ambos maestros conocieron con profundidad los exponentes más destacados del patrimonio educativo nacional. El Apóstol escribió varios trabajos sobre personalidades de la pedagogía cubana e internacional, que le permitieron desarrollar una concepción de la educación sustentada en educar, para la vida y desde y para la identidad, la formación de valores, la educación científica y el vínculo entre instrucción y educación, como principales aspectos. Ramiro Guerra, por su parte, alertó sobre la necesidad de cimentar una escuela cubana en lo mejor de la pedagogía nacional. Por ello, expresó:

No cerremos nunca los ojos, jóvenes amigos, a la luz que viene de lejos y de afuera; pero no olvidemos tampoco jamás que Varela, Luz y Caballero, Guiterras, Saco, Varona deben ser el modelo vivo, siempre admirado y siempre presente de los educadores de Cuba.⁹

Sobre Félix Varela, José A. Saco y José de la Luz y Caballero, destacaría:

Los tres poseyeron, en el más alto grado, la cualidad fundamental de todo gran educador: una visión clara y penetrante de las necesidades sociales más profundas de la época, y un amor entrañable a su patria y a la humanidad. Es cierto que sus ideales educativos fueron muy diferentes, hasta cierto punto; pero ello se debió no solo a las condiciones especiales de carácter, sino [...] a las diversas circunstancias en que actuaron y vivieron.¹⁰

La decisión de Guerra fue el resultado de sus vivencias en torno a las “bondades” que representaba la norteamericanización del sistema nacional de enseñanza hacia 1900. A pesar de su juventud, comprendió que la respuesta a los problemas educacionales de Cuba no se encontrarían en otro

⁵ José Martí, “Escuela de Artes y Oficios”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 8, p. 284.

⁶ Ramiro Guerra, *La defensa nacional y la escuela*, Librería Cervantes, La Habana, 1923, p. 119.

⁷ R. Guerra, *Rehabilitación de la escuela pública: un problema vital de Cuba en 1954*, Imp. P. Fdez. y Cía., La Habana, 1954, p. 82.

⁸ R. Guerra, “Criterios fundamentales y actitudes peculiares”, *Universidad de La Habana*, La Habana, 1951, p. 9.

⁹ R. Guerra, *La defensa nacional y la escuela*, p. 92.

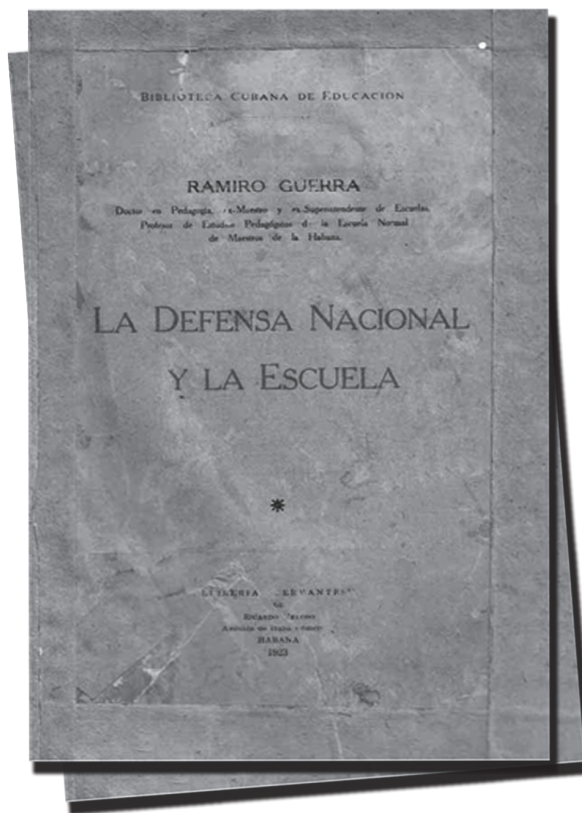
¹⁰ *Ibidem*, p. 78.

país, ni la copia acrítica de un modelo educativo era la solución de una realidad de abandono escolar y apatía social. La respuesta estaba en la voluntad de sus mejores hijos, a cuya actividad se consagró como uno de los más fieles exponentes.

José Martí conoció su época de forma peculiar. Lo hizo desde la perspectiva que posibilita la comprensión de dos categorías: patria y libertad. Ambos se necesitan, complementan y a la vez dependen de un sistema de valores, concepciones que sustentan la ideología. El campo de batalla debía tener en la escuela la institución orientadora, formadora de hombres preparados para defender la patria.

Sin embargo, la situación de la educación de la segunda mitad del siglo XIX dejaba pocas opciones. El análisis realizado por el Apóstol le permitió reconocer entre otros aspectos: el carácter exclusivo para la vida urbana con menosprecio de la educación del hombre de campo, mayoría en el continente americano; una marcada enseñanza pseudoliteraria, sin atender el conocimiento de la ciencia y la técnica y, sobre todo, su utilización en el sector agrícola; la fijación de modelos europeos y norteamericanos desvinculados de las realidades latinoamericanas donde lo que se necesitaba era un hombre presto al cambio radical en la política, la sociedad y la economía de estos pueblos; la urgente necesidad de una enseñanza científica en la primaria, para contribuir desde edades tempranas a la formación de un pensamiento científico, mediante el cual el hombre pudiera establecer relaciones, conocer y sacar experiencias de los hechos, amar la naturaleza y aprender de ella sus leyes, bondades y, sobre todo, a cuidarla; y la necesidad de erradicar una educación elitista, pues miles de niños no asistían a las escuelas por ser negros, pobres o indios.¹¹

Este análisis sobre la educación de finales del siglo XIX, sentó las bases para el desarrollo de una actitud en torno a la educación en la primera mitad del siglo XX. Contribuyó al surgimiento de una generación de nuevos educadores decididos a cambiar la problemática educacional en Cuba, solo que la indiferencia de sucesivos gobiernos durante la república neocolonial, no permitió impulsar un cambio social desde la educación. Guerra lo reconoció así:



nuestros gobiernos, [...] no han mantenido a lo largo del tiempo, una acción consistente en la alta dirección de la enseñanza, ni en la honesta e inteligente aplicación de los amplios recursos del elevado presupuesto del ministerio, con la consecuencia de que en ciertos períodos volviese a echarse muy de menos, en el alto centro rector, la influencia del espíritu martiano.¹²

Ante esta realidad de pérdida de identidad, manifestada no solo en el intento de olvido de la obra del maestro, sino en la desatención de la escuela, su voz se escuchó desde su propia vivencia familiar:

mis hijas sí marchan entre esa inmensa legión que va camino de la escuela, a sentir en su carne y en su espíritu el azote de males funestos e irremediables, que tienen su raíz en tu abandono y tu incapacidad. Soy un padre que expresa su dolor, dolor que es, al mismo tiempo, el de todo un pueblo. No quiero ser tu cómplice ni tienes el derecho de hacerme callar.¹³

¹¹ Estas ideas se asumen de Justo Chávez, *Bosquejo histórico de las ideas educativas en Cuba*, Pueblo y Educación, La Habana, 2002.

¹² R. Guerra, *Martí en las primeras décadas de la escuela primaria republicana*, pp. 27-28.

¹³ R. Guerra, *La defensa nacional y la escuela*, p. 197.

Eran las palabras de un padre–maestro conocedor de la desconfianza, el desaliento, la amargura resignada y en ocasiones hasta “un mal contenido espíritu de sorda protesta que arruga la frente y hace dura y desabrida la palabra del maestro”.¹⁴ Sin embargo, esta crítica fue acompañada de posibles soluciones, aspecto que muestra de algún modo la ruptura con el pensamiento positivista subyacente.

Se esforzó por vincular el estudio con el trabajo en la escuela pública, la defensa de la educación rural para el niño campesino y su diferencia con respecto a la educación que se recibía en las escuelas urbanas. Su interés por las escuelas vocacionales y profesionales, que estuvieron vinculadas a las necesidades productivas de la sociedad y prepararan a niños y jóvenes con ese objetivo, tal y como lo fundamentó en su libro *Práctica profesional pedagógica o productiva que a más de la que se realiza en la Universidad debe exigirse en las escuelas universitarias de índole profesional* (1930).

La preocupación martiana por el fomento y desarrollo de una escuela formadora de hombres para su tiempo, representa en la tradición progresista del pensamiento cubano una sustentación ética. En este camino de luz, cimentado en el conocimiento, la escuela debía procurar el razonamiento y sobre todo desarrollar la capacidad de comprender las intenciones del dominio colonial español y su respectivo aparato ideológico. Al respecto el propio José Martí expresó: “A un pueblo ignorante puede engañársele con la superstición, y hacérsele servil. Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre.”¹⁵

Guerra por su parte, desarrolló diferentes funciones en la dirección del sistema educacional cubano,¹⁶ independientemente de su ineficacia como organismo coordinador y orientador de la educación en Cuba. Al igual que Martí, se preocupó por la situación de los niños sin escuelas que merodeaban los servicios públicos. Este fenómeno lo identificó como la consecuencia directa de dos de los flagelos del

contexto educativo cubano de la primera mitad del siglo xx: el niño sin escuela y la enseñanza única. Ambas realidades contribuían en gran medida a perder el interés por la escuela y a no aceptar su principal función en la formación de generaciones. En este sentido expresó:

Martí, el Apóstol de las libertades cubanas, ansioso siempre, como dijera en algunos de sus admirables versos sencillos, “de echar su suerte con los pobres de la tierra”, se horripilaría de ambas discriminaciones, y se enfrentaría contra una y la otra con el mismo coraje, la admiración y sacrificio con que cayó bajo el plomo enemigo en Dos Ríos.¹⁷

Su identificación con las ideas del Apóstol ratificaban la función primera de la educación: transformar a cada hombre e impulsarlo al adelante. Sobre esto ahondó: “Solo la educación puede transformar la fuerza potencial de cada hijo de Cuba en fuerza operante y sumarla a la de los que luchan actualmente por mantener la patria e impulsarla por la vía del progreso.”¹⁸

La posición adoptada por el experimentado maestro Ramiro Guerra al respecto, constituyó solo un ejemplo de los esfuerzos realizados por los educadores cubanos en la gestación de la escuela nacional. Sin embargo, este reto no era posible sin el concurso transformador de los educadores. Urgía el amor y la pasión de cada maestro en el ejercicio de la profesión. Con la claridad que lo caracterizó en la exposición de las ideas, así lo manifestó: “Y aquellos que no sientan latir su corazón impulsado por los sentimientos, podrán serlo todo en Cuba, menos lo que somos nosotros: Maestros.”¹⁹ En otra oportunidad sobre el mismo tema precisó: “Sin buenos maestros no hay educación posible.”²⁰

La escuela de la segunda mitad del siglo xix demandaba profundos cambios en su concepción. Era necesario “sembrar”, al decir del Apóstol, escuelas para recoger hombres. Pues además de prepararlos para la vida, adiestrar las conciencias y fraguar

¹⁴ *Ibidem*, p. 196.

¹⁵ J. Martí, *Obras completas*, t. 19, p. 375.

¹⁶ Entre las responsabilidades de mayor alcance desarrolladas por Ramiro Guerra se destacan: la superintendencia provincial de escuelas en Pinar del Río (1913-1917), período en que comprendió la necesidad de impulsar la educación de las zonas rurales en Cuba y sobre todo la enseñanza agrícola, y la superintendencia general de escuelas de la República (1927-1930).

¹⁷ R. Guerra, *Rehabilitación de la escuela pública. Un problema vital de Cuba en 1954*, Imp. P. Fdez. y Cía., La Habana, 1954, pp. 219-220.

¹⁸ *Ibidem*, p. 119.

¹⁹ R. Guerra, *La defensa nacional y la escuela*, p. 36.

²⁰ R. Guerra, *Rehabilitación de la escuela...*, p. 114.

espíritus, se convertía en la institución capaz de contribuir a la educación de esos “Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes”.²¹

Con la entrada al siglo xx la realidad poco había cambiado. Conmovido por ella, Guerra expresó: “La más dolorosa confesión que puede hacer un maestro cubano es esta: la escuela no ha inculcado a la niñez de ayer, la juventud y la virilidad de hoy, el amor a Cuba y a los ideales cubanos.”²² Mucho quedaba por hacer y de algo estaba convencido, era necesario

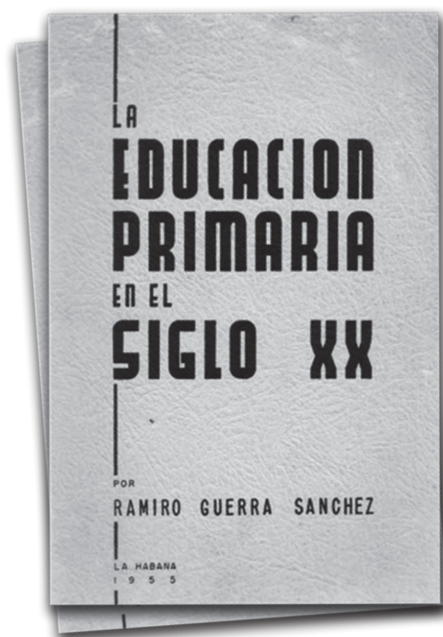
un inmenso reajuste pedagógico en todo el sistema, comenzando por arriba. Sostener lo contrario sería insincero y desleal. Engañaríamos al país y le apartaríamos del único camino que tiene abierto ante sí para asegurar firmemente su bienestar económico, conservar y mejorar sus instituciones políticas y promover el progreso intelectual y moral de la nación en lo presente y lo futuro.²³

Por tanto, una vía para contribuir a la solución o al menos a disminuir los efectos negativos de la crisis educacional desde su función cívica, radicaba en

fomentar el amor a la patria y a sus instituciones; mostrar a la niñez que pasa por las aulas la obra realizada por las generaciones pretéritas y la dirección en que han desarrollado sus esfuerzos; indicar el punto a que ha llegado Cuba en su evolución y el sentimiento en que esta se encamina hacia el mañana.²⁴

Él reconoció la especificidad de la escuela primaria rural, pues la condición de país eminentemente agrícola con mayoría rural de la población, demandaba que la educación de sus hijos fuera especializada, en correspondencia con la actividad de cada región. Al respecto puntualizó:

Las escuelas primarias rurales deben tener un carácter peculiar que las convierta en pequeñas escuelas de agricultura, con un campo de experi-



mento anexo, donde los niños mayorcitos puedan observar sus primeros ensayos como agricultores.²⁵

A pesar de las razones antes expuestas, había un problema que aunque subyace del análisis realizado, este maestro desde su agudeza y perspicacia logró captar en su esencia:

El exotiquismo de nuestra escuela es evidente y aunque prodiga mucho el Himno Nacional, los saludos a la bandera y la recitación de poesías de muy mal gusto en multitud de casos, generalmente dedicados a los héroes de nuestras guerras, hay en ella muy poco, si algo de genuinamente cubano. Instruimos a nuestro pueblo, pero lo desfiguramos. Bien sé que esto es efecto de la acción niveladora de la civilización, pero debemos procurar, al civilizarnos, seguir siendo cubanos, seguir sintiendo y amando en cubano.²⁶

Después de haber dedicado sus mejores esfuerzos a la escuela pública cubana, observó con dolor que la realidad de la educación primaria, a pesar de los esfuerzos, continuaba en el abandono:

²¹ J. Martí, *Obras completas*, t. 11, p. 86.

²² R. Guerra, *La defensa nacional y la escuela*, p. 167.

²³ R. Guerra, *Rehabilitación de la escuela...*, p. 118.

²⁴ R. Guerra, *La defensa nacional y la escuela*, p. 26.

²⁵ R. Guerra, “La enseñanza de la agricultura”, citado por C. R. Borges, “Aproximaciones a la obra de Ramiro Guerra”, *Cuba Pedagógica de 1903-1912*, Instituto Superior Pedagógico “Enrique José Varona”, La Habana, jul., 1993, p. 43.

²⁶ *Ibíd.*, p. 8.

El progresivo quebrantamiento de todo lo que es esencialmente básico en instrucción primaria popular, le ha creado a Cuba, lo repito insistentemente, el más grave y peligroso problema, en todos los órdenes, en el primer medio siglo de existencia de la República, hasta provocar la crisis actual en este centenario de Martí, en que se comienza la erección de grandes monumentos a su memoria, que él repugnaría enérgicamente si viviese, mientras a centenares de miles de niños cubanos, privados de poder recibir enseñanza primaria elemental y de tener una escuela higiénica y decente a la cual concurrir, se les crea la desventaja inicial al comienzo de la vida para abrirse camino en igualdad con los que resultan favorecidos por su posición económica, en una patria que él quiso que fuese “con todos y para el bien de todos”.²⁷

A pesar de que el Apóstol no legó a la posteridad un texto de historia propiamente dicho, su obra trasciende el paso del tiempo justo por el valor histórico que se revela en ella. En *La Edad de Oro* específicamente evidenció cómo el profundo conocimiento de la historia universal podía ser un aspecto importante para la formación de un hombre diferente en el continente americano. Este empeño editorial dirigido a los niños, como explicara el propio Martí, tuvo un propósito: “para que los niños americanos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en las demás tierras”.²⁸ El conocimiento del pasado de la humanidad se evidenció en textos como: “La Ilíada de Homero”, “La historia del hombre contada por sus casas”, “Las ruinas indias”, “Un paseo por la tierra de los anamitas”, entre los más significativos. Sin embargo, supo diferenciar el efecto del aprendizaje histórico de una región lejana y la motivación que implica profundizar en el conocimiento de la historia de América. De ahí su claridad al respecto: “La historia de América, de los Incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia.”²⁹

Para Ramiro Guerra en su condición de historiador y desde el profundo compromiso con la verdad histórica, el conocimiento de la historia de Cuba en particular, propiciaba la búsqueda de la unidad nacional y el rescate de los valores patrios. La historia constituye

el elemento aglutinador y la memoria del esfuerzo de los pueblos. Esta concepción de la historia, resultado de profundas y minuciosas investigaciones sobre esta ciencia, lo condujeron a sostener: “Nuestra historia es lo único genuinamente nuestro que poseemos. Ella puede servir para unir más estrechamente, por el pensamiento y por el corazón a todos los cubanos.”³⁰ En otra oportunidad reconoció que la amenidad en el conocimiento de la historia era esencial, tanto para escribirla como para contarla. En ella se deben conjugar aprendizaje, compromiso, emociones y sentimientos. Esta forma de pensar le hizo expresar: “La verdadera historia no es la historia política solamente, sino la historia de la actividad humana en todas sus manifestaciones, particularmente la historia del trabajo, en la más amplia acepción del término.”³¹

El hilo conductor en ambos pensamientos lo constituyó la defensa de la identidad. En José Martí se manifestó con más evidencia la lucha contra el dominio colonial y la alerta ante el peligro imperialista. En este sentido, su magisterio sirvió para afianzar el sentido del conocimiento histórico y la decisión de amar a la patria por encima de todas las cosas. Para Guerra, el camino estuvo en el empeño de hacer de la escuela cubana pública un baluarte de nacionalidad y defensa de la cubanía, aun cuando la compleja situación de la primera mitad del siglo XIX lo haya involucrado en capítulos cuestionables.

Desde muy joven Ramiro Guerra consideró los artículos publicados por José Martí en la revista *La América* y en el periódico *Patria*, como “luminosísimos”,³² porque “abrían amplias perspectivas sobre nuestra misión y nos reafirmaban en la convicción de que el hombre pensador de alma generosa podía ir derechamente al fondo de los más vitales problemas educativos a base de su experiencia de los hombres y de las cosas.”³³

Fue seguidor de los criterios martianos sobre la educación del campesinado cubano. En el discurso que dedicó en 1952 a la presencia del pensamiento educativo de José Martí en su labor como maestro, hizo referencia a los trabajos martianos publicados en *La América* que más lo impresionaron: “Aprender en las haciendas”, “Educación científica”, “Escuela de mecánica”, “Escuela de electricidad”, “Escuela de artes y oficios”, “Trabajo manual en las

²⁷ R. Guerra, *Rehabilitación de la escuela...*, pp. 218-219.

²⁸ J. Martí, *La Edad de Oro*, Industrias Varias, S. A., La Habana, 1959, p. 7.

²⁹ J. Martí, *Obras completas*, t. 6, p. 18.

³⁰ R. Guerra, *La defensa nacional y la escuela*, p. 114.

³¹ *Ibíd.*, pp. 41-42.

³² R. Guerra, *Rehabilitación de la escuela...*, p. 22.

³³ *Ídem.*

escuelas” y “muy especialmente”, según declaró, “Maestros ambulantes”.³⁴

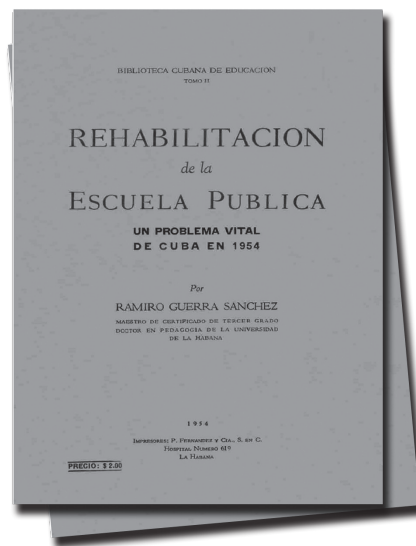
En un trabajo posterior expresó sobre el contraste entre sus ideas y la realidad cubana:

el Apóstol de las libertades cubanas, ansioso siempre, como dijera en algunos de sus admirables versos sencillos, “de echar su suerte con los pobres de la tierra”, se horripilaría de ambas discriminaciones [se refirió al “niño sin escuela, y el niño con enseñanza primaria de sesión única”] y se enfrentaría contra la una y contra la otra con el mismo coraje, la abnegación y el espíritu de sacrificio con que cayó bajo el plomo enemigo en Dos Ríos.³⁵

De manera significativa Guerra contribuyó a la organización de la escuela rural cubana, aspecto que abordó en sus obras *La defensa nacional y la escuela* (1923) y *Rehabilitación de la escuela pública* (1954). En este sentido, consideró las ideas de José Martí sobre este tema como “pensamientos todos que nos enorgullecían a los maestros procedentes del campo o conocedores a fondo de la vida en el mismo.”³⁶

Este aspecto fue incorporado por el maestro Ramiro Guerra a los diecinueve problemas pendientes de resolución en instrucción pública, trabajo publicado en 1922 con el título *Un programa nacional de acción pedagógica*. El contenido de este material devino en objetivos de trabajo, con el ánimo de desarrollar una transformación integral de la educación cubana de la época.

La perspectiva de lucha, guía del pensamiento martiano, contextualizó la necesidad de formar un hombre para su tiempo, no solo un ciudadano ejemplar: respetuoso, amante de la naturaleza, cortés, sino “hombres que digan lo que piensan y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros.”³⁷ Esta idea marca la concepción martiana del hombre, enriquecida por el desprendimiento, la fidelidad a las causas justas, la identificación con el problema del indio, el negro y



sobre todo por la convicción de que el bien mayor y más sagrado era la patria. Por tanto, el hombre para Martí era símbolo de cambio, transformación social. Resultaba la garantía del progreso para la América, la esperanza de dignificar al indio, respetar al negro y, en consecuencia, la única vía de garantizar el ideal de los precursores de la independencia: la unidad latinoamericana.

Ramiro Guerra en el contexto republicano, concibió al hombre con un rol social, necesitado de la cultura para liberarse de su realidad, al menos en el pensamiento, idea que se explica desde el alcance de esta transformación. Si para José Martí la lucha por la libertad e independencia era esencial y se alcanzaría a cualquier precio, en este republicano la manera de contribuir a la equidad y el bienestar social radicaba en solidificar la república como sistema social. Así lo hizo saber en los diecinueve puntos que conformaron los fines y objetivos de la educación en Cuba durante la primera mitad del siglo xx: “el primer deber de la escuela cubana de la época actual [...] es contribuir a la consolidación de la República y con ella a la de la independencia, la libertad y la paz”.³⁸

De esta forma y a pesar de las diferencias marcadas por el contexto, serían la libertad y la soberanía los ideales trascendentes que fuerzas internas o externas no pudieron modificar. Se trataba de dos posiciones ante un problema no resuelto para los cubanos. Dos miradas de cubanos conocedores de su realidad cuya confianza en lo legítimo: la cubanía, se presentaba como el punto de partida y regreso constante en el afán de liberar a un pueblo de la ignorancia y la opresión. ■

³⁴ Durante el primer gobierno de Mario García Menocal, de 1913 a 1917, se estableció el servicio de maestros ambulantes para niños en lugares de escasa densidad poblacional. En aquellos momentos Ramiro Guerra se desempeñaba como superintendente en Pinar del Río y, según dijo: “[me] cupo el honor de discutir y acordar con mis compañeros de la Junta de Superintendentes, el plan de maestros ambulantes”. (R. Guerra, *Martí en las primeras décadas de la escuela primaria republicana*, p. 24.)

³⁵ R. Guerra, *Rehabilitación de la escuela...*, pp. 219-220.

³⁶ *Ibíd.*, p. 23.

³⁷ J. Martí, *La Edad de Oro*, ed. cit., p. 8.

³⁸ R. Guerra, *La defensa nacional y la escuela*, p. 112.

La crítica de artes plásticas en José Martí: México y Guatemala

DAVID LEYVA GONZÁLEZ



La flor marchita, Manuel Ocaranza.

Es conocida y divulgada la importancia de Manuel Mercado en la vida de José Martí. Aunque resulta necesario señalar que uno de los nexos primigenios de esta amistad fue la persona del talentoso pintor mexicano Manuel Ocaranza a quien el cubano conoció en la breve escala parisina al ser este prometido de su hermana Ana, quien murió sin ver a ninguno de los dos. Ocaranza era muy querido por la familia Mercado. De hecho, cuando arribaba a México pintaba en un estudio acomodado en la propia casa de esta familia. Se podría decir que las artes plásticas constituyeron uno de los móviles importantes de esta tríada de amigos. Al morir prematuramente Ocaranza, en 1882, se mantuvo la inseparable y trascendente amistad de Manuel Mercado y José Martí.

Apenas el cubano inicia sus colaboraciones en la *Revista Universal*, hace un alto en sus temas económicos, políticos, literarios y teatrales para divulgar el 20 de abril de 1875 la llegada de Ocaranza a México, procedente de París. Como era costumbre en los artistas de la época, había ido a imitar y a aprender de Italia y Francia, pero Martí sabe que esa necesaria fase imitativa no ha empañado la “imaginación hermosa y poética”¹ de este pintor que lo deslumbrara por su técnica en función de la imagen plástica-poetizada; especie de academicismo filtrado por un original simbolismo personal.

Ocaranza era, además, un gran pintor de mujeres, un dibujante acabado de esa belleza morena e imaginativa de la dama americana que tanto prefiriera Martí por sobre la belleza más pragmática y fría de la de estirpe sajona. Al igual que en el resto de su obra, los cuadros de figuras femeninas de dicho pintor mantienen la carga simbólico-poética: *La flor muerta* o *La flor marchita*, representa la tierna

¹ José Martí, “Manuel Ocaranza”, *Obras completas. Edición crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001, t. 4, p. 140.

mirada de compasión de una joven de largos cabellos castaños ante un lirio marchito. Más de un crítico ha visto en la representación de esta muchacha un recuerdo alegórico a la hermana muerta de Martí, y se apoyan erróneamente en ese mapa existencial que constituyen los *Versos sencillos* donde el cubano dice: “Si quieren, por gran favor, / Que lleve más, llevaré / La copia que hizo el pintor / De la hermana que adoré.” Sin embargo, el cuadro se fecha en 1868 cuando Mariana Matilde (Ana) aún estaba en Cuba.²

Hacia 1877, encontramos unos extraños apuntes de Martí, que son como esbozos o fragmentos de una reseña o prólogo a un libro de Ocaranza.³ Lo curioso de este escrito, a la manera de prosa poética, es que maneja el mismo campo simbólico y visual de la obra del mexicano; como si ya intentase Martí, desde esa lejana fecha, “pintar con palabras” que, como sabemos, sería uno de los presupuestos que enarbola en su poética de 1880 titulada “El carácter de la *Revista Venezolana*”. El año en que muere el pintor mexicano, Martí escribió el tremendista poema “Flor de hielo”, cuyo título lleva el bajante: “Al saber que era muerto Manuel Ocaranza”.⁴ El texto se forma a partir de una serie de imágenes de la Muerte quien, con suprema frialdad y jactancia, cargó con el entrañable amigo.

La primera crítica extensa y minuciosa que realiza Martí de un pintor es la que escribiera sobre Felipe Gutiérrez el 24 de agosto de 1875. Gutiérrez fue un artista mexicano más académico y sobrio que Ocaranza y de los pintores de más depurada técnica y dibujo de aquellos años. Estudió en Europa de 1868 a 1872. También viajó por Estados Unidos y Suramérica y fue fundador de la Academia de Bellas Artes de Bogotá.

² El 8 de marzo de 1878, desde Guatemala, Martí le escribe a Mercado: “Le cedo para siempre el retrato de Ana”. Según el tomo 5 de las *Obras completas. Edición crítica*, nota al pie número 19 de la página 232: “A la muerte de Ocaranza (1882), Martí se interesó por el destino de aquel ‘bosquejo de cuerpo entero de mi hermana Ana, que una vez vi en su cuarto’, y expresó en esta y otras cartas a Mercado su deseo de poseerlo. Al parecer, nunca llegó a sus manos y quedaría en poder de la familia Mercado, en cuya casa el pintor tenía su estudio”.

³ Desde el año 1877, Martí le reiteraba a Mercado en sus cartas enviadas desde Guatemala que quería escribir sobre los cuadros de Ocaranza. En una misiva de abril de 1878 ya le confirma: “Iba yo a enviarte hoy el prólogo para el libro de Manuel Ocaranza que escribí ayer mismo.—Como lo he escrito en momentos de acerbo dolor; tal vez resulte el prólogo inacorde y demasiado individual.—V. tacha, pone y quita, o lo suprime entero, si no le parece bien.” (J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 308.) (Este prólogo de Martí no ha llegado hasta nuestros días, en su totalidad.)

⁴ J. Martí, ob. cit., t. 14, p. 206.

Desde el mismo inicio del estudio aparece el interés de Martí por explicar el manejo de la luz en los cuadros de Gutiérrez, que para él no llegan a tener un claroscuro tradicional sino bien diferenciado: un “claro luminoso y atrevido; un oscuro lleno de potencia y de vigor”.⁵ La figura o dibujo no la concibe con líneas definidas, sino a “experimentados golpes de pincel”;⁶ por lo que afirma que es un pintor de estilo libre y propio que ha observado con detenimiento los cuadros de Miguel Ángel, Ribera y Tintoretto.

El momento álgido de la crítica de artes plásticas de Martí en México ocurre hacia finales de 1875 e inicios de 1876. Fueron los días en que la Academia mexicana organizó una gran exposición para seleccionar las obras que representarían al país en la exposición de Filadelfia, Estados Unidos. Y he aquí que para dar una visión total de este acontecimiento, Martí realizó cuatro ya históricos estudios del arte de la segunda mitad del XIX mexicano, distribuidos en visita a la Academia de San Carlos.

El primer salón de esta exposición que estudia fue el de grabados y destaca fundamentalmente la labor de Miguel Portillo, Alberto Montiel y José María Martínez. Portillo, alcanzó una gran técnica en el dibujo del cuerpo humano, especialmente del desnudo masculino, y presentó en este salón un retrato del poeta Manuel Acuña que Martí apreció mucho debido a la admiración que sentía por la obra de este escritor romántico mexicano.

En el caso de los retratistas, le sobrecogió sobremanera la obra de José Obregón que tenía un gran oficio en plasmar las fisonomías y rasgos definitorios del carácter de sus modelos. El cubano nos dice al respecto: “Obregón nos da fecundas muestras de su talento con estos difíciles retratos, tan correctos y tan parecidos”.⁷ También destaca un retrato de Galileo Galilei, de Félix Parra. Este artista tendrá un seguimiento posterior en la crítica martiana; en esta muestra solo lo aprecia por su talentoso dibujo, pero, posteriormente, será un paradigma para él al representar una gran escena de la historia americana: el fraile Bartolomé de las Casas, uno de los pocos europeos que con valentía y entereza defendió al indio americano.

Para Martí, desde los inicios de sus valoraciones en torno al arte mexicano de 1875 hasta la década

⁵ *Ibidem*, t. 3, p. 90.

⁶ *Ídem*.

⁷ J. Martí, ob. cit., t. 3, p. 134.



El valle de México visto por el pintor José María Velasco.

de 1880, las obras que eran imagen de la rica y fascinante historia de este país, así como las que reflejaron los paisajes y colores tan propios de esta tierra, tuvieron mucho más valor que las obras de motivos más impostados y superfluos, sobre todo esa multitud de pinturas por encargo sobre tema religioso que sintiera fuera de lugar ante la realidad dinámica, cosmopolita y moderna que empezó a vivir el mundo hacia el final decimonónico.

De estas cuatro visitas de Martí a la Academia de San Carlos destaca su interés explícito por las obras que presentaron pintoras mexicanas, alumnas aventajadas de la Academia. Los nombres de estas artistas apenas han trascendido hasta nuestros días, mas queda el valor de los criterios sobre ellas realizados por el escritor cubano. Está el caso de la grabadora Josefina Mata y Ocampo, discípula del grabador Sebastián Navalón; igualmente habla de Palmira Borrás de Coll, quien expone los retratos de una anciana y de una joven, a los cuales Martí llena de elogios; menciona, además, a Elena Barreiro, una de las discípulas de Salomé Pina, con una naturaleza muerta y un estudio de cuerpo hu-

mano. También están el caso de Concepción Rosas y el de Francisca Campero a quien elogia por su óleo *El quetzal*. Curiosamente, años después, cuando Martí escribiera su única novela, *Amistad funesta*, es a través de una pintora, representada por el personaje de Ana, donde expondrá sus conocimientos de pintura en óleos sencillos y simbólicos como los que disfrutara de su amigo Ocaranza y de estas pintoras casi desconocidas del arte mexicano del siglo XIX.

En sus visitas a San Carlos el paisaje también tendrá un interés especial para Martí. Desde la lejana reseña de 1875 ya asocia el paisaje al clima y a la fuerza de luz del lugar que se pretende representar; es decir, cada cultura tiene sus paisajes acordes con la intensidad de la luz que provocan el brillo, o la ausencia de este, en la coloración. Y Martí, que nació en las Antillas, es un admirador de los paisajes de luz, sean americanos, de sol del Oriente, del Mediterráneo, de Granada, España, o los paisajes de montaña, sierras, lagos y ríos, como algunos que admirara de los artistas norteamericanos de la escuela de Hudson.

El gran paisajista que admira en San Carlos, y que se convertirá en uno de sus referentes obligados en este género, es José María Velazco, un verdadero maestro en representar los ambientes tranquilos de esas inmensas explanadas mexicanas, con sus lagos espejos, sauces caídos hacia el agua, cipreses, pastos y un cielo de brillo no europeo. De Velazco, admiró sobremanera su paisaje del valle de México, uno de los temas más comunes de la paisajística mexicana, aunque sigue siendo esta representación de Velazco la más emblemática.

Se trata de un lienzo de grandes dimensiones, de extensa perspectiva, que culmina en el horizonte de las montañas nevadas, sobre todo los majestuosos volcanes de Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, enfrente de ellos, la laguna de Texcoco y, antes de la laguna, la gran zona verde-árida, pues así de contrastante es esta tierra entre fértil y seca, entre desértica y poblada, sitio madre de la cultura mexicana y de donde se levanta hoy en día la segunda ciudad más poblada del mundo. En su descripción, Martí inicia con verbo imperativo en plural, tan de su gusto para alertar al lector. Y la primera persona del plural no la abandona en ningún momento, pues a pesar de su condición de extranjero, él siente como suyo, al igual que Heredia, esa monumentalidad natural.

También es curioso señalar que uno de estos estudios sobre la Academia de San Carlos, específicamente la tercera visita que realizó a uno de los salones de la amplia muestra, le valió a Martí una de sus pocas polémicas registradas sobre temas plásticos. Ciertamente es que el cubano no quiso responder abiertamente al crítico que lo enfrentara, de nombre Felipe López López, sino que a través de una nota educada explica que no ha sido su ánimo herir sensibilidades y se autodefine como un crítico impresionista que escribe más por pasión que por oficio de especialista.

El cuadro que suscita la polémica se nombra *A una familia*, aunque en su análisis el escritor lo nombra como “cuadro de familia”.⁸ El lienzo no es más que un grupo de cuatro mujeres que posan para la ocasión con un paisaje de crepúsculo como fondo.

Existen esencialmente dos puntos que molestan al crítico de esta obra: la composición forzada del grupo y la iluminación falsa del paisaje de fondo. Las mujeres están como aprisionadas, sin espacio suficiente debido a que no se presentan con una perspectiva correcta, mientras que la luz del sol que se



José María Velazco.

observa por entre las hojas de plátano carece de verosimilitud y fuerza. En el dibujo de los cuerpos hay algunos aciertos como el de la mano que sostiene elegantemente la sombrilla, así como detalles del vestuario y el rostro de perfil. Mas resulta curioso la conclusión a la que llega Martí sobre este lienzo, al plantear que todos esos errores vienen del exceso de trabajo y retoque sobre la obra. La dureza del cuadro es a causa de las reiteradas correcciones y del mucho pensamiento para una obra de tema sencillo, lo que devela el carácter de Mozart (el gran compositor sin tachaduras) presente en el escritor respecto a la creación artística. Se ha de pensar la obra y se ha de buscar el momento idóneo para plasmarla, pero el acto creativo como tal debe ser fluido con el mínimo espíritu de detenciones.

Entrado el año 1876, específicamente el 7 de enero, Martí realiza su cuarta y última visita a la exposición de San Carlos y todo será alabanza y encomios para otro de los grandes artistas de aquellos años, el pintor académico que sería luego maestro de Diego Rivera, Santiago Rebull. Curiosamente el

⁸ *Ibíd.*, t. 3, p. 142.



La muerte de Marat (1875), representada por Santiago Rebull.

cuadro que alaba, y que también recibe loas de Gutiérrez, *La muerte de Marat*, fue criticado por Felipe López López, por lo cual se podría afirmar que este señor, colaborador de *El Federalista*, fue uno de los más visibles enemigos que tuvo el cubano en su empeño de realizar crítica de arte; aunque lo planteado por López del lienzo de Rebull no tuvo consecuencia alguna, y la obra se coronó con el gran premio de la exposición a la que Martí fue invitado a discursar el día de la premiación.⁹

En el caso de la *La muerte de Marat*, de 1875, el riesgo estaba en ser este un tema ya inmortalizado por David, el gran pintor neoclásico francés. La obra de 1793 es estremecedora, de gran naturalismo y perfección, una de las cimas de la historia de la pintura francesa, admirada por Baudelaire y realizada casi *in situ* después del asesinato del líder jacobino. De hecho, David había hablado con Marat la tarde antes del suceso en la propia bañera donde fuera asesinado, lugar que utilizaba para trabajar y, a la vez, tratarse una afección de la piel.

Rebull esquivo por completo la idea de David y se afilia más a la composición del cuadro de Paul Jacques Aime Baudry, de 1860, titulado *Charlotte Corday*, en el cual Marat yace apuñalado mientras

que, en una esquina de la habitación, con pose estoica, aguarda Carlota la llegada de la plebe.

Es entonces Carlota la gran protagonista de la obra de Rebull que admirara Martí. En vez de la esquina, ocupa el centro del cuadro. Decidida, valiente, acaba de retirar la mano ensangrentada del pecho del líder revolucionario; el estertor, y puede que hasta el grito de Marat, sea causa de la entrada del populacho que irrumpe en la habitación desde la sombra esquinada del cuarto.

Este lienzo le permitirá a Martí desarrollar por vez primera una estrategia discursiva característica de su

crítica posterior: la de ver el cuadro como fuente de conocimiento, la posibilidad de aprender historia, filosofía, ciencia y literatura a través de la obra plástica. El pintor, a partir de una imagen, nos incita a investigar, asociar, relatarnos una historia de forma libre, amena, dinámica, donde el gusto se mezcla con la cultura. Es por ello que esta muerte de Marat deviene para Martí pretexto para la disertación histórica y para desplegar su amplio talento asociativo.

Múltiples fueron las satisfacciones en esta breve etapa como crítico de arte en México: el descubrimiento de que en una nación americana había un talento plástico a la par del europeo; conocer a un pintor como Felipe Gutiérrez con la misma fuerza creativa que el artista español que admirara en 1871, Eduardo Rosales; trabar amistad con un creador tan original e imaginativo como Manuel Ocaranza; y encontrar uno de sus paradigmas en el género del paisaje en la obra del pintor del valle de México, José María Velasco.

Mas el cubano decide partir de México y enfilarse su rumbo hacia Guatemala, un país lleno de belleza natural que le roba su atención y le permite ensanchar su escritura, y acumular nuevas experiencias e imágenes. Algo así como una tierra más inocente y de menos competencia

⁹ Véase carta a Nicolás Domínguez Cowan, en J. Martí, ob. cit., t. 4, p. 402.

intelectual, donde podría asentarse y lograr una alternancia entre lo artístico y lo educativo.

Su conocido folleto *Guatemala*, de 1878, es un muy útil y alabador documento, en el cual quedan registrados los más importantes artistas guatemaltecos tanto desde la vertiente plástica como desde la escultórica, pues en este país Martí descubrió esculturas de Cristo en madera que le marcaron profundamente, como los Cristos sangrantes de Julián Perales, o la posibilidad de haber visto el *Señor de Esquipulas*, el Cristo negro de expresión doliente del escultor portugués Quirio Cataño.

En el folleto, dentro del grupo de los pintores antiguos que trata, habla inicialmente de Thomas de Merlo (1694-1739), que él confunde y llama Manuel Merlo. La obra de este artista, como la de algunos otros que menciona, se encontraba principalmente en la capilla del Calvario, que es una de las construcciones que atesoraba lo mejor de la pintura religiosa de Guatemala. Los temas de sus obras están vinculados con la Pasión de Jesús. La coloración de los frescos de Merlo, expresa Martí, es oscura, pero de un dibujo correcto de la anatomía humana. Sus Cristos son alargados y todos envueltos en esa coloración terrosa y sin brillo que es como una de sus marcas de creación.

Uno de los pintores que más despierta su atención, en lo observado en las iglesias guatemaltecas, es Mariano Pontaza. Hay dos momentos o etapas de este artista, según el análisis del cubano: uno, donde la gama de colores es muy pobre, la perspectiva ruda y de una “infantil composición”;¹⁰ características que se aprecian en la obra *El martirio de los dominicos en Sodomir de Polonia*;¹¹ y otro, donde perfecciona su figuración y la libertad de colores, y en la cual destaca “la bondadosa fisonomía de Santo Domingo”,¹² que se observa en la propia Iglesia de Santo Domingo de la ciudad Guatemala.

A la par de Pontaza, nos habla Martí de una pintora, la señora Vasconcelos, de quien casi no hay información, pero que para el cubano, resultaba

extraña, no por su absoluto mérito, sino porque en escasez amarga de maestros y recursos, en procedi-

mientos y en ideas, túvoselo todo que inventar.—Adivinó la artista los secretos del color, los de la perspectiva, los de la difícilísima carne humana.”¹³

Sin embargo, para Martí, el pintor de mayor técnica y perfección de dibujo entre los artistas guatemaltecos era Francisco Cabrera (1781-1845); el más demandado por las casas de familia rica de Guatemala para poseer un retrato de su autoría. Tenía un don miniaturista muy peculiar, sobre todo a la hora de reflejar los detalles de los vestuarios burgueses, e hizo también escuela en el grabado de monedas.

Un último pintor que destaca, de lo observado en Guatemala, es un creador antiguo del período barroco y a quien compara con Rubens, nombrado Cristóbal de Villalpando. Se considera a Villalpando oriundo de México, pero a finales del siglo XVII se trasladó a Guatemala y realizó por encargo más de cuarenta pinturas sobre la vida de San Francisco para el convento de franciscanos de la ciudad capital.

Las estancias en México y Guatemala son de enorme importancia para el conocimiento de la plástica en José Martí. En primera instancia, le sirven para arriesgarse a polemizar y decidirse a hacer carrera en la crítica de arte, a partir de los referentes que tenía de la pintura española, luego de su primer exilio. Asimismo, desarrolló en este período su idea de la pintura nacional, que no es más que la no supeditación o pleno vasallaje a la pintura europea y, más que nada, en el caso de nuestro continente, a la arraigada escuela de pintura religiosa. Martí observó que se pintaba mucho pero no con la calidad y dedicación adecuadas y que nuestros artistas, teniendo como modelo fundamental de esta idea a los pintores mexicanos, no se insertaban con propiedad en los circuitos internacionales del mercado del arte. Talentos había a borbotones, pero mal conducidos o estancados en las malas y escasas oportunidades nacionales.

Observó el cubano un color peculiar del paisaje americano, una historia riquísima y personajes tipo que demandaban su representación plástica. Es obvio que su madurez como crítico llegaría en la década de 1880 en la prensa norteamericana, pero a partir de estas experiencias mexicanas y guatemaltecas es que verdaderamente se fragua su vocación e interés por el ejercicio crítico de las bellas artes. ■

¹⁰ J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 279.

¹¹ Del breve análisis de este cuadro, emerge la conocida frase de Martí: “los amorosos dominicos,—ibuenos siempre, hasta para América buenos!—”.

¹² J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 279.

¹³ Ídem.



Rabinal Achí y El Güegüense: “De comedias indígenas, que es de lo que vamos hablando”

MAYRA BEATRIZ MARTÍNEZ

El *corpus* escritural de José Martí refleja sobremedida la fascinación tremenda que ejercían sobre él las muy diversas manifestaciones del arte en colectividades marginadas que conoció —en los contextos donde hizo estancia, o por los cuales transitara circunstancialmente. Con un nivel de información que crecía cada vez más en torno a los universos nustramericanos y especialmente sensible, registró sus experiencias ante legados con raíces ancestrales —manifestaciones de grupos indígenas y afrodescendientes—, tanto en sus textos íntimos como en los que diera a la publicación, incluso muchos años después de haber experimentado sus vivencias. En todos los casos puede observarse un progresivo interés por acreditarlos dentro del hegemónico y excluyente discurso central de la cultura moderna donde se inscribía su labor como hombre de prensa.

Esa voluntad quedó expuesta, mayormente, en textos periodísticos en los cuales se combinaba pulsión poética, tensión ensayística y arranques etnológicos: nos ofrecen trascendentes testimonios de expresiones poco estimadas en su contemporaneidad y reverenciadas hoy, sin embargo,

como parte valiosa del legado multicultural universal. A mi juicio, no se recuerdan lo suficiente algunas de sus interesantes y visionarias, aunque, por lo general, sucintas consideraciones martianas en torno a representaciones tradicionales, rituales y populares. Pienso que sus apreciaciones estuvieron marcadas, sobre todo, más por criterios intuitivos —éticos, emocionales— que por evaluaciones críticas rigurosas y exhaustivas, aunque no por ello se muestran menos valiosas a los ojos actuales. Ejemplo de ello es un breve comentario publicado en junio de 1884, cuyos fundamentos podríamos presuponer afinados en sus estancias de juventud en México y Guatemala del decenio anterior —entre 1874 y 1878—. Se trata de “Una comedia indígena: *El Güegüense*”¹ que apareció en las páginas de *La América* —revista que dirigiera coyunturalmente en Nueva York, lo cual la convierte en un conjunto textual muy sintomático respecto a las motivaciones y preocupaciones que lo asistían entonces.

¹ José Martí, “Una comedia indígena: *El Güegüense*”, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2011, t. 19, pp. 235-238. En *La América* aparece como “Grieguence” y acá, en esta edición, se rectifica.

El Martí que fuera reportero y crítico de la intensa vida escénica mexicana y hasta dramaturgo de cierto éxito desde su propio arribo a nuestra América, en los setenta, obviamente, en lo adelante trató de mantenerse al tanto del mundo teatral, máxime si se trataba de producciones que ostentaban sello de autoctonía nuestramericana, como es el caso que nos ocupa. “Una comedia indígena: *El Güegüense*” fue suscitado por la traducción al inglés de los textos originales de la pieza dramático-danzaria homónima, perteneciente a la tradición nicaragüense, de parte del etnólogo y arqueólogo estadounidense Daniel Garrison Brinton.

Ya la lectura del sumario con que lo acompañara ha de resultarnos sugerente: “Librería de literatura aborigene por Daniel G. Brinton.—El *Ollantay* y el *Rabinal Achí*.—El teatro indígena.”² Prestemos atención a cómo, de inicio, le aplica el apelativo “teatro” a estas peculiares representaciones, concepto a través del cual intentaría comprenderlas y, al propio tiempo, reivindicarlas dentro de la tradición occidental, a la cual nuestro autor —hombre moderno ilustrado— necesariamente respondía. No hallaría otro modo de explicarlas como no fuera aplicando una referencialidad procedente de la herencia “clásica” grecolatina, que, por otra parte, resultara significativa para su lector potencial —de suponer, neófito en tales temas y/o epistémicamente ajeno a nuestros universos autóctonos.

Desde luego, es fácil percibir de inmediato una queja implícita por el hecho de que tales patrimonios originarios permanezcan invisibilizados, que se olviden:

¿Qué pueblo que, como el de México, tenía elevadas, a mirar al cielo, tan subidas torres, no sacaría de ellas por las condiciones mismas que a fabricarlas lo movieron, los cánticos y la sabiduría que inspiran la atmósfera profunda y el encendido cielo?³

Razona en torno a la lógica de esa exclusión hegemónica ejercida por los conquistadores en su afán de “extinguir a los vencidos”⁴ y sus patrimonios, de los que “poquísimos se sabe”:⁵ “[...] no es maravilla que tan poco se sepa ahora de lo que

expresaron y escribieron en Yucatán los ymeyes, y en Perú los amautas, y en Nicaragua los nahuates sabios”.⁶

Nuestro autor se mueve con soltura en el tema, lo cual denuncia no solo una lectura cuidadosa del texto de Brinton —que constituía su fuente explícita—, sino, quizás, la presencia de un saber paralelo en torno al tipo de manifestaciones públicas de arte dramático a que alude.

Tal vez ya hubiera conocido de su existencia por experiencia inmediata o a través de lecturas o informantes. El que no exprese demasiada sorpresa —y sí mucha complacencia— al referirse a las complicadas pantomimas de México; a comedias indígenas danzadas como el *Rabinal Achí* prehispánico —que se escenificaba entre comunidades de origen maya-achí, asentadas en territorio guatemalteco— o *El Güegüense* surgido con posterioridad a la conquista —y que constituye el primer monumento de la literatura nicaragüense— lo creemos evidencia de que podría haber disfrutado escenificaciones de semejante naturaleza en la época de su estancia centroamericana, durante celebraciones sacras donde ellas se integraban.

Lo cierto es que, si bien presupone su existencia en territorio nicaragüense —“En Nicaragua es seguro que existieron bailes hablados [...]”—,⁷ lo da por indiscutible en territorio mexicano donde “hubo por lo menos complicadas pantomimas [...]—.”⁸

Todo esto le permitiría no solo ponderar el trabajo del estudioso estadounidense sino, incluso, aportar un particular enfoque a partir de nociones previas —fueran adquiridas, al cabo, de manera directa o libresca—. Así, delata una lectura anterior y detenida de *Ollantay*, como su conocimiento de la existencia de *Rabinal Achí*:

De comedias indígenas, que es de lo que vamos hablando, poquísimos se sabe, a no ser lo que revelan el “*Rabinal Achí*”, diálogo avivado con bailes, como tenían por uso escribirlos y representarlos los indios Nahuates, que el abate Brasseur descubrió y sacó a luz, con aquellos ampulosos y ligeros comentarios suyos, y el “*Ollantay*”, escrito en quechua, en que andan en curiosa mezcla, y como si hubiese sido hecho de más de una mano, de una parte discreteos y sabrosos donaires de estilo que

² *Ibidem*, p. 235. El destaque en cursivas dentro de las citas siempre será de la autora.

³ *Ibidem*, p. 236.

⁴ *Ídem*.

⁵ *Ídem*.

⁶ *Ibidem*, pp. 235-236.

⁷ *Ídem*.

⁸ *Ídem*.

parecen salidos del mismísimo corral de la Pacheco, con primerías, matices y frondosidades de lenguaje que jamás tuvo escritor español, aun cuando viviese mucho entre indios y escribiese de ellos; y de otra parte unos caracteres y traza dramática que de lo indio no pueden arrancar, porque lo de español por todas partes le asoma, no con ciertas niñeces y asperezas que a un castellano pueden en justicia atribuirse [...].⁹

Sobre el bien conocido drama histórico de origen incaico *Ollantay o los rigores de un padre y generosidad de un rey* –atribuible a la tradición escénica *wanka*–, no se extendería Martí demasiado; pero supo tocar su esencia de “curiosa mezcla, y como si hubiese sido hecho de más de una mano”,¹⁰ con lo que parecería aludir a las diversas versiones que de él se cuentan. En efecto, los investigadores han concebido criterios encontrados respecto a la génesis y las transformaciones posteriores de su historia original –que data de entre el 900 y el 1500 de nuestra era–, conservada por tradición oral, hasta ser adaptada según patrones del teatro y la versificación hispanos, ya en tiempos de la Colonia.

Nuestro autor abordaría elementos constitutivos que justifican su carácter híbrido: “sabrosos donaires de estilo que parecen salidos del mismísimo corral de la Pacheco, con primerías, matices y frondosidades de lenguaje que jamás tuvo escritor español”;¹¹ es decir, al cabo la entraña indígena –“caracteres y traza dramática que de lo indio no pueden arrancar”–¹² más el aporte posterior hispano que intenta desdibujar su espíritu –“asperezas que a un castellano pueden en justicia atribuirse”.¹³

Por sobre este poema dramático incaico, parecieron interesarle las otras obras indígenas: *Rabinal Achí* y *El Güegüense*, las cuales pertenecen al acervo mesoamericano y, por lo tanto, debieron resultar más cercanas a sus vivencias de viaje juveniles. El texto martiano ubica a ambas como relativamente concomitantes respecto a los inicios del arte dramático en la Europa antigua: al igual que en el *theàtrum* –en comedia como en drama–, en ellas podían mezclarse recitaciones, cantos, música

y danzas alegóricas, y participaban actores ataviados con máscaras: “[...] como entre los griegos del tragos y de Tespis”.¹⁴

Resulta bien evidente la perspicaz comprensión martiana de la importancia de sus raigambres prehispanicas y de su trascendencia como exponentes del período anterior a la separación genérica de las distintas manifestaciones en esas colectividades. Por esencia, tales espectáculos resultaban inclasificables según las convenciones occidentales de la época. En consecuencia, los nombra, sin intentar ubicarlos en tipología específica: “diálogo avivado con bailes”,¹⁵ “bailes hablados”,¹⁶ “bailes de teatro, forma natural de este en pueblo nuevo”.¹⁷ No se priva de echar mano a referentes más inmediatos, y, para facilitar el entendimiento, llega a aludir graciosamente a *El Güegüense* como “zarzuela india”.¹⁸

Emplear como elemento de comparación al *Rabinal Achí* para abordar con mayor claridad *El Güegüense* –que fuera, en definitiva, su motivo principal–, nos lleva a presuponer que, durante su residencia en Guatemala, Martí pudo tener oportunidad de presenciar alguna representación concreta de esta obra oriunda de la región de Rabinal –en Baja Verapaz, vecino del propio departamento Guatemala, y, por tanto, no muy lejano de la capital–, haber recibido referencias por parte de testigos de ella o conocer sus detalles a partir de lecturas.

Los estudiosos aseguran que, desde el siglo xvi, el *Rabinal Achí* ha sido representado durante la fiesta anual de Rabinal del 25 de enero, día de San Pablo. Y en esa fecha precisa de 1878, había regresado Martí procedente de México a territorio chapín –junto a su flamante esposa Carmen Zayas Bazán–.¹⁹ ¿Acaso asistió en esa oportunidad a alguna escenificación del drama?

De cualquier modo, parece muy ajustada la apreciación que se incluye en la evocación al *Rabinal* –fuera por apreciación directa o a partir de sus lecturas del abate Brasseur: “diálogo avivado con

⁹ *Ibidem*, p. 236.

¹⁰ *Ídem*.

¹¹ *Ídem*.

¹² *Ídem*.

¹³ *Ídem*.

¹⁴ *Ibidem*, p. 238.

¹⁵ *Ibidem*, p. 236.

¹⁶ *Ídem*.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 237-238.

¹⁸ *Ibidem*, p. 237.

¹⁹ Se asegura que el día 15 de ese propio mes había recomendado sus clases en la Escuela Normal de la capital guatemalteca. Véase Ibrahim Hidalgo Paz, *José Martí. Cronología. 1853-1895*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 37.



Escenificación de Ollantay en el Cuzco.

bailes”-.²⁰ En efecto, destaca, como una de sus distinciones esenciales, las intervenciones de las danzas en la obra para animar los cambios de escena o de los actores en el escenario, momentos en que se interrumpe el diálogo.

El *Rabinal Achí* es una obra realmente prehispánica: data del siglo xv y es el único testimonio anterior a la Conquista que sobrevive intacto en todo el continente americano.²¹ Este drama permaneció en clandestinidad entre 1625 y 1856, fecha en que Brasseur de Bourbourg –cuyo papel destacado en su recuperación menciona Martí en su texto– lo sacara a la luz. Su nombre original fue *Xajooj Tun*, lo cual significa *Danza del Tun* (tambor) y se considera un drama dinástico de los maya *kek'*. Para su desarrollo se emplea, por lo general, acompañamiento de marimba de tecomates, chirimía y tambor de membrana doble. Su argumento refleja un mítico conflicto entre las comunidades de los

rabinaleb' y los *k'iche'*, representados por máximos dignatarios: *Rabinal Achí* y *K'iche Achí* –sus personajes principales–. Según la leyenda, *K'iche Achí*, con sus tropas, destruyó cuatro poblaciones *rabinaleb'*. Tras la batalla, el rey *k'iche'* es capturado y antes de su ejecución, se le concede bailar al ritmo del *tun* con la princesa de Rabinal. Todavía hoy, cinco siglos más tarde de la supuesta fecha de nacimiento de la obra, los *rabinaleb'* creen que los espíritus de los guerreros muertos en aquel combate se presentan al ejecutar la danza.

Si el *Rabinal Achí* en la época de la estancia guatemalteca del joven Martí no era pieza demasiado tenida en cuenta –a no ser como curiosa representación folclórica o “cosa de indios”–, en puridad, tampoco dentro de Nicaragua *El Güegüense* debió ser de interés, y la razón es muy evidente: el carácter eminentemente popular y tradicional que comparten, en concordancia con lo cual eran estimadas manifestaciones marginales respecto al discurso de la cultura en las “nuevas” y miméticas repúblicas, marcados por esquemas esencialmente eurocéntricos.

En ambos casos se trata de obras aprendidas a partir de la tradición oral y tienen características específicas en cada localidad donde son interpretadas. No obstante su nacimiento en comunidades indígenas y su apariencia vernácula, también en alguna medida llegaron a contaminarse. Constituye un fenómeno que muchos especialistas destacan en manifestaciones de este orden, las cuales terminan asimilando estructuras dramáticas y movimientos coreográficos de raíz hispana, y hasta aceptan la desaparición de sus parlamentos en lenguas indígenas –que llegan a ser sustituidos, en ocasiones, por la simple pantomima–. Ello las tornaba relativamente comprensibles y aceptables por los estereotipos de pensamiento dominantes. Más se conservó el factor musical, incluso el uso de los instrumentos autóctonos. Así lo percibe Martí respecto al *El Güegüense* en específico:

Daniel G. Brinton publica en Philadelphia una “Librería de Literatura Americana Aborigene”, de la que lleva ya sacados cuatro tomos: y el último nada menos es que una traducción cuidadosa del “Güegüense”, comedia mestiza escrita después de la conquista en un *dialecto burdo, mezcla de castellano bajo y nahuatl corrompido*, en que *con diálogo unas veces, y con danzas otras*, se cuentan a grandes

²⁰ J. Martí, “Una comedia indígena: *El Güegüense*”, ed. cit., p. 236.

²¹ Véase al respecto: Dieter Lehnhoff, “Sobre el teatro autóctono de Guatemala”, *abrapalabra*, no. 43, Universidad Rafael Landívar, Guatemala.

risas y con chistes gordos, cuando no picantes a más de rastreros, las ingeniosidades, invenciones y astucias con que uno de los americanos de la tribu burló a un alguacil, ante quien fue traído para que sufriera la pena de alguna supuesta o real bellaquería. Parece que el “Güegüense” tiene notable música; lo que hace de él una como zarzuela india; Brinton la pone como la única comedia original de autores indios conocida, y con examen minucioso y citas oportunas demuestra que en espíritu, trazo, estilo y desarrollo, la farsa es india pura, y lo único que tiene de mestizo es el lenguaje.—Y para que no queden a ciegas los lectores, explica el publicador en una introducción ordenada y copiosa todo lo que se sabe del “Güegüense” y sus tiempos, y quiénes eran los Nahuas y los Mangües de Nicaragua. Con descripción de sus bailes de teatro, forma natural de este en pueblo nuevo, que solían ser coreados como entre los griegos del traços y de Thespis; todo lo cual enriquece Brinton con muchos detalles sobre la música de los Nahuates, que era animada y buena, y los instrumentos con que acompañaban sus danzas y canciones.²²

Lo dicho por Martí en torno a *El Güegüense* nica —al destacar el importante hecho cultural que representó su primera traducción y publicación en inglés por parte de Brinton (1883), con lo cual había salvado la pieza del olvido dentro de su propio país y presentado al mundo occidental— no ofrece elemento de juicio para asegurar en modo alguno que el cubano la viera representada. Esto queda explicitado, incluso, cuando nos dice: “Parece que el ‘Güegüense’ tiene notable música [...]”;²³ es decir, no lo afirma; con seguridad estaba procesando información de segunda mano.

A pesar de ser una comedia posterior a la llegada del español, los investigadores aseguran que no existe testimonio de que se ejecutara después de los tiempos inmediatos a la Conquista y antes de ser hallada por Karl Harman Berendt —quien encontró los originales de la obra y se los facilitó a su yerno Brinton para la traducción y anotación que realizara—. Supuestamente, la causa era que sus diálogos —que en este caso sí se conservaron gracias al documento objeto del hallazgo, y de

ahí la traducción de Brinton— estaban escritos, según Franz Galich, “[...] en una lengua que no se entendía y que ya casi nadie hablaba”.²⁴ Otros afirman que fue escrita por un autor anónimo en el siglo XVI, mezclando el nahuatl y el español. Martí, por su parte, quien a todas luces glosaba el libro de Brinton, destaca que “[...] la farsa es india pura, y lo único que tiene de mestizo es el lenguaje”.²⁵

El Güegüense —también denominada *Macho Ratón*—, en efecto, ha sido reconocida como primera obra indiscutiblemente mestiza del teatro americano —“comedia mestiza”,²⁶ nos había dicho literalmente Martí—, capaz de sintetizar elementos de las culturas españolas e indígenas combinadas a través de códigos teatrales, danzarios y musicales.

Su título proviene del nombre de su protagonista principal, *El Güegüense*, el cual se deriva de la palabra nahuatl “huehue”, que significa “viejo” o “sabio”; pero también “pícaro”, “sinvergüenza”.²⁷ Estas connotaciones reflejan la ambivalencia del personaje, quien, por una parte, se presenta como ingenioso y hábil, y, por otra, vulgar y mentiroso. Y de ahí el humor “burdo”, “bajo” —vulgarmente rabelesiano, podríamos agregar— censurado por Martí.²⁸

Entre graciosos y juguetones diálogos, y ágiles coreografías, la obra narra el tránsito de ese pobre, aunque ingenioso, vendedor ambulante por un territorio nicaragüense donde el ambicioso gobernador español pretende cobrarle el paso. Güegüense se resiste y demora el trámite con bailes sucesivos, hasta que, con sus mañas, consigue que el gobernador le ceda a su hija en matrimonio a cambio de una parte de sus su-

²⁴ Galich refiere esta opinión, aclarando que Fernando Silva la atribuye directamente a Berendt (Franz Galich, “El Güegüense: obra colonial/postcolonial”, en *Cultura de Guatemala*, Tercera Época, año XXVI, vol. 1, Universidad Rafael Landívar, 2005, p. 52).

²⁵ José Martí, “Una comedia indígena: *El Güegüense*”, ed. cit., p. 237.

²⁶ Ídem.

²⁷ Un tanto de manera absoluta, opina Escoto: “[...] en el viejo personaje (el Güegüense) quedó fijada la caracterología del nicaragüense: satírico y mentiroso, exagerado y vulgar, burlesco de sí mismo y de sus desgracias, borracho e irresponsable. Todo el fondo de su ser recoge esta comedia excepcional” (Julio Escoto, “*El Güegüense* o *Macho-ratón*, expresión de la dualidad colonial (una aproximación ideológica)”, en *Conjunto*, La Habana, 1979, p. 17).

²⁸ Véase al respecto, Franz Galich, ob. cit.

²² J. Martí, “Una comedia indígena: *El Güegüense*”, ed. cit., pp. 237-238.

²³ *Ibidem*, p. 237.

puestas riquezas. Tal argumento burlesco, implicaba, obviamente, una sátira al sistema colonial, una censura solapada desde el oprimido, lo cual significaba un valor agregado que con seguridad a Martí le interesaba destacar.²⁹ El que esta comedia de presuntos autores indígenas o mestizos dejara de ser representada durante el resto de la etapa colonial, queda también plenamente explicado, desde luego, por su tan evidente carácter subversivo, tal cual afirma Arellano, estudioso contemporáneo de la obra:

El Güegüense se enfrenta a la dinámica del poder y a la del discurso de los valores del sistema que cuestiona con el contradiscurso del dominado, cuya función es señalar las fallas y límites de aquel en cuanto el aquí y ahora. Su meta es una representación alternativa de la realidad social. Sin embargo, paradójicamente el contradiscurso del dominado reafirma la posición del dominante, terminando por reflejar los elementos ideológicos de los cuales quiere liberarse.

Con todo, nuestra obra da voz a los marginados y, con el recurso desmedido de la imaginación, sublima un anhelo colectivo: la igualdad humana.³⁰

Habitualmente, *El Güegüense* era escenificado durante las fiestas patronales de San Sebastián, del 17 al 27 de enero, en especial en Diriamba, departamento nicaragüense de Carazo. Para sus presentaciones se empleaba el atrio de las iglesias o, simplemente, la calle, y transcurría al son de violines, pitos y tambores, que componían la “notable música”³¹ de “los Nahuates, que era animada y buena”,³² según nuestro autor. Hoy, con toda justicia, ha saltado también a los escenarios.

El hecho cierto es que no escapó a la percepción martiana la potencialidad de estos espectáculos en tanto constituyen, al decir de Arellano, “factores de identidad y resistencia sociocultural. Si uno representa al pueblo indígena de origen maya-quiché



Representación teatral de *El Güegüense*.

—que conforma la mayoría de la población guatemalteca—, el otro no se explica sin los indígenas de la Nicaragua del siglo XVIII”.³³ Sin dudas, el comentario de nuestro autor, al propio tiempo de poner de manifiesto su satisfacción por el rescate concreto de los textos de *El Güegüense*, representó una excelente oportunidad para defender y revelar otros monumentos literarios y artísticos igualmente preteridos ante sus lectores de *La América*.

De manera relativamente reciente, han vuelto a quedar unidas estas piezas enaltecidas por Martí, para ser legitimadas de forma oficial: *Rabinal Achí* y *El Güegüense* fueron declaradas por la UNESCO “Obras Maestras del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad” en 2005 —distinción obtenida en reconocimiento a legados notables, compuestos por tradiciones, costumbres, espacios y expresiones culturales autóctonas—, e inscritas, en 2008, en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. Según la argumentación evaluada para el otorgamiento de tales categorías, constituyen expresiones que procuran a las comunidades, a los grupos y a los individuos un sentimiento de identidad y de continuidad con su historia y su cultura. No cabe dudas de que así las había apreciado nuestro viajero hace más de una centuria: “materia original para deducir el carácter intelectual y la obra escrita de aquella esbelta e infortunada gente india”.³⁴ ■

²⁹ Según la declaración de la UNESCO, el personaje del Güegüense destaca la capacidad para “socavar la autoridad española”.

³⁰ Jorge Eduardo Arellano, “El Güegüense”. Disponible en <http://www.inc.gob.ni/file/GUEGUENSE.pdf>.

³¹ J. Martí, “Una comedia indígena: *El Güegüense*”, ed. cit., p. 237.

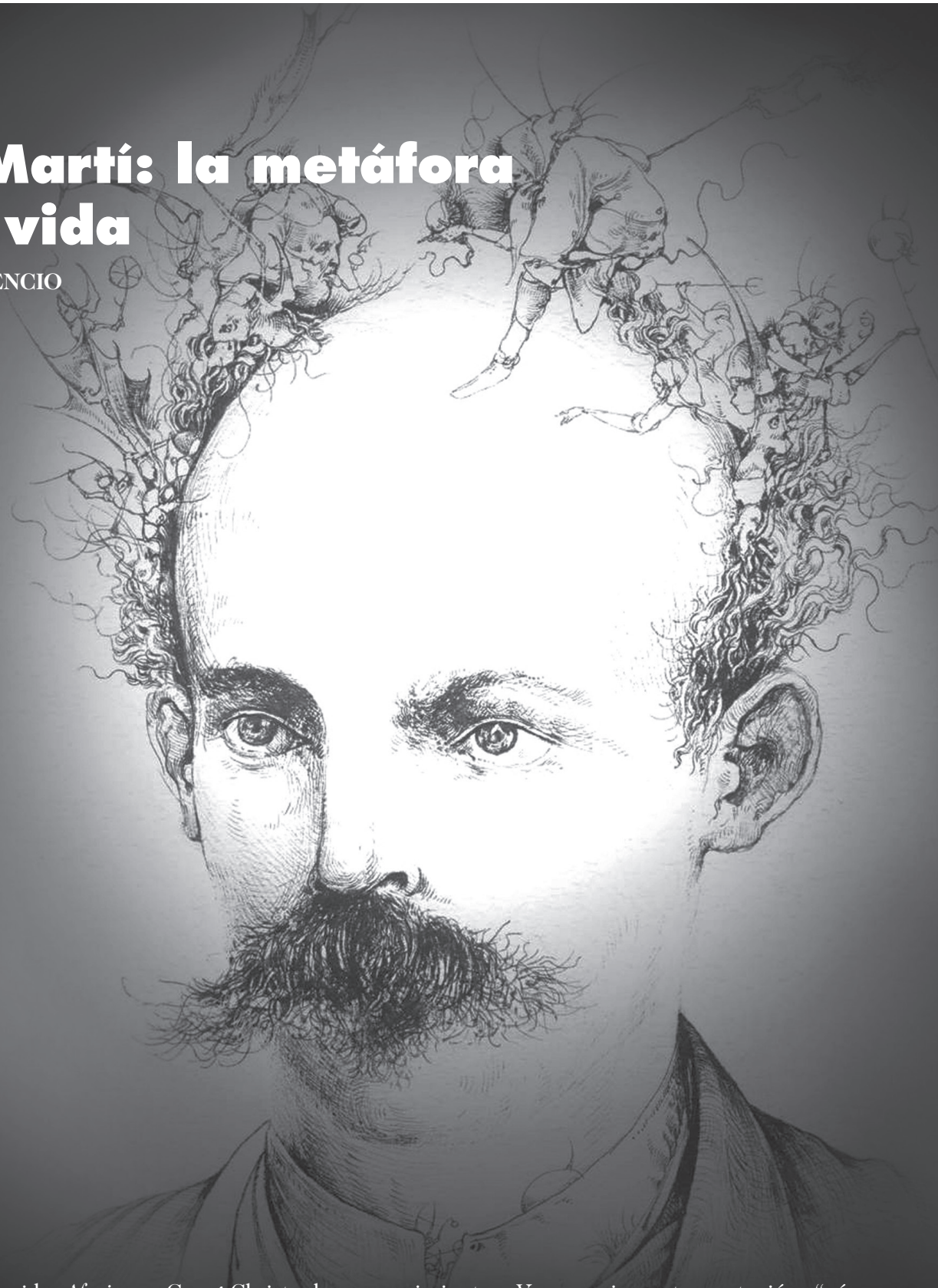
³² *Ibidem*, p. 238.

³³ J. E. Arellano, “El Güegüense”, ed. cit.

³⁴ J. Martí, “Una comedia indígena: *El Güegüense*”, ed. cit., p. 236.

José Martí: la metáfora de su vida

CARIDAD ATENCIO



En sus reconocidos *Aforismos* Georg Christoph Lichtenberg lamentaba que no pudiéramos ver los doctos intestinos de los escritores para descubrir qué han comido. En tal caso sus libretas de notas o apuntes dan fe del tipo de alimento –cualidad, variedad y contundencia– que es capaz de llegar a proporcionarse el creador. José Martí en los suyos hace gala de infinita erudición, curiosamente vinculada a una objetiva sed de

conocimientos. Veamos sino esta anotación: “cátedra: sin una sola pretensión; porque los estudios hechos no inspiran más que una profunda vergüenza por lo que todavía nos queda que estudiar”.¹ Esa sed de conocimientos nace vinculada también, en el caso de Martí, con lo que Mallarmé denominó

¹ José Martí, “Fragmentos”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, frag. 213, t. 22, p. 129.

aquel juego insensato de escribir, el escarceo y la dubitación ante la página en blanco, y el mucho tiempo que contempla “experiencias muy diversas [...] malentendidos innumerables, obras perdidas y dispersadas, el movimiento del saber, y por último el girar de una crisis infinita [...] para que se empiece a comprender qué decisión se prepara a partir de ese fin de la escritura que anuncia su advenimiento”,² que se asienta sin motivos inmediatos firmes en hojas de precaria organización.

Cuando se estudian los Cuadernos de apuntes, y luego seguidamente los que Gonzalo de Quesada denominó Fragmentos, es perceptible en los primeros el proceso de formación de un estilo, los avatares de una escritura con instintos fundacionales, el nacer de un pensamiento, los instantes que acompañan y presiden la eclosión de una mente, mientras que en el segundo abundan mucho más los borradores o paratextos para las numerosas obras que terminó y dio a las prensas —es decir, proyectos de “ideas apresadas al vuelo muchas de las cuales, maduras y vigorosas”³ conformaron su literatura, cuyos cotejos han dado y seguirán dando, a lo largo del proceso de la siguiente investigación, frutos palpables— y las ideas de poética o sobre el estilo manifiestan una maduración, una elaboración que hace evidente que dichos apuntes en hojas sueltas fueron concebidos durante las décadas de 1880 y 1890.⁴

Llegado a este punto, me percaté que muchas de las reflexiones que van conformando la autoimagen de Martí en Cuadernos de apuntes fueron abordadas por quien esto escribe en la entrega anterior: el libro *Los Cuadernos de apuntes de José Martí o la legitimación de la escritura*, como razonamientos donde dejaba entrever, en medio de las intelectivas irrupciones de su ego, los principios de su poética y los caracteres que acercan su estilo escritural a determinada época y determinados movimientos literarios. Ahora me propongo

acercarme a algunas de ellas, tanto en Cuadernos de apuntes, como en Apuntes en hojas sueltas, para analizar la manera en que muchas de estas elucubraciones personales se convierten en metáforas de su vida o revelan nítida y sintéticamente la naturaleza de su destino, quizá porque

en los textos autobiográficos hay una “necesidad de fuga —dice de Man— respecto de la topología del sujeto y simétrica necesidad de retomar e inscribir, inevitablemente, la huella de un sujeto unitario en un modelo lapidario de conocimiento especular.”⁵

Recuérdese que tal vez lo único que diferencie a los Cuadernos de apuntes de los Apuntes en hojas sueltas sea su separada organización a la hora de publicarse, o su diferente sentido de la fragmentación, que, por supuesto, también habita en los Cuadernos, pues el nivel de densidad en las reflexiones es afín en uno y otro documento.

Tempranamente, en uno de sus cuadernos llenos de anotaciones escolares, reconocerá el dolor como elemento natural de su vida, del cual siempre hallará forma fructífera de sobreponerse: “Yo tengo la fortaleza de la desventura; pero no tengo el arte de la felicidad.”⁶ Abundan en estas notas reflexiones donde en elaboradas imágenes reconoce su temperamento nervioso y la propensión hacia la angustia y el desasosiego.⁷ La comprensión de la naturaleza de su ser está inevitablemente unida a una existencia de apostolado, a una vida para el sacrificio: “Los dolores —como ángeles benévolos— descorren los velos de mi vida.”⁸ Las ideas sobre sí, por tanto, poseen un profundo grado de intelección y un sentido de sorpresa, de salto súbito de la mente que agita inesperadamente al yo. “El auténtico estado de sufrimiento, del que podemos imaginar fue presa Martí en momentos de su acontecer vital [...] implica un nivel de autorreflexión que puede llegar a generar un acercamiento a la verdad, al profundo misterio del ser.”⁹

El nivel de penetración de las reflexiones se iguala en las citas que escoge de autores ajenos,

² Citado por Maurice Blanchot, “La ausencia de libro”, *El diálogo inconcluso*, traducción de Pierre de Place, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, p. 647.

³ Manuel Isidro Méndez citado por Maritza Carrillo en “Los Cuadernos de apuntes de José Martí: guía para investigadores jóvenes”, *Revista Universidad de La Habana*, no. 245, La Habana, p. 179.

⁴ Según los estudios realizados hasta el momento por el equipo de la edición crítica de las *Obras completas* de Martí, existe la hipótesis de que algunos fragmentos de apuntes pertenecen a la década de 1870.

⁵ Nora Catelli, *El espacio autobiográfico*, Lumen, Barcelona, 1991, p. 16.

⁶ J. Martí, “Cuaderno de apuntes 2”, ob. cit., t. 21, p. 75.

⁷ Ibídem, “Cuaderno de apuntes 5”, p. 159.

⁸ Ibídem, “Cuaderno de apuntes 4”, p. 135.

⁹ Maybel Mesa, “El sentido del dolor para Martí y su relación con la escritura desde los Cuadernos de apuntes”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 28, Colección Digital, La Habana, 2007, p. 71.

pero que reproducen un hecho o realidad que se vincula o se vinculará a su vida: “Una imaginación viva y un corazón sensible prometen una vida borrascosa a quienes están dotados de semejantes prendas’—Carlota Corday, en su carta a Barbaroux.”¹⁰ Vislumbrar se vuelve un hecho cotidiano en sus apuntes, acompañado de una probada agudeza intelectual y literaria, más interesada en la originalidad, que en tener muchos lectores, lo que se aprecia en esta curiosa afirmación personal: “¡Qué ventura que no me entiendan! Y ¡qué dolor, si me entendiesen!”¹¹ El genio que hay en él discierne dentro de esos complejos procesos que se establecen en la recepción de la obra literaria, y se afilia a su porción más ardua —pese a la aparente paradoja— la que pueda conformar una profunda voluntad de estilo. Al volver sobre esta afirmación descubro que viene a ser como el remate o el punto de giro de una mente, luego de tres fragmentos que cita, relacionados con las cualidades del estilo y el proceso de comprensión por parte del lector:¹²

La Harpe¹³ atribuye a la rapidez y concisión de Tácito la dificultad que tienen muchos en seguirle y comprenderle “porque no todos los lectores lo sienten, de la misma manera que no todos los perros rastrear la caza.”

Y Burnouf¹⁴ decía: “Hasta esta misma condición, censurada por algunos, que, avara de palabras, encierra en sus cortes bruscos y en sus inesperados contrastes más ideas que vocablos, no es por lo común más que una feliz audacia de su ingenio, que concibe su pensamiento con energía y lo expresa a grandes rasgos”.

Es menos numeroso que Cicerón, y más rítmico.

“Si los pensamientos de T. pecan alguna vez de oscuros, ni es porque sea poco feliz en concebirlos, ni

¹⁰ J. Martí, “Cuaderno de apuntes 7”, ob. cit., p. 219.

¹¹ *Ibidem*, “Cuaderno de apuntes 9”, p. 256.

¹² Por eso comento esta cita en mi libro *Los Cuadernos de apuntes de José Martí o la legitimación de la escritura*, en el acápite dedicado al estudio del proceso de autoenseñanza.

¹³ Delharpe o Delaharpe (Jean-Francois), poeta dramático francés, llamado Laharpe o La Harpe (1739-1803). De ideas filosóficas avanzadas. Es autor de diversas tragedias, entre ellas: *Warwick* (1763), *Timoleón* (1764), *Gustavo Wasa* (1766), *Filoctetes* (1783) y *Coriolano* (1784).

¹⁴ Eugéne Burnouf (1890-1899), orientalista francés, autor de una excelente traducción de Tácito.

desmañado o torpe en expresarlos, sino porque están fuera de todo alcance de la comprensión del que los lee. Como tiene sus horizontes la vista del cuerpo, los tiene el entendimiento, que es cual la vista del alma. Con menos luz que las nebulosas, se nos muestra no obstante la luna más clara y reluciente que aquellas, por la sola razón de que la ven mejor nuestros ojos. Los grandes escritores son como las águilas: cuando remontan su vuelo, únicamente alcanzan a divisarlas los de vista penetrante” —Rubió y Ors.¹⁵

Autoimagen, proceso de aprendizaje y paulatina formación de un estilo se van conformando en leves pero intensos trazos que luego de meditada inteligencia muestran sus poderosos tejidos y entrecruzamientos. La imagen del águila, que a Rubió y Ors le parece la más idónea para describir el ansia de originalidad en los escritores, es escogida también por Martí para muchos de sus más penetrantes tropos en poesía, piénsese en *Versos libres*, y en algunas aproximaciones metafóricas de su pensamiento.¹⁶ No es casual entonces que en el Cuaderno de apuntes 22 se autodescriba como tal ave:

¹⁵ En el Cuaderno de apuntes 9, Martí se refiere a Joaquín Rubió y Ors (1819-1899), catedrático, historiador y poeta español (ob. cit., p. 256).

¹⁶ *De pie, cada mañana, Junto a mi áspero lecho está el verdugo. Brilla el sol, nace el mundo, el aire ahuyenta Del cráneo la malicia, Y mi águila infeliz, mi águila blanca, Que cada noche en mi alma se renueva, Al alba universal las alas tiende Y, camino del sol, emprende el vuelo. (“Águila Blanca”, Poesía completa, Edición crítica, Centro de Estudios Martianos y Letras Cubanas, 1985, t. I, p. 88.)*

*Sabe de vinos tibios y de amores
Mi verso montaraz, pero el silencio
Del verdadero amor, y la espesura
De la selva prolífica prefiere:
¡Cuál gusta del canario, cual del águila!*
(“Poética”, ob. cit., p. 165.)

De estos tormentos nace, y con ellos se excusa, este libro de versos.

¡Pudiera surgir de él, como debiera surgir de toda vida, rumbo a la muerte consoladora, un águila blanca.
(Apéndice II, *Versos libres*, ob. cit., p. 323.)

*La libertad adoro y el derecho.
Odios no sufro, ni pasiones malas:
Y en la coraza que me viste el pecho
Un águila de luz abre sus alas.*
(“Cual incensario roto”, ob. cit., t. II, p. 172.)

“Un g. [gusano] –¡Eso no! Yo no veo el águila, pero yo la tengo en mí–Yo siento que puedo ser un águila.”¹⁷ Se siente magno y poderoso, capaz de elevarse sobre el resto, contemplarlos, y preponderar o dominar sobre ellos, si se diera lugar. Retomar, recrear, reconsiderar y volver a concebir se convierten en los mecanismos que la mente del escritor pone en juego, hecho que es natural y recurrente desde los orígenes de la literatura.

El asunto de la autoimagen en los apuntes mezcla el poder intuitivo e irracional de los sueños y el pensamiento poético, la rotunda capacidad de metaforizar y la condición veedora de su intelecto: “Sueño: Soñé que me querían echar una gran carga encima y corcoveaba.–Descripción homérica–Carga brutal y resistencia viril.”¹⁸ En este sueño premonitorio está recreada, sobre la base de unas pocas pero conmovedoras imágenes, la naturaleza de su existencia. No faltan tampoco en estos Apuntes en hojas sueltas reflexiones personales conformadas con imágenes de su universo poético que pueden recordar lo mismo a *Ismaelillo* que a *Versos libres*: “Ya yo no soy aquel pastor sereno que guiaba sus pensamientos como ovejas por riscos y vallados, sino pobre árabe loco que monta en un corcel arrebatado por viento de tempestad en el desierto ardiente”.¹⁹ La fijación de los fundamentos o caracteres de su personalidad también son iluminados a través de procedimientos metafóricos y lances sentenciosos, rodeados de vaticinios. Reparemos si no en el siguiente donde analógicamente une esencias y maneras de representarlas: “I wear an iron ring, and I have to do iron deeds”,²⁰ o este otro donde, antes de intuir que su vida será corta, junto con el reconocimiento del sufrimiento como un filtro por donde pasa inevitablemente el conocimiento y el placer, se mezclan la pasión del amor, la vida del escritor como sacerdocio o senda de irradiaciones éticas, su estoicismo y el carácter fructificante del dolor:

No te ofendas, mi compañera, estos versos, estas fantasías, estos amores.–Al fin de todo, a mi compañera! El alcastraz baña en agua su seno y sube. El esquife se hunde en la ola, y sube. El peregrino sale de su aldea, y vuelve a su aldea. Yo de todo viaje, vuelvo a ti.–Y bien; yo haré lo mismo.–Mas tú no lo harás!

Tengo miedo de morir antes de haber sufrido bastante.²¹

Esta última afirmación de efectiva construcción y efecto electrificante, conmovedor, se repite o se recoge igualmente en el Cuaderno de apuntes 6 como premonición solitaria, esta vez no integrada a ninguna progresión reflexiva y acompañada de signos de admiración.²² En el fragmento que le precede, a pesar de que Martí reconoce un signo cambiante en la naturaleza de la existencia, descubre algo permanente, imborrable y trascendente en él: el sentimiento, el amor. Por eso llega a afirmar: “Soy un místico más... He padecido / Con amor”.²³ Los principios o ejes caracterizadores de su personalidad vuelven a aflorar en la siguiente elucubración, cuya base, como la anotación anteriormente citada, es el golpe analógico:

Nap. [Napoleón] nació s/ una alfombra donde estaba la guerra de Europa.

Yo debí nacer s/ una pila de libros.

Si yo tuviera ocasión, haría lo mismo.
(Revolución)²⁴

Esos principios son: ser un hombre de letras, un héroe, un redentor. Si todos los fragmentos hasta ahora citados nos transmiten un estado volitivo y el predominio de imágenes y reflexiones de corte premonitorio, no faltan, sin embargo, curiosos apuntes donde los elementos de su autoimagen se conforman a partir de su experiencia vital:

Ya he andado bastante por la vida, y probado sus varios manjares. Pues el placer más grande, el único placer absolutamente puro que hasta hoy he gozado fue el de aquella tarde en que desde mi cuarto medio desnudo vi a la ciu-

¹⁷ J. Martí, “Fragmentos”, *Obras Completas*, frag. 293, t. 22, p. 196.

¹⁸ Ídem.

¹⁹ J. Martí, “Otros fragmentos”, ob. cit., frag. 2, t. 22, p. 309.

²⁰ (Uso un anillo de hierro porque tengo que llevar a cabo actos de hierro), J. Martí, “Fragmentos”, ob. cit., frag. 185, t. 22, p. 108.

²¹ *Ibidem*, frag. 359, p. 244.

²² Ver J. Martí, “Cuaderno de apuntes 6”, ob. cit., t. 21, p. 191.

²³ J. Martí, “Fragmentos”, ob. cit., frag. 129, t. 22, p. 78.

²⁴ *Ibidem*, frag. 401, p. 278.

dad postrada, y entreví lo futuro pensando en Emerson. Vida de astros. Por lo menos, claridad de astro. A esa impresión se asemejan las que el goce de la amistad me ha producido en grado siempre superior a los que el amor me ha dado, y la emoción en que ha solido dejarme en suspenso la voz de algún cantante o la contemplación de un cuadro. Y acariciar cabecitas de niño. Y este es el jugo de toda mi vida, después de treinta años.²⁵

Parlamento donde evidencia su inclinación natural hacia la meditación, su singular aprecio por el sentimiento de la amistad y por la emoción, sobre todo cuando ella proviene de la contemplación de la belleza, en la que juegan un papel determinante las obras artísticas. No en balde había escrito:

A Harpagón, Prometeo [...] copia concreta de nobles sentimientos reales, que no son en suma más que el vulgar cumplimiento de un natural deber, prefiero el hombre de enlutado arreo, que se vuelve al cielo en demanda de su existencia y sus secretos—al Don Diego ingenuo, que se arrepiente de un crimen que no debió cometer, prefiero a Hamlet.²⁶

Repárese una vez más en su actitud batalladora ante la existencia, su misión sacrificial y la naturaleza contemplativa y soñadora de su espíritu. No es entonces difícil discernir que aquel hombre, aquel escritor, entre cuyas cualidades predomina el pensamiento de corte apotegmático o sentencioso, el creador profundamente preocupado por dar a conocer entre los hombres los fundamentos que debían regir toda existencia que aspirara a ser fructífera y trascendente, lo intentó y conformó con gran eficacia literaria sobre la naturaleza de su personalidad y de su destino, donde la metáfora fue el vehículo fiel y en concordancia con su condición de poeta. La conformación de la autoimagen del escritor —donde hemos podido com-

probar, como afirma Manuel Pedro González, el fundamento de su sentido simbólico y su tendencia mística, entendida como creencia fundada en el sentimiento y la intuición, y no solo en la razón—²⁷curiosamente encuentra un punto de eclosión y de cumbre en el epitafio que el mismo Martí se dedica:

No quiero para mi más epitafio que este:—

“En este antro hueco vibró una lengua suelta, armoniosa y lista. Ah! Si desdeñó la miel de la falsedad, si cuando no pudo alabar calló, si defendió la concordia noble, entonces, esa lengua silenciosa hablará por sí cuando el tiempo descorra el velo de la eternidad.”²⁸

Donde destaca por encima de todas las cosas el ingenio, la sinceridad y la armonía de su personalidad, curiosamente virtudes también de sus obras, y principios de poética en el creador.

Martí, por encima de todo, y con un lenguaje vibrante y flexible, jerarquiza, pienso yo, sus cualidades indiscutibles como escritor, lejos de la falsa modestia que pudiera imponerle un texto público. Asistimos entonces al dilatado proceso de formación no solo de su autoimagen, sino también de su personalidad como escritor, al trazo, al tejido de los rasgos que al yo le interesa ensanchar, hacer visibles, sostener, y que a lo largo del tiempo, y gracias a su disciplina, se convertirán en inusuales fundamentos de proyección de una de las poéticas más trascendentes dentro del modernismo hispanoamericano y de la literatura en lengua española. En dicho proceso todo se ha unido, o para ser más exactos, todo es igual a sí mismo, cada parte representa al todo. Si Lichtenberg a veces vio su vida entera en una hora, toda la vida de Martí fue una hora de ansia. ■

²⁵ J. Martí, “Otros fragmentos”, ob. cit., frag. 23, t. 22, p. 323.

²⁶ J. Martí, “Fragmentos”, ob. cit., frag. 404, t. 22, p. 280.

²⁷ Manuel Pedro González citado por Maritza Carrillo, ob. cit, p. 179.

²⁸ J. Martí, “Fragmentos”, ob. cit., frag. 393, t. 22, p. 273.



Martí y su obra política

ENRIQUE JOSÉ VARONA

*Con la selección de estos fragmentos del discurso pronunciado por Varona en una velada conmemorativa celebrada en la Sociedad Literaria Hispano-Americana, en Nueva York, el 14 de mayo de 1896, Honda, ha querido ofrecer a sus lectores la visión de un patriota contemporáneo de Martí. ¿Quién mejor para describir la dimensión política del Apóstol?*¹

Sean mis primeras palabras expresión de gracias para vosotros. Tan brillante concurso colma los deseos de la Sociedad Literaria, que os ha convocado, a vosotros, sus amigos, para honrar la memoria de uno que fue amigo de todos cuantos supieron amar lo bello y admirar la grandeza de alma, porque llevaba su mente poblada de imágenes bellas, y su corazón latía por todo lo excelso y heroico. [...] contaba con vosotros, para rendir este póstumo tributo al literato insigne, al orador elocuente, al patriota fervoroso, caído antes de tiempo, pero ya desde antes colocado, por sus extraordinarios merecimientos, en la gloriosa constelación de los héroes de América. [...]

Atravesó la vida como quien lleva en las manos antorcha y pebetero. Mas cuando llegaba el caso, quitaba del cinto el hacha o bajaba del hombro la piqueta y las empuñaba con resolución. Quería alumbrar y perfumar; pero sabía que muchas veces es preciso antes descuajar el bosque, o acabar de derruir el edificio carcomido y ya inservible. Mas destruyera, preparara o edificara, todo lo hacía como si no hubiera de hacer otra cosa. Sabía que éste era el medio, el único medio de hacer al cabo la grande obra, que era el imán de su alma, la que sentía palpar debajo de las otras, como se siente bullir el agua profunda en las entrañas de la roca.

[...] Martí poeta, escritor, orador, catedrático, agente consular, periodista, agitador, conspirador, estadista y soldado no fue en el fondo y siempre sino Martí patriota. Para ver y abarcar desde un punto central la existencia tan accidentada de este grande hombre nada es tan adecuado como considerar su labor política. Esta es la esencia; las demás fases de su vida pública son detalles y accidentes.

Cuando se veía a Martí silencioso, la espaciosa y limpia frente decía inteligencia; los ojos dulces, profundos y melancólicos sobre toda ponderación decían arte, denotaban la honda simpatía de un alma con todas las cosas tristes, que son ¡ay! las más bellas en la vida del hombre. Pero cuando Martí hablaba, de tal suerte vibraban sus palabras, las recorría tal fluido de vida brotando a borbotones, que empezaba a comprenderse que el soñador escondía un verdadero hombre de acción. Y si entonces se le veía levantarse nerviosamente ágil, dirigirse rápido a la tribuna, erguirse en ella, casi abrazarla, llenarla y empezar a dar salida al raudal impetuoso de sus pensamientos que empujaban las palabras y rebosaban de ellas, como de cauce demasiado estrecho para contenerlos, el simétrico largo de su cabellera tomaba forma de aureola, y el orador se transfiguraba en apóstol. Se comprendía entonces que aquel hombre hablaba para obrar, y que su palabra era fuego para calcinar corazones empedernidos y palanca para levantar pueblos alestargados.

Martí no era un político especulativo. En el gabinete, delante del libro, pensaba en el club, veía la plaza pública, rebosando de multitudes afanosas, oyendo la arenga tribunicia que las llama a la conquista del derecho. Los problemas políticos no tenían para él objeto, si no se resolvían por la concertada acción de sucesos provocados y previstos. Su temperamento artístico lo hacía encarnar abstracciones y teorías en hombres y pueblos.

¹ El texto completo se encuentra en Luis Tolendo Sande (ed.) *Valoración múltiple. José Martí*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2007, pp. 23-32. Para esta edición se ha actualizado la ortografía. (N. de la E.)

Su refinamiento moral lo hacía comprender que no se justifica la acción sino por el bien que de ella resulta. El artista concebía un ideal político, hermoso y apetecible; el moralista lo cotejaba con la realidad imperfecta y deforme; y por eso aborrecía esta con todas las fuerzas de su corazón generoso e iba en pos de aquel con todo el ímpetu de su voluntad indomable. Martí era y tenía que ser lo que fue, un gran agitador político, un Mazzini, un Kossuth, un Stambuloff.

Temprano lo consagró la vida, temprano lo ungió el dolor para su duro apostolado. En el albor de la existencia, niño de dieciséis años, algunas líneas llenas de fuego juvenil, algunos versos en que se estremecía su ansia de adolescente por la libertad, lo condujeron maniatado ante un tribunal español, ante un consejo de guerra; y por esos enormes delitos, el niño imberbe sintió que manos brutales remachaban en sus piernas un ignominioso grillete [...]

El político adolescente no se engañó ya un solo instante. Vio y midió en toda su profundidad el irreductible antagonismo que divide la vieja sociedad europea, amasada de preocupaciones y fanatismos, y la joven sociedad americana, llena de anhelos de progreso y libertad. [...] Llegó por el raciocinio a donde ya había llegado antes por el sentimiento, y fue desde entonces lo que había de ser siempre, separatista. Su ideal político tenía ya forma definida: la independencia de Cuba.

Escribe para periódicos y para el teatro, pronuncia discursos, enseña, y gana por todas partes corazones para sí y amigos para Cuba. Habla a esos pueblos libres de un pueblo hermano que está esclavo, y derrama su sangre por la libertad. [...]

En lo mejor de su propaganda, caen rendidos por la fatiga y la indignación de su aislamiento los héroes de nuestra primera guerra de independencia. España brinda y consigue laboriosamente la paz. Martí se detiene un momento con amargura y dolor, no con asombro. Pero es solo un momento. Mira hacia atrás el resplandor del gran incendio que se extingue y lanza las últimas llamaradas, fija sus ojos profundos en el porvenir donde solo se condensan tinieblas, y echa de nuevo a andar solo y en medio de la noche. [...]

El levantamiento de 1879 aborta, pero no sin gloria. Es la protesta que se hace oír, en los días mismos en que la resignación a la derrota se preco-

nizaba como un triunfo. Con motivo de los graves sucesos de Oriente, la mano del gobierno español cae otra vez sobre Martí, lo aprisiona, lo arranca de Cuba y lo confina a España.

Martí se yergue altaneramente bajo el golpe, rompe el confinamiento, y asume de una vez para siempre la noble actitud de rebelión, que ha de conducirlo al sacrificio y a la inmortalidad. Rebelarse parece siempre fácil. Rebelarse en los momentos y en las condiciones en que lo hizo el patriota cubano resulta, sin embargo, extraordinario. Cuba yacía desangrada e inerme después de dos luchas tremendas. Si algo parecía flotar sobre ella era el anhelo de paz, para restañar las heridas y recuperar las fuerzas. Las poblaciones, cansadas de esgrimir las armas de la guerra, se afanaban solo por emplear los instrumentos de la paz. El lema era reconstrucción. Reconstruir ¿qué? [...]

Un joven que vagaba sin hogar por el mundo, pensó que los cansados se engañaban en su cansancio, que los descreídos se engañaban en su falta de fe y los desesperados en su falta de esperanza. Pensó que la generación de entonces no había acabado, sino suspendido su tarea; y que, si era preciso, la nueva iría a ayudarla y sabría ayudarla. Pensó que no hay transacciones con la libertad, que se conquista o se pierde; y que ningún pueblo, si es digno del nombre de tal, puede resignarse a perderla. Creyó que cuando se saca la espada por ella, se puede bajar para tomar alientos, pero no se debe envainar. Y en sus sueños de gloria y dignidad patriótica, se vio a sí mismo con la espada de Cuba desnuda en las manos.

[...]Y cuantos conocen la historia de Martí en el destierro y sus trabajos con la emigración cubana saben que venció todas esas dificultades, y logró hacer de grupos dispersos, descorazonados y casi hostiles, un todo coherente, animado de un solo deseo y dispuesto a los mayores sacrificios. Se dirá que su acción enérgica sobre la multitud dependía de que lo animaba la misma pasión, abrigaba la misma creencia, tendía al mismo ideal, que todos aquellos hombres. Ciertamente; pero en él todos esos estados de alma se encontraban tan de relieve, tenían tal vigor y lograban de tal modo exteriorizarse, que se imponían a los demás como una fascinación; ellos reconocían en él su propio espíritu y lo seguían con plena confianza. Creían en Martí, porque Martí sentía como ellos y era sincero. No hay grande hombre, sin una gran sinceridad.

En la emigración cubana de los Estados Unidos supo encontrar el revolucionario su primer punto de apoyo. El propagandista necesitaba otros de diversa índole; y reanudó su peregrinación por América. Antes había ido por aquellos pueblos buscando hogar; iba ahora buscando patria. [...]

Mientras la obra pública de organización del partido revolucionario en el extranjero atraía las miradas y hasta las sonrisas compasivas, la obra secreta de la conspiración se ramificaba a escondidas por toda la Isla, ganaba prosélitos en todas las clases, se apoderaba del campo, minaba las poblaciones, se extendía como red de apretadas e invisibles mallas, y se adhería a todos los miembros del organismo social. Mientras en la superficie nada parecía irregular, y solo algunas pequeñas trepidaciones rompían de cuando en cuando su monótona tranquilidad, el fuego interno corría por las entrañas de la tierra, y se acumulaba en los lugares que habían de servir de cráter para expelerlo en conflagración estruendosa.

Martí, que impulsaba y seguía ese trabajo subterráneo; Martí, que sabía cómo pensaban y lo que querían y lo que estaban dispuestos a hacer los más, los que no hablaban ni se exhibían, pudo por entonces contestar a un cubano distinguido, que trataba de disuadirlo de su empeño, encareciéndole la poca disposición del país desvelado con otros propósitos, una frase luminosa que caracteriza gráficamente su obra. Le decía su interlocutor que la revolución se asfixiaría al nacer en una atmósfera de indiferencia, si no de hostilidad, y Martí le contestó sonriendo: "Usted ve la atmósfera, y yo veo el subsuelo." Aquí estaba todo. Su mirada profética había entrado desde mucho atrás en las entrañas del pueblo, y ahora sabía que todas las corrientes profundas estaban encauzadas, y que cuando Moisés tocara la roca, se precipitarían en catarata desbordada que ningún obstáculo podría detener.

Martí vio más hondo que todos los suyos, porque sentía más hondo. La grandeza de su ideal explica la profundidad de su mirada. Y su entusiasmo, fortalecido por el dolor y el trabajo, le sirvió más que a otros su ciencia. [...]

Cuando llegó la hora marcada en el reloj de su previsión, todo estaba listo. Soldados y jefes no esperaban más que la señal. El pueblo estaba detrás para seguirlos, para identificarse con ellos. El apóstol había concluido su obra de apostolado.

Lo esperaba ya la obra de martirio. Su corazón profético se lo había dicho: "Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber." Cuando estalló la lucha que había preparado, creyó que el deber lo llamaba a la lucha, y fue a la lucha. Dio la cara a la muerte, que lo esperaba artera. Pero él daba siempre la cara. Voló a Montecristi, donde residía el veterano general, que en su pensamiento simbolizaba el destino de su patria libre; se abrazó a él como a un lábaro santo, y en imperceptible eskuife, con solo tres hombres, se lanzó al mar proceloso, pudiendo decir, nuevo César, mejor que César, "la fortuna de Cuba va conmigo". Pisó la tierra amada, la pisó de nuevo, como lo había soñado, con el acero libertador levantado en alto. Un solo instante fulguró en el cielo de la patria, que se precipitó a recibirlo. Al levantarlo, cayó fulminado. El águila desapareció entre rayos. Cayó como un titán, pero cayó en lo alto, después de haber escalado el cielo. Y el mundo, que había sostenido en sus brazos, no se hundió con él. Había preparado diez mil brazos para recibirlo.

Grande en la vida y en la muerte, heroico en el aspirar y en el ejecutar, así fue Martí. Ayer se le miraba como un conjunto de raras y contrapuestas cualidades. Hoy, a nuestros ojos asombrados y entristecidos, su vida nos aparece hecha de un solo bloque de indestructible granito. Martí fue un hombre tipo. Uno, por la fijeza de su idea, uno por la firmeza de su carácter. Todo lo inmoló por esa idea, que no era otra sino la redención de un pueblo. El artista exquisito olvidó su arte, el hombre apasionado sus afectos. Martí se desposeyó de sí mismo por completo y por completo se dio a Cuba. [...]

¿Cabe mayor grandeza de alma? No, no hay vida más digna de admiración que la del patriota cubano José Martí. Sus amigos íntimos lo reconocían, cuando le daban el noble y cariñoso título de maestro. Los cubanos todos lo reconocemos, cuando lo veneramos con el nombre insigne de mártir. Fue maestro que enseñó doctrinas de libertad, lecciones de concordia, ejemplos de dignidad moral. Y por su vida de abnegación y por su muerte heroica ha merecido que se sintetice su carrera en la palabra gloriosa, que pone un limbo resplandeciente en torno de unos cuantos grandes nombres, en la que inmortaliza a los Prometeos, clavados en su roca, y a los Cristos, clavados en su cruz, la palabra SACRIFICIO. ■

Ala de colibri



A CARGO DE ALPIDIO ALONSO-GRAU

HIRSUTOS, LIBRES

*Tajos son estos de mis propias
entrañas—mis guerreros.*
José Martí

Los *Versos libres* son, al decir de Juan Marinello, los más martianos de Martí. Fueron escritos, según anotara el propio Martí, entre los veinticinco y los treinta años de su vida. Al leerlos, es imposible no sentir en ellos el forcejeo terrible de una batalla. Una batalla interior que ofrece una dimensión hasta entonces desconocida del poeta. “Si los *Versos sencillos* componen la biografía material, cronológica del hombre —apunta Marinello—, los *Versos libres* nos dan la biografía interna, lo que llamarían los antiguos un *espíritu* del poeta y del héroe”. Mientras que “el *Ismaelillo* está traspasado por la ternura y los *Versos sencillos* lucen dominados por el encanto de la canción popular en su mejor nivel; todos los *Versos libres* quedan atravesados por luces de relámpago”. En su conjunto estos poemas forman un libro que el Apóstol no llegó a publicar. De hecho, muchos de ellos quedaron solo esbozados en apuntes que ya no

tendría tiempo de desarrollar. Aun así, acaso constituyen el conjunto más original, inquietante y revelador del genio poético de Martí; leídos hoy, resultan los poemas de un contemporáneo. Y aunque su don lírico no conoció límites genéricos y se dio parejo lo mismo en el verso que en la prosa, los *Versos libres* devienen hazaña poética donde con “ademán inusitado” se revela al hombre —en su más sufriente y humana carnalidad— frente a las sombrías acometidas de una realidad a la que pondría (también desde la palabra) todo su afán por transformar. Esa faena que en el poeta, en el héroe, terminaría configurando un destino, encuentra en los *Versos libres* un testimonio artístico y humano de excepción todavía no suficientemente valorado en toda su magnitud. Limitados en espacio para un despliegue mayor, aspiramos a que la breve muestra que aquí proponemos sea recibida como un intento por familiarizarnos con el que quizás sea el menos conocido de sus libros; como una incitación a adentrarnos en la anchura y profundidad de esa zona de la poesía martiana: su “región volcánica”, como la llamara Cintio Vitier.

YUGO Y ESTRELLA

Quando nació, sin sol, mi madre dijo:
“Flor de mi seno, Homáño generoso
De mí y de la Creación suma y reflejo,
Pez que en ave y corcel y hombre se torna,
Mira estas dos, que con dolor te brindo,
Insígnias de la vida: ve y escoge.
Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.
Hace de manso buey, y como presta
Servicio a los señores, duerme en paja
Caliente, y tiene rica y ancha avena.
Esta, oh misterio que de mí naciste
Cual la cumbre nació de la montaña,
Esta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
Huyen de quien la lleva, y en la vida,

Cual un monstruo de crímenes cargado,
Todo el que lleva luz, se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
Buey vuelve a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, ¡crece!
¡Cuando al mundo
De su copa el licor vació ya el vivo;
Cuando, para manjar de la sangrienta
Fiesta humana, sacó contento y grave
Su propio corazón; cuando a los vientos
De Norte y Sur vertió su voz sagrada,
La estrella como un manto, en luz lo envuelve,
Se enciende, como a fiesta, el aire claro,
Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra!”

–Dame el yugo, oh mi madre, de manera
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.

DOS PATRIAS

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.
¿O son una las dos? No bien retira
Su majestad el sol, con largos velos
Y un clavel en la mano, silenciosa
Cuba cual viuda triste me aparece.
¡Yo sé cuál es ese clavel sangriento
Que en la mano le tiembla! Está vacío
Mi pecho, destrozado está y vacío
En donde estaba el corazón. Ya es hora
De empezar a morir. La noche es buena
Para decir adiós. La luz estorba
Y la palabra humana. El universo
Habla mejor que el hombre.
Cual bandera
Que invita a batallar, la llama roja
De la vela flamea. Las ventanas
Abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo
Las hojas del clavel, como una nube
Que enturbia el cielo, Cuba, viuda, pasa...

AMOR DE CIUDAD GRANDE

De gorja son y rapidez los tiempos:
Corre cual luz la voz; en alta aguja,
Cual nave despeñada en sirte horrenda,
Húndese el rayo, y en ligera barca
El hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
Muere, apenas nacido, de saciado!
¡Jaula es la villa de palomas muertas
Y ávidos cazadores! Si los pechos
Se rompen de los hombres, y las carnes
Rotas por tierra ruedan, ¡no han de verse
Dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
De los salones y las plazas; muere
La flor el día en que nace. Aquella virgen
Trémula que antes a la muerte daba
La mano pura que a ignorado mozo;

El goce de temer; aquel salirse
Del pecho el corazón; el inefable
Placer de merecer; el grato susto
De caminar de prisa en derechura
Del hogar de la amada, y a sus puertas
Como un niño feliz romper en llanto;
Y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
Irse tiñendo de color las rosas,
¡Ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
Tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta
Cual áureo vaso o lienzo suntuoso
Dama gentil en casa de magnate!
¡O si se tiene sed, se alarga el brazo
Y a la copa que pasa, se la apura!
Luego, la copa turbia al polvo rueda,
¡Y el hábil catador,– manchado el pecho
De una sangre invisible,– sigue alegre
Coronado de mirtos, su camino!
¡No son los cuerpos ya sino desechos,
Y fosas, y jirones! ¡Y las almas
No son como del árbol fruta rica
En cuya blanda piel la almíbar dulce
En su sazón de madurez rebosa,
Sino fruta de plaza que a brutales
Golpes el rudo Labrador madura!

La edad es esta de los labios secos!
¡De las noches sin sueño! ¡De la vida
Estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
Que la ventura falta? Como liebre
Azorada, el espíritu se esconde,
Trémulo huyendo al cazador que ríe,
Cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
Y el Deseo, de brazo de la Fiebre,
Cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! ¡Toda está llena
De copas por vaciar, o huecas copas!
¡Tengo miedo ¡ay de mí! de que este vino
Tósigó sea, y en mis venas luego
Cuan duende vengador los dientes clave!
¡Tengo sed, mas de un vino que en la tierra
No se sabe beber! ¡No he padecido
Bastante aún, para romper el muro
Que me aparta ¡oh dolor! de mi viñedo!
¡Tomad vosotros, catadores ruines
De vinillos humanos, esos vasos
Donde el jugo de lirio a grandes sorbos
Sin compasión y sin temor se bebe!
¡Tomad! Yo soy honrado, y tengo miedo!

Páginas nuevas

En torno a las concepciones martianas sobre desarrollo socioeconómico

La comprensión de la especificidad latinoamericana por José Martí fue el resultado de la observación, el estudio y el análisis certero de la historia y de las dinámicas de cambios que se agitaban en el entorno continental, en el decurso de la segunda mitad del siglo XIX. Martí no solo esbozó las dificultades y limitaciones de la América hispana en su desarrollo, sino que también propugnó —y he ahí uno de sus grandes méritos— soluciones propias que habrían de llegar a integrar un cuerpo doctrinal coherente en su manera de pensar la política, la economía, la sociedad y la cultura, desde una plataforma revolucionaria de sólidos pilares éticos.

El alcance y la trascendencia de este pensamiento tan universal

como original han acaparado durante décadas la atención de historiadores y estudiosos de las más diversas ramas de la ciencia, interesados en develar la importancia de una u otra arista del ideario martiano en dependencia del perfil profesional del autor.

El libro *En torno a las concepciones martianas sobre desarrollo socioeconómico*, del economista Roberto Muñoz González, publicado por la Editorial Félix Varela, se inserta en la lista de títulos que procuran acercarse a los postulados económicos esenciales que integran y cohesionan el ideario martiano. No se trata —y el autor lo advierte— de encontrar en el intelectual cubano sistemas teóricos organizados y sistematizados en el orden de la economía, sino de atisbar la importancia concedida por el Maestro al desarrollo económico de la América hispana, parte de una estrategia continental de largo alcance que habría de incluir medidas contra el peligro de expansión imperial de Estados Unidos.

Desde la propia introducción del libro quedan explícitos los objetivos del autor, los cuales dejan entrever en su redacción los presupuestos de los que parte la propuesta investigativa. En síntesis, su esencia radica en establecer las directrices políticas de las concepciones socioeconómicas martianas en el proceso de articulación de su proyecto revolucionario. La complejidad de un estudio de estas características

se entiende si tenemos en cuenta que la estrategia política de Martí, rebasa, en su madurez, la mera independencia de Cuba para entrar a plantearse nuevas realidades y tareas históricas, acordes con los imperativos de la coyuntura continental americana.

Estructurada en tres capítulos, la obra parte de establecer algunas coordenadas referidas al proceso formativo de las concepciones económicas de Martí. La experiencia intelectual en España y México, el “descubrimiento” de los componentes que tipificaban la realidad latinoamericana, el contacto con realidades sociales marcadas por profundos conflictos, incluidos los de origen étnicos, así como la aprehensión y análisis del vertiginoso proceso de desarrollo capitalista en Estados Unidos, con todas sus complejidades y tendencias históricas, quedan reseñados en el primer apartado del libro. Los dos siguientes incursionan en aspectos concretos de lo que el autor llama las “concepciones martianas acerca de las estructuras socioeconómicas”, tanto de los países latinoamericanos como de Estados Unidos de Norteamérica.

Mención aparte para el segundo capítulo del texto. En este el autor retoma conceptos y enfoques claves del ideario de Martí, como los relacionados con la propiedad de la tierra, la polémica proteccionismo-libertad de comercio, el desarrollo agrícola



e industrial en la América hispana, y desde esa perspectiva esboza, de manera contextualizada, criterios sustentados en el procesamiento de la obra martiana y en los referentes –por momento excesivos– de los clásicos del marxismo.

La lógica discursiva conduce al lector a un tercer capítulo orientado a apuntar las determinantes de las transformaciones económicas y políticas del capitalismo estadounidense en la integración definitiva de la estrategia continental martiana. En tanto concepción de proceso, el autor dedica epígrafes independientes al impacto de la Conferencia Panamericana y la Conferencia Monetaria en las directrices del proyecto revolucionario de Martí, que incluía, como primer eslabón,

la independencia de Cuba y de Puerto Rico.

Como bien advierte Muñoz González en la introducción de su libro, antes y después del triunfo revolucionario de 1959, historiadores y economistas incursionaron en las ideas socioeconómicas de José Martí. No obstante, entre los aportes más significativos de la obra reseñada se encuentra, precisamente, el de sugerir criterios, reflexiones, así como apuntar hacia diferentes parcelas del conocimiento susceptibles de retomarse en futuras investigaciones. Al decir del propio autor: “mucho queda por investigar en este campo, pues Martí está cada vez más presente en nuestra América, cada día son más necesarias sus ideas y enseñanzas”.

La exhortación del autor a continuar con la investigación del pensamiento y acción revolucionarios del Maestro mantiene su plena validez. Es por eso que a una década de publicado el libro de Roberto Muñoz González, hemos querido que los lectores de este número especial de *Honda*, dedicado a Martí, no olviden la invitación del autor, pues no se trata solo de plantearse la divulgación de un pensamiento y de una praxis profundamente latinoamericanista y antimperialista, sino también –y sobre todo– de adentrarse en las complejidades del propio método de análisis martiano, por esencia original y creativo. Enhorabuena, pues, la lectura de un libro necesario. ■

YOEL CORDOVÍ NÚÑEZ

Acerca de *Convivencias de El Viajero*¹

Mayra Beatriz, caramba... ¡Pobre Martí, que ya ha sufrido tanto a mano de sus hagiógrafos! Ellos lo condenaron a ser apóstol y sabio desde el día de su nacimiento; a no dudar ni aflojarse ni contradecirse; a haber vivido cuarenta y dos años sin pronunciar ni un tercio de mentira; a fijar las verdades

eternas sobre cualquier tema posible con una sarta de aforismos... Lo han obligado, incluso, a no haber escrito –como todos los genios– páginas mayores y menores, sino unas cuantas toneladas de obras maestras.

Por suerte, el hombre verdadero vivió en puja perpetua por automejorarse, como correspondía a quien leyó críticamente no solo la literatura o el periodismo de su tiempo, sino su tiempo todo: las geografías, las culturas y eso que llaman ser humano. Fue tendenciosamente activo incluso en sus labores de traductor, pues ya sabemos de la

tranquilidad con que podía invadir el texto ajeno y acomodarlo a sus estrategias discursivas.

Entonces, el primer gesto de respeto estaría en leerlo también a él críticamente, con la legítima suspicacia con que lo hace Mayra Beatriz Martínez.

¿Que un libro como *Convivencias de El Viajero* provocará algunos disgustos? Bueno, pero ya ha recibido –¿quién no ambiciona un premio como ese?– la aprobación sincera de la doctora Pogolotti.

Dice Graziella que en este libro se ha desmantelado cierta “imagen bronceada” de nuestro Apóstol, al tiempo que Mayra Beatriz

¹ *Convivencias de El Viajero. Nuestra América desde los márgenes*, de Mayra Beatriz Martínez, publicado por Letras Cubanas, La Habana, 2011, y Premio Nacional de Ensayo “Alejo Carpentier”, 2011. Todas las citas proceden de esta fuente; en adelante solo se indicarán, entre paréntesis, los números de las páginas.

rescata para todos ese otro Martí, dialéctico, “mutante”, que no es solo viajero de la geografía, sino también del pensamiento, y en su continuo aprendizaje logró vencer algunas ataduras del pensamiento ilustrado. Dice también Graziella que en este ensayo se rescata al Martí contemporáneo que ahora nos hace falta.

En cambio, ¿cuántos hemos saltado al XIX para intentar ser, antes, los compañeros de viaje suyos?

Mayra lo logra envidiamente en este libro, donde hace derroche de rigor científico, como de honestidad intelectual. Y hay una suerte de aventura lírica cuando se aleja del arquetipo almidonado para encontrar un ser humano menos monolítico, más diverso, que en muchos terrenos sobrepasa su época y en otros queda atrapado por las limitaciones de su siglo (como nosotros por las del nuestro). Este resulta más inquietante, más atractivo, más Martí. Y a su lado va Mayra.

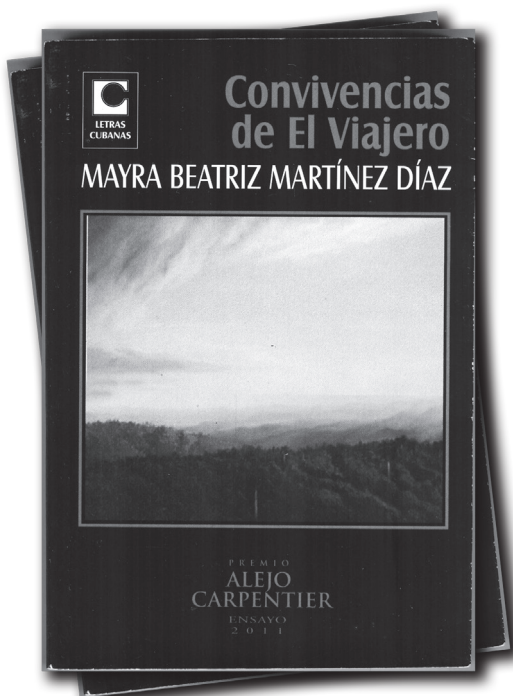
Quien deseaba pintar a los hombres no como son sino como debieran ser, no podía ir –Mayra lo aclara– contemplando el paisaje sino buscando la utopía: “partió de ser viajero ilustrado y llegó a transmutarse en sujeto cualitativamente comprometido a conciencia y sin reticencias”. (p. 36)

Mayra Beatriz, caramba... Un día, en Guatemala, la oí quejarse de que en Cuba a los graduados de primaria les regalan un libro donde se dice que el niño “nace” para caballero y que la niña “nace” para madre. Aquello fue un mazazo en mi cabeza. “Claro –me dije– tienen que dar *La edad de oro*, porque es nuestro mejor libro para niños”. De paso refresqué en mi memoria un interesante ensayo sobre las anticipaciones de Martí a la lucha por la emancipación de la mujer. Recordé un libro de Josefina Toledo donde se muestra que las mujeres del club “Mercedes Varona” tuvieron, caso insólito entonces, derecho al voto dentro del Partido Revolucionario Cubano. Y respiré tranquilo. Pero ¿con qué derecho podría hablarle yo a Mayra de *La edad de oro*? Ella, en las *Convivencias de El Viajero*, estudia convincentemente “La muñeca negra” o “Las ruinas indias”, como piezas orgánicas dentro del pensamiento del Maestro, y pone en ello igual rigor que quien analiza a un autor a partir de su más famoso discurso o de su artículo más trascendental. Después de haber leído *Martí. Eros y mujer* y *Convivencias de El Viajero*, me ha quedado muy claro que los rasgos machistas visibles en la escritura de Martí no resultaban para mí un problema porque, sencillamente, lo estaba leyendo acomodado en mi propio machismo.

Bien, “¿y a qué viene eso?”, me dirán. “¿No se trata de un libro sobre el Apóstol como viajero?” Es que no nos espera un enfoque paisajístico –para eso podemos leer a Bernardo Figueredo, a Salvador Massip o a Guillermo Zéndegui–. Lo esencial en este caso no es el paso del Maestro por México, Guatemala, Venezuela, Estados Unidos, las Antillas, o Cuba Libre sino el paso de todos esos contextos geográfico-histórico-culturales por la pupila de Martí. No se trata de un libro de “turismo martiano”, salvo que hablemos de una especie de “turismo filológico”. Lo esencial de este acercamiento está en cómo el hombre blanco occidental, por obra y gracia de presupuestos logocéntricos, etnocéntricos y falocéntricos, se autotitula capitán de las modernidades, y cómo enfrenta a una alteridad determinada por razones de etnia y género. Cómo choca con ese Otro que, en tierras del Nuevo Mundo, representan millones de indígenas, de afrodescendientes, de mujeres. El tema central de este libro es la manera compleja, difícil, generalmente lúcida y todo el tiempo dramática en que José Martí, desde su raigal eticidad, sufrió en sí mismo las vibraciones de ese tremendo encuentro.

A su paso por tierras que “balbuceaban”, pobladas por ingobernables indios –categoría, en este caso, supraétnica–,

estos marginados específicos, sometidos en relación de desventaja por mecanismos de poder ajenos, privados de agencia en sus propios ámbitos naturales –ubicados por antonomasia en las antípodas del sujeto universal moderno: hombre blanco europeo– [...] resultaron altamente



pertinentes para la definición y configuración de determinados planteos antihegemónicos y contramodernos martianos (p. 273). Sus periplos no solo significaron cruces de fronteras geográficas, sino al cabo, lo colocaron al borde mismo de los límites epistemológicos: en la posición ansiosa del viajero que, por su esencia, intenta superar toda barrera. [...] Hombre de su tiempo, atrapado en sus marcos taxativos, no vio demasiado lejos en la mujer, no discernió cabalmente nuestra marginalidad ni la necesidad de devolvernos la voz, como al indio mudo, aunque nos fue amoroso (p. 278). Si bien es cierto que la mujer va alcanzando, trabajosa y zigzagueantemente, nuevos espacios en su discurso, no logra divorciarse de la misión de servicio que la constriñe, la cual, al propio tiempo, la aproxima a los paradigmas tradicionales (p. 268).

Sin embargo, la evolución estilística martiana corre paralelamente a

la progresiva democratización de su escritura como estrategia legitimadora de los olvidados (p. 275). La dimensión adelantada del pensamiento martiano, entonces, debió radicar en acentuar, junto al constante perfeccionamiento de sus propósitos de reivindicación y unidad continental, la cercanía ético-emocional con esos “otros” –que fueron “ellos”, pero, en cierta medida, también fueron sus “nosotros”, porque los sentía: a ellos se debía, ellos terminaron constituyéndolo (p. 278).

El protagonista de este libro es en parte romántico; en esencia, optimista; en extremo, ob-

servador; y en un altísimo porcentaje, suspicaz. Mayra tiene el acierto de seguir su evolución ideológica –que, en el tema del Martí viajero, ella periodiza en tres etapas (pp. 72-74)– y al mismo tiempo su crecimiento literario. Sus trampas discursivas, que incluyen polifonías, ventriloquismo, enfoques parcializados, “oportunistas” y silencios... Es un Martí que va educando y autoeducándose, anticipándose a la antropología del siglo siguiente, igualando a los mayas con los germanos y oponiéndose a cualquier etnocidio, aunque tal vez no haya asimilado del todo que, como resume Guillermo Bonfil Batalla, el Otro no solo tiene derecho a la igualdad, sino también a la diferencia. Este Viajero que se adelanta incluso al movimiento ambientalista, tropieza con las manquedades de la utopía liberal; va remendando por el camino –sin completarlos nunca– sus ideales utópicos. Y acaso lo más fascinante en el Martí de Mayra sea su trágica incompletez: cae heroica y hermosamente, cuando faltaban por redondearse en él muchas ideas, estrategias y proyectos; cuando no había llegado a la meta de completarse a sí mismo.

Recomiendo en especial el agudo análisis del ensayo “Nuestra América”, que a Cintio Vitier le parecía una culminación, y a Mayra, apenas un punto de arranque (pp. 216-217).

Para escribir un libro como este no basta con ser una gran investigadora, como lo es ella en el uso preciso de una amplia y actualizada bibliografía, en la selección exacta de las citas, en la conformación de un sólido aparato de notas, en la dinámica redacción, en la muy sólida argumentación, y la ya celebrada originalidad de sus puntos de vista; como lo es ella en la naturalidad de

quien no tiene motivos para hacer alardes de su erudición, pero tampoco para esconderla.

Un libro como este requería, además, la escritora de estirpe que se desborda página tras página. Ella ha reivindicado un amplio y valiosísimo corpus textual que había sido subvalorado por el propio Maestro. De paso, reivindica el peso de Martí dentro de la literatura testimonial de nuestra lengua. Ella convierte una probable novela de aprendizaje en un brillante ensayo. Ella cumple sobradamente los requisitos de lo que, en buena teoría, llaman *análisis sistémico integral*. Ella se aventura por terrenos casi vírgenes de la investigación martiana, como el sentido del humor de la persona nombrada Pepe Martí, o el peso específico que su ya indiscutible filiación masónica pudo tener para la ideología del Apóstol. Ella pone en práctica un principio elemental que otros martianos olvidan: primero van los hechos; luego, las conclusiones; nunca viceversa.

Y, como la Mayra escritora puede ser más tramposa, más manipuladora que el propio Martí, ha operado con notable sutileza en la conformación del propio sujeto emisor que habla en su ensayo. Si a Vargas Llosa le parecía “raro pero no imposible” narrar desde un *nosotros*, ¿qué dirá de este libro en que se opina y se narra desde un *nosotras*? Un *nosotras* que Mayra socarronamente disimula o saca a flote en el momento oportuno.

Caramba, Mayra... Tú vienes, ves y vences. Tú, como hacen los grandes ensayistas, te acercas dulcemente para al final dejarnos con un mazazo tremendo en la cabeza. ■

YAMIL DÍAZ GÓMEZ

Tres mujeres en la vida de José Martí: agonías de un apóstol

Para quien entienda de asuntos profundos de alma atormentada, la lectura de este libro¹ será un toque a la fibra más honda que nos une con un ser excepcional que una vez pisó la tierra. Y si ya dichosamente contamos en nuestra cultura contemporánea cubana con un valioso acercamiento al “Martí ser humano”, como es la película de Fernando Pérez *José Martí. El ojo del canario*, encontramos sin duda, en esta valiosa investigación que nos ofrece Ramiro Valdés Galarraga, una oportunidad más para asomarnos a la tremenda vida personal llena de sacrificios y agonías que vivió nuestro Apóstol, cual si fuera un largo camino de espinas.

Muy difícil nos resulta encontrar un corazón que haya ofrecido más amor y entrega a causas grandes sin esperar el mínimo de retribución, pero lamentablemente, como “Todo el que lleva luz, se queda solo”,² las penurias amorosas en la vida martiana también resultaron muchas veces en soledad.

Tres mujeres en la vida de Martí es ante todo un libro muy bien organizado, fruto de largas meditaciones y labor de búsqueda

por mucho tiempo. A través de un lenguaje sencillo y bien pensado, se nos presentan los hechos de forma cronológica, aspecto muy importante para entender variados elementos en el largo itinerario de viajes que ocupó la vida de Martí; y es que Valdés Galarraga ha sembrado como primicia el gran respeto y comprensión al Hombre que luego se llegara a convertir en Héroe.

Por esa razón, y es sin dudas uno de los grandes valores del libro, el autor le cede constantemente la voz a los muertos, quienes nos hablan desde esos pedazos de papel que han logrado salvarse a través del tiempo: cartas de diversos remitentes nos permiten, como lectores, reconstruir la historia perdida, de la que pocas veces se habla, nos desentraña muchos de los posibles secretos personales aunque más de una vez debamos leer entre líneas lo que hay en el corazón de los que escriben. Valdés Galarraga trata de reconstruir los hechos a través de lo que los mismos protagonistas dijeron en su momento. Encontramos, junto a las reveladoras cartas de Martí a Mercado, otras enviadas a diversas personas, fragmentos de cuadernos de apuntes, anotaciones hechas hasta en el reverso de un programa de teatro, además de prácticamente todas las cartas que se conservan de Carmen Zayas-Bazán e Hidalgo, figura tan polémica para la historia.

Tras la primera advertencia del libro: “no es la historia amorosa

de Martí” (p. 1), se precisa que solo abordará las relaciones con las tres mujeres que “influyeron ostensiblemente” en la vida del Apóstol. Sin embargo, podemos transitar por el crecimiento espiritual de un hombre que amó, y amó con locura y raciocinio, a una por encima de todas, Cuba; y siempre todo el resto de sus amores –familiares, personales, artísticos– estuvieron en constante diálogo, no siempre tranquilo, con su pasión sublime. Son justamente las incomprendiones que lo rodeaban las que lo hacen más grande, pero a la vez, más atormentadora su vida.

Ramiro Valdés intenta revelarnos que María García Granados fue para el Apóstol mucho más que un idilio fugaz de juventud, y rescata una frase martiana que admite haber sacrificado ese amor por el compromiso con la que sería su esposa. Interesantes resultan las páginas dedicadas al tema, pues se compila una serie de datos sobre los que sustenta el autor la tesis que defiende, y además se enriquece el cuadro incluso con textos adyacentes como los poemas dedicados por varios poetas a María luego de su muerte. “La Niña de Guatemala”, para este investigador, significó una marca profunda en Martí, que vino a agravar su alma junto a las necesidades económicas y otras discrepancias que encontraba en todo lugar a causa de sus ideales.

Las diversas etapas por las que atravesó la relación del Apóstol

¹ Ramiro Valdés Galarraga, *Tres mujeres en la vida de José Martí*, Editora Política, La Habana, 2012. (Cuando las citas procedan de esta fuente, solo se indicarán las páginas entre paréntesis. *N. de la E.*)

² José Martí, “Yugo y estrella”, *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, t. 14, p. 142.

con Carmen Zayas-Bazán están recreadas en el libro, y apreciamos cómo de la bellísima imagen de “Carmen, con aureola”, “valor de Carmen” (p. 1) que ilustra el deslumbramiento de recién casados atravesando selvas y montes, se llega al punto de que “ha dejado de ser mi mujer para ser madre” (p. 47), que termina tristemente con la subida de las escaleras del consulado de España en Nueva York, para huir en secreto con Pepito una vez más hacia Cuba (p. 165).

El libro nos muestra que Martí amó apasionadamente a Carmen Zayas-Bazán, pero si bien esta relación tuvo numerosos altos y bajos, el padre amoroso siempre intentó conservar unida su pequeña familia, aunque no lo logró, y esta situación permanente fue una herida sangrante eterna junto a las incomprensiones de su familia materna. Podemos leer a Carmen de viva voz y es inmensamente desgarrador lo dura que es con su esposo, a pesar de haber defendido su decisión personal de unirse en matrimonio con él para toda la vida. El autor del libro lamenta el hecho de que no se conservan las cartas de Martí a su esposa, y que este sea en extremo conservador cuando habla del tema en medio de otras misivas a amigos como Mercado.

Ramiro Valdés no es el primero en interesarse por estas cartas de Martí a Carmen, ya un estudioso como José de la Luz León al morir dejó entre sus trabajos inconclusos uno titulado “Martí, María y las dos Carmen” en el que, al parecer de Dulce María Loynaz, intentaba reivindicar la imagen de la Zayas-Bazán en

la historia.³ A petición de León, la poetisa intentó descubrir el paradero de las misivas a través de la nuera, la señora Teté Bancos, viuda del hijo de Martí, pero esta afirmó desconocerlas, pues seguramente su dueña las había destruido y, junto con las cartas, tal vez desvaneció la posibilidad de “revelar en su verdadera magnitud el tenso drama existente entre los dos”.

A pesar de lo amplia que resulta la investigación de Valdés Galarraga sobre esta relación, falta quizás un complemento importante que nos muestre una cara totalmente inesperada de Carmen Zayas-Bazán. Luego de Martí muerto, decide enviarle a Máximo Gómez lo único que le quedaba, su hijo:

A usted que debe conocer a los hombres, no le será difícil penetrar un niño. Para Ud. soy una desconocida, no tengo mérito en que apoyar mi recomendación, solo mi interés de madre que Ud. comprenderá fácilmente pues su esposa le tendrá acostumbrado a saber cómo queremos a nuestros hijos las madres cubanas. Acuérdesse de José Martí y ame al hijo por él. Yo me quedo sola en la vida, esperando...”⁴

Ese fue el precio más alto que pagó Carmen, y por el que más tal vez Martí trató una y otra vez de reconstruir su unión, era madre. Las cartas que nos muestra Valdés son solo la punta del iceberg, pero sin duda, aguda

e hiriente, de lo profundo que caló indudablemente en el alma de un ser como Martí, capaz de escribir los versos del *Ismaelillo*, y de haber entregado su corazón para toda la vida a quien no compartía sus ideales.

Para el colofón del libro, su autor nos reserva interesantes reflexiones suyas sobre la tan polémica paternidad de María Mantilla, acompañadas de dos cartas de ella misma defendiendo dicha paternidad. El sentido de la ética y la moral en Martí, de dimensiones muy altas, sirven a Valdés para despejar cualquier calumnia, principalmente con intenciones políticas, que siempre han pesado sobre la figura martiana. A la vez, defiende la paternidad espiritual que, sin ningún lugar a dudas, poseía María, tal vez por encima del hijo de sangre, pues pudo el Apóstol cultivar más este huerto que el de su Ismaelillo.

Pero de las tres mujeres que –afirma Julio Acanda en el prólogo– han ganado el corazón de Ramiro Valdés Galarraga y se muestran en este libro, es la otra



³ Ver Dulce María Loynaz, “José de la Luz León”, *La palabra en el aire*, Ediciones Hermanos Loynaz, Pinar del Río, 2000, pp. 186-200.

⁴ *Ibidem*, p. 200.

Carmen quien se lleva la preferencia, pues es justamente a su memoria a quien está dedicado todo el texto. No alcanza el autor a tener documentos suficientes para evidenciar la profunda relación que al parecer entablaron Carmen Miyares Peoli y José Martí, sin embargo hay varias referencias para saber el infinito apoyo que dio esta gran heroína de su hogar a la mayor causa del corazón del Apóstol, y así llegó a donde quizás ninguna otra mujer había llegado, compartir en cuerpo y alma su pasión por Cuba. Defiende el autor ese amor de “almas gemelas”, a pesar de estar estigmatizado socialmente, y comprende, en todo el sentido

de su significado, lo que representó e importó esta gran mujer para el final de la vida de nuestro Martí.

Sencillo y certero en valoraciones y criterios, puntual y consecuente con las fuentes, enamorado, respetuoso, buscador e investigador de la grandeza de alma del Héroe y del Hombre, nos afirma el autor de *Tres mujeres...* en sus líneas finales que su más grande aspiración es “fortalecer, más aún, la imagen de nuestro Héroe Nacional” (p. 166). Cree habernos develado gran información sobre dichas mujeres en Martí, y haber sido justo con la verdad. Se convence de la polémica que acarreará su texto

y está tranquilo con ello. Acaso Martí lo estaría, pues es muy probable que a pesar de todo cada una de estas féminas haya ocupado lugares distintos en el gran corazón del hombre que dio mente y espíritu a su Cuba, que era la libre y no otra. Cuál de ellas se llevó la mayor parte, creo que solo él lo sabe, pero nosotros, ni pudiendo escuchar toda su voz, podremos aquilatar la magnitud de su vida y sus agonías, mayores para cualquier mortal, por eso tantos ya le han tildado de extraordinario. ■

CARMEN MARÍA TORRES RUISÁNCHEZ

Las miradas martianas de Osmar Sánchez

A través de una mirada totalizadora, que apunta hacia una recepción renovada de la obra martiana, *Las martianas escrituras*, constituyen un singular estudio que explora la poética martiana, su recepción en México, su concepto de cultura y sus relaciones con Darío y el modernismo. En esta obra Osmar Sánchez va dilucidando magistralmente los caminos por los que transita el pensamiento y la escritura de Martí.

El libro está dividido, a través de una línea imaginaria, pero precisa, en dos grandes grupos de ensayos. Los primeros revisitan cánones poéticos establecidos y en cada giro tratan de encontrar elementos renovado-

res; los segundos ofrecen una variedad de matices, un cúmulo de ideas que se complementan, y orientan la lectura hacia sus reflexiones acerca de la concepción agonística de la existencia. El autor se nutre de un tono reflexivo para subrayar lo axiológico de su escritura. Una escritura regida por una mirada crítica que dialoga con todos los tiempos, que analiza y penetra en el arte y la literatura desde una posición familiar y a la vez distanciada.

Los ensayos dedicados al estudio de su lírica van entretejiendo imágenes y conceptos que recorren los caminos de su poesía y de la relación de su poética con la ética, dos conceptos claves en la escritura martiana

que se afectan y condicionan mutuamente. Una poesía que privilegia el sentimiento pues: “La emoción en poesía es lo primero, como señal de la pasión que la mueve, y no ha de ser caldeada o de recuerdo, sino sacudimiento del instante, y brisa o terremoto de las entrañas.”¹ Y, a su vez, expresa de forma simbólica “los aspectos bellos de la naturaleza”.²

Luego de este acercamiento crítico a su poética, la obra profundiza en un exhaustivo análisis de sus piezas teatrales, resaltando

¹ José Martí, “Francisco Sellén”, *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 5, p. 190.

² J. Martí, “Fragmentos”, ob. cit., t. 22, p. 96.

sus cualidades intrínsecas; análisis que se centra en el estilo de estas representaciones en las que lo lírico se fusiona con lo dramático pues “en lo lírico hay cierto elemento dramático: quién sabe dónde hubiera ido a vivir en las épocas complicadas y típicas en que el teatro ha sido, por la variedad de modelos, la forma natural del pensamiento.”³

La lectura continúa adentrándose en el examen de la obra martiana a través del análisis de la poética de Darío, en aras de demostrar la diferencia de ambos desde la modernidad y recuperar algunos hitos claves con el propósito de llegar a entender su relación con el modernismo. En ese ensayo el autor explora de forma íntegra el lugar que Martí ostenta en este crucial período de la historia social y literaria hasta alcanzar los intersticios que arrojan luces en el camino que transita su modernidad. Una modernidad que lo sitúa en el inicio de una época y una conciencia americana nueva.

En el segundo grupo Sánchez reflexiona acerca de la concepción del ensayo, su relación con la tierra azteca, el concepto de cultura y la figura de Heredia vista a través de los ojos de Martí. Para Martí Heredia emerge como símbolo heroico de la comunidad consanguínea de “nuestra América”. El poeta se vuelve héroe y la poesía permite materializar esta relación:

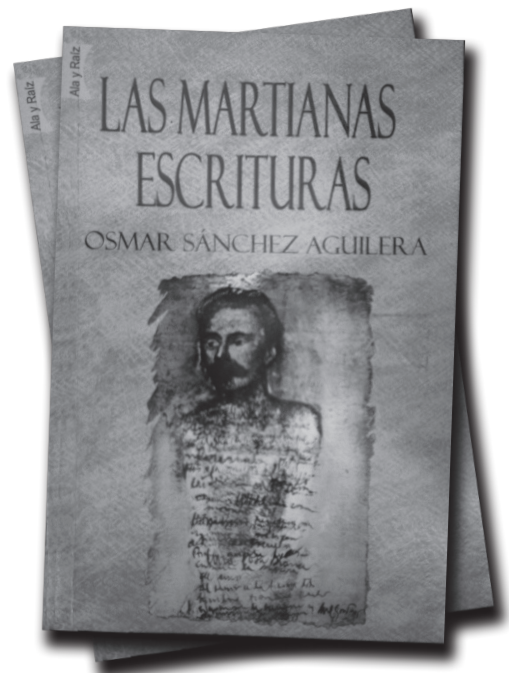
lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien, y pintar todo lo hermoso del mundo de manera que se vea en los

versos como si estuviera pintado con colores, y castigar con la poesía, como con un látigo, a los que quieran quitar a los hombres su libertad, o roben con leyes pícaras el dinero de los pueblos, o quieran que los hombres de su país les obedezcan como ovejas y les laman la mano como perros.⁴

Al hablar de la importancia del ensayo el autor brinda una serie de conceptos, dados por algunos estudiosos del tema, donde emergen las visiones personales de los autores y a la vez media una idea común: el ensayo es creación que estimula otras creaciones. Por eso Sánchez recurre a un texto como *Nuestra América* donde

“creación” no concierne a la propuesta ideológica o a la manera de acercarse al asunto reexaminado en el ensayo: “creación” concierne de lleno también a la dimensión morfoestilística o a la formalización textual de esa manera en el ensayo. El discurso que se pretende homólogo de la realidad que él mismo aspira a develar y a explicar (“el enigma hispano-americano”) empieza por ser creación (creativo) él mismo y por buscar un lenguaje que le permita serlo.⁵

En las postrimerías del texto, Omar Sánchez examina la relación de amistad de José Martí con Manuel Mercado y con México, reflexionando sobre las figuras y los problemas de esta hermana nación; la importancia de la cultura en el desarrollo social;



una cultura que implica tanto a la ciencia como a la conciencia y que constituye la vía hacia la libertad y el modo de garantizarla en el plano individual antes que en el colectivo, y nos hace partícipes de una acuciosa meditación cuando analiza el libro de Ottmar Ette, *José Martí, poeta, revolucionario: una historia de su recepción*, y allí nos entrega, sin dejar de resaltar los elementos innovadores, un análisis crítico de la obra.

Las martianas escrituras nos brindan un novedoso arquetipo de lectura. Su visión dialoga con la diversidad del universo martiano cuyo pensamiento alcanza, en este “bíblico” texto, un matiz mucho más profundo. Un universo creado por la escritura de un excepcional hombre que es y será por siempre un “pensador de la diferencia”. ■

YISLENY LÓPEZ DELGADO

³ *Ibidem*, p. 103.

⁴ J. Martí, ob. cit., t. 18, p. 349.

⁵ Omar Sánchez Aguilera, *Las martianas escrituras*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2011, p. 201.

III Taller Nacional de Bosques y Jardines Martianos

El III Taller Nacional de Bosques y Jardines Martianos se desarrolló del 4 al 7 de junio de 2012 en el campismo Punta Inglés de la provincia de Cienfuegos. Se inició con el recibimiento a los 108 participantes en representación de las 16 provincias con mejores resultados, provenientes de disímiles sectores de la población y quedó oficialmente inaugurado el 5 de junio con motivo de celebrarse el Día Mundial del Medio Ambiente. En su organización se contó con el apoyo de la Dirección Nacional de Forestales, el Jardín Botánico Nacional, el Zoológico “La Edad de Oro,” la Organización de Pioneros “José Martí” y otros miembros del Comité Nacional de Bosques Martianos.

La realización de este taller es una de las acciones del programa de la Sociedad Cultural “José Martí” que promueve el conocimiento y amor a la naturaleza mediante el cuidado y la utilización de las áreas de bosques y otros espacios útiles, y que se desarrolla en todo el país en coordinación con

otras instituciones como el Jardín Botánico Nacional, el Ministerio de Educación, los Comités de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres Cubanas, la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, el Ministerio de la Agricultura, los guardabosques, la Quinta de los Molinos, el Zoológico “La Edad de Oro,” entre otras.

En el encuentro se presentaron cincuenta ponencias con el tema “Los bosques y jardines martianos: por una cultura de la naturaleza,” a partir de las cuales pudimos intercambiar experiencias y analizar el trabajo que realizan los miembros de los clubes martianos en su empeño por fomentar una política medioambiental, desde una perspectiva martiana, sobre la protección y el respeto a la naturaleza.

Dentro de la jornada se impartió la conferencia “Clima: tiempo



atmosférico, bosques y jardines,” por parte del máster en ciencias Gonzalo Alfonso Calzadilla, jefe del departamento de Meteorología de Cienfuegos. Además, se desarrolló el panel “La humanidad ante los problemas globales y la preservación de los ecosistemas,” donde intervinieron el licenciado Lian Roque, de la Universidad cienfueguera; la arquitecta Maikelis Crespo, de Patrimonio; y el licenciado Mario Hernández, del Jardín Botánico Nacional.

Cada una de las experiencias aportó y demostró la importancia del vínculo con los estudiantes y los miembros de las comunidades, que ha permitido encauzar un trabajo sistemático en la apropiación de valores y en el respeto y uso sustentable de los recursos naturales, teniendo presente las especificidades del entorno natural de cada ecosistema y el pensamiento naturalista de José Martí. ■

ADELAIDA RAMOS LEAL



El verano en la Sociedad Cultural

Dirigido especialmente a los jóvenes, se organizó por primera vez en la Sociedad Cultural el curso “Verano con Martí” como parte de las actividades que la institución tenía prevista para los meses de julio y agosto del año 2012. Los encuentros tuvieron una frecuencia diaria y desde el lunes 30 de julio y hasta el sábado 4 de agosto los matriculados tuvieron un acercamiento a momentos esenciales de la vida y obra de José Martí a través de charlas acompañadas de la proyección de materiales audiovisuales, imágenes y análisis de textos.

Según nos informó el coordinador principal del proyecto, el profesor Amaury Hechavarría Nistal, quien también es vicepresidente de la Sociedad Cultural “José Martí” y presidente del Consejo de Jóvenes “Plaza Martiana,” resultó muy atractivo para los jóvenes poder disfrutar y posteriormente comentar sus impresiones acerca de la película *José Martí, el ojo del canario*, de Fernando Pérez; el dibujo animado *Abdala*, de los estudios Anima de Holguín; así como los documentales: *Dos Ríos, el enigma*, del realizador Roly Peña y *Crece en mi cuerpo el mundo*, de la cadena Telesur; y el audiovisual: *Poesía de amor de Martí*, de Josep Trujillo, especialista y realizador de la Sociedad Cultural. Varios de estos materiales fueron trabajos presentados en los encuentros de jóvenes “Plaza Martiana” realizados recientemente en diferentes regiones del país.

El curso “Verano con Martí” concluyó el martes 7 de agosto. La actividad final fue un recorrido iniciado en la sede nacional de la Sociedad Cultural “José Martí,” que continuó primero con las visitas a la finca San Pedro, lugar donde cayeran en combate el General Antonio Maceo y su ayudante Panchito Gómez Toro, y después al Bosque Martiano del Ariguanabo, en San Antonio de los Baños. Allí, Amelia García Bravo, seleccionada la mejor alumna del curso, tocó la campana, réplica de la que se encuentra en La Demajagua, para dar inicio a la actividad. Posteriormente conocieron detalles de la ruta martiana, el monumento al *Granma*, el sitio de las Américas, las cinco palmas alegóricas al encuentro de Fidel y Raúl, y otras representaciones de la historia de Cuba que se han creado en el lugar.

La mañana concluyó con la visita a la casa de Rafael Rodríguez Ortiz, conocido por todos como Felo, creador del Bosque. La jornada contó con la presencia de Bárbara Oliva Caraballo, miembro de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural “José Martí” y presidenta de la filial de La Habana.

“Verano con Martí” nucleó a un grupo de jóvenes que respondieron a la convocatoria divulgada por la Sociedad Cultural “José Martí” con la idea de brindar una opción instructiva apegada a los valores implícitos en el pensamiento martiano para el empleo del tiempo libre, en la etapa de receso escolar. Amaury Hechavarría Nistal, afirmó que esta primera experiencia pudiera extenderse a otras provincias del país para el próximo verano. ■

MAURICIO NÚÑEZ RODRÍGUEZ



Sociedad Cultural "José Martí" en Las Tunas: 15 años de vigente amor

A quince años de vida llegó la Sociedad Cultural "José Martí" en Las Tunas, el 23 de agosto de 2012. Para celebrarlos la Junta Provincial convocó a los miembros de la organización y distinguió a sus fundadores con la entrega de certificados, en una emotiva ceremonia caracterizada por la sencillez. Los agasajados fueron Lesbia de la Fe Dotres, primera presidenta, y Alberto Velázquez López, Miriam Reyes Pérez, Frank Arteaga Pupo, Félix Ramos Acosta, Aleida Best Rivero, Elizabeth Velázquez González, Víctor Manuel Marrero Zaldívar, Carmen Velázquez Quintana, José Antonio Miranda Torres y Carlos Tamayo Rodríguez.

Se entregó el reconocimiento "Honrar, honra," a la investigadora y profesora universitaria de Puerto Padre, Idis Parra Batista, quien integra la Junta Provincial de la Sociedad Cultural "José Martí" y es su representante en el municipio de Puerto Padre. Además de divulgar el pensamiento martiano entre sus alumnos y en la comunidad, Idis lidera un proyecto sociocultural comunitario para el mejoramiento ambiental de la zona del malecón.

Igual reconocimiento recibió la emisora municipal de Amancio Rodríguez, Radio Maboas, que dedica un espacio a divulgar el pensamiento del Apóstol y de manera sistemática difunde

y promueve su ideario en otros programas dirigidos a la niñez y la juventud, fundamentalmente.

Se entregó el reconocimiento "La utilidad de la virtud" a la Biblioteca Provincial "José Martí," que desde su fundación en 1951, tal como se diseñó por sus creadores, lleva a cabo una labor importante en la difusión de la cultura universal, con prioridad en la vida y el pensamiento de José Martí. Allí funciona un club de la Sociedad Cultural, que figura entre los más destacados de la provincia, cuyos miembros forman parte de un proyecto con niños en una zona rural del municipio de Jobabo, que bajo el nombre de "Los niños ríen," desempeña una importante labor sociocultural, educativa y recreativa.

Durante los años más difíciles del denominado período especial, el colectivo de la Biblioteca desplegó una significativa labor en Las Tunas, y consiguió ofrecer sus servicios, a pesar de situaciones objetivas que impidieron laborar en los horarios habituales y, a la vez, asumió en tiempo récord la remodelación de la edificación para restablecer su funcionamiento.

Asimismo, el reconocimiento "La utilidad de la virtud" le fue entregado al arquitecto, Domingo Alás Rosell, creador de la Plaza Martiana de Las Tunas, que rinde homenaje al Héroe Nacional cubano mediante el reflejo radiante de sol sobre una mascarilla



del rostro de José Martí —creada por la arquitecta cubana Rita Longa—, interesante acontecimiento que ocurre el 28 de Enero y el 26 de Julio. Además de esta original obra, la actividad creadora de Alás Rosell está presente en otros parques solares y proyectos con sentido cultural y martiano, como el museo creado en Caimito del Hanábana, en la provincia de Matanzas, para recordar allí la presencia de José Martí, donde mediante el efecto de la luz solar se iluminan importantes fechas y documentos de la época. También en Las Tunas, bajo su dirección y diseño, se levantó un parque solar que rinde homenaje al asaltante del cuartel Moncada, Armando Mestre, donde el sol indica, cronológicamente las fechas más relevantes de la vida del joven combatiente.

En el cumplimiento de una misión internacionalista en Granada, a inicios del actual siglo, dejó construida y en proceso de inauguración una plaza solar que tributa honores a los cubanos que cayeron combatiendo la invasión norteamericana en aquel territorio, en octubre de 1983.

En la sencilla ceremonia, el actual presidente de la Sociedad Cultural “José Martí” en Las Tunas, Joel Lachataignerais Popa, manifestó:

Estos quince años implican actuar cada vez con mayor firmeza, a no cejar en los principios y a sentir en el corazón la honra que prevalece en la actitud moral de los cinco héroes presos en las cárceles del imperio. Nos invitan a la serenidad martiana de la inteligencia política que se hace con la profundidad del pensamiento puesto en la ética de la virtud.

Y nos convocan a seguir la ruta martiana como un día la emprendió Fidel con su contingente de jóvenes, antorchas en mano y rumbo al Moncada, para enardecernos en la lucha que se hace a pensamiento en la máxima de combatir con todos y para el bien de todos, juntos y adelante.

En el acto, Álvaro Caballero, director provincial de Cultura, saludó los esfuerzos de los martianos tuneros en los quince años de vida de la organización, y signifi-

có que lograr este protagonismo requiere de permanencia y constancia, para llegar a los demás con la naturalidad que distinguió el quehacer político de José Martí. Después de reconocer que la organización crece y avanza, saludó a los miembros de los municipios sobresalientes, Menéndez, Puerto Padre y Amancio, y trasladó mensajes de felicitación del Partido Comunista de Cuba, la Asamblea Provincial del Poder Popular y la Dirección Provincial de Cultura.

De modo similar, el secretario ideológico de la Unión de Jóvenes Comunistas en Las Tunas, Raúl Sánchez Céspedes, emitió, en la persona del presidente de la Junta Provincial, un mensaje de felicitación a todos los integrantes tuneros de la Sociedad Cultural “José Martí”.

La Compañía Infantil de tonadas campesinas de la Casa Iberoamericana de la Décima, dirigida por el promotor cultural Manuel Herrera, deleitó a los presentes con sus demostraciones de raigambre identitaria. ■

FILIAL DE LAS TUNAS
SOCIEDAD CULTURAL “JOSÉ MARTÍ”

Fúster en el Proyecto <CHRONICAS

El día 13 de junio, en la sede del Proyecto *Chronicas*, de la Sociedad Cultural “José Martí”, en ocasión de celebrarse el ochenta y dos cumpleaños del Dr. Armando Hart, su presidente de honor, al artista de las artes

plásticas José A. Rodríguez Fúster se le entregó la distinción “La utilidad de la virtud” —máximo reconocimiento de esa organización.

En esa singular oportunidad también tuvo lugar la *premier* del *spot* promocional del Proyecto,

del realizador de cine y televisión Boris Luis González Díaz, y quedaron inauguradas las Terrazas de *Chronicas*, espacios donde realizaremos la labor social, comunitaria y de promoción artístico-cultural. Estas áreas



además serán la sede del Club Martiano de Siboney, que tiene como propósito esencial la defensa del medio ambiente y la naturaleza.

El espacio que ocupa la sede del Proyecto, en 190 y 11, reparato Siboney del municipio capitalino Playa, recientemente fue remodelado en su totalidad, para dotarlo de las condiciones idóneas, modernas y funcionales que requieren sus importantes funciones de archivo, y preservar adecuadamente el patrimonio que atesora. Recordemos que *Chronicas* es un proyecto en el cual se realizan labores investigativas, editoriales, académicas y de promoción cultural, así como trabajo social comunitario, de tal forma que la documentación que conserva se encuentra al servicio de la historia, la cultura, y la propia Revolución.

En *Chronicas* nos regocijamos de que nuestra fachada principal y sus muros exteriores estén en-

galanados con un inmenso mural de Fúster, artista que es un ejemplo de los grandes intelectuales de nuestra patria que tienen una vocación profundamente revolucionaria al servicio de su pueblo.

Una vez más, Fúster nos ha cautivado con esta propuesta convertida en un regalo para nuestros sentidos. El mural es exuberante por su múltiple y rica diversidad temática. Contiene rostros cubanísimos y cinco palmas, que representan a nuestros Cinco Héroes. Es también profuso por su lenguaje expresivo de formas, colores y texturas, marcado por el estilo y sello de su autor. Nos encontramos aquí con su cosmos, original, simbólico, mezclado, mestizo, colmado de fantasía, belleza y color, pero, sobre todo, desbordado de alegría y espiritualidad. También en la terraza superior realizó la bandera y la palma real, dos auténticos símbolos de nuestra cubanía.

La creación de Fúster en nuestra sede no es más que resultado y continuación —en el reparto Siboney—, de la obra artístico-social-comunitaria que, desde hace varios años, realiza en su querido pueblo costero de Jaimanitas, al oeste de La Habana.

Reiteramos las gracias a ese singular y maravilloso artista que es nuestro querido Fúster, no solo por lo que ha hecho en *Chronicas*, sino por tratarse de un ser excepcional; por su trabajo como ceramista y artista de la plástica; por su labor de hermano y maestro de sus conciudadanos de Jaimanitas; por haber creado ese universo infinito en el Olimpo de los Cinco, lugar donde se les rinde homenaje permanente a nuestros hermanos. En fin, por ser ya un personaje de leyenda. ■

ELOÍSA CARRERAS VARONA

VII Reunión del Consejo “José Martí” de Solidaridad Mundial

Del 25 al 27 de junio tuvo lugar en Quito, la VII reunión del Consejo “José Martí” de Solidaridad Mundial, un programa de la UNESCO encargado de promover la ética y el sentido humanista de la obra martiana. El encuentro estuvo presidido por Héctor Hernández Pardo, coordinador ejecutivo de dicho programa y subdirector general de la Oficina del Programa Martiano.

Asistieron a la reunión los siguientes miembros del Consejo: Mario Alberto Nájera, coordinador internacional de las cátedras martianas y profesor de la Universidad de Guadalajara; el intelectual y político dominicano Max Puig; el italiano Vittorio di Cagno, vicepresidente de la Unión Internacional del Notariado Latino; el investigador estadounidense James Cokcroft; el estudioso mexicano de la obra martiana Alfonso Herrera Franyutti; el profesor y diplomático nicaragüense Francisco Lacayo; la española Rosa Collelldevall, presidenta de la Fundación de Ayuda y Promoción de las Culturas Indígenas; la jurista venezolana Lesbia Morales Castillo; el ensayista venezolano Aníbal Márquez Muñoz; Alfredo Vera, de la Fundación Guayasamín, de Ecuador; y Pedro Montreal, representante de la Oficina de la UNESCO para la Ciencia en el Caribe.

La labor de Cuba en este programa fue dada a conocer por Ana Sánchez Collazo, directora del Centro de Estudios Martianos,

quien informó acerca del trabajo internacional que realizan; el investigador de esa institución Pedro Pablo Rodríguez, que explicó la labor de la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí; Erasmo Lazcano, vicepresidente de la Sociedad Cultural “José Martí”, que se refirió a las diversas tareas de esta organización; y Pedro Martínez Pires, periodista de Radio Habana Cuba, informó acerca de la difusión del Programa de la UNESCO a través de esa emisora internacional.

Durante las sesiones de trabajo fueron incorporados al Consejo el escritor ecuatoriano Raúl Pérez Torres y el profesor Miguel Ángel Candanedo, de la Universidad Nacional de Panamá.

El Ministerio de Cultura ecuatoriano, en alianza con el de Relaciones Exteriores, se hizo cargo de la organización del encuentro, con eficacia, buen gusto y todo género de atenciones. La ministra de Cultura, Eryka Sylva Charvet, dio la bienvenida a los visitantes en la primera sesión de labores, y en el acto inaugural efectuado en la Capilla del Hombre, construida por voluntad del gran pintor andino Osvaldo Guayasamín, la alta funcionaria gubernamental recibió el diploma “Honrar honor” y una estatuilla de Martí, a la vez que recogió la distinción “La utilidad de la virtud” otorgada al presidente Rafael Correa, ambos documentos entregados en nombre de la Sociedad Cultural “José Martí”

También los miembros del Consejo ofrecieron conferencias durante las Jornadas Académicas “Alfaro-Martí y el ideal integracionista latinoamericano” efectuadas en la Universidad Central del Ecuador. En esa oportunidad, Ana Sánchez Collazo se refirió al alcance ético de las ideas pedagógicas martianas, y Pedro Pablo Rodríguez analizó las ideas del ensayo martiano “Nuestra América” en su relación con el pensamiento moderno.

Los viajeros cubanos a Quito depositaron sendas ofrendas florales ante los monumentos a Eloy Alfaro y a José Martí, y fueron invitados por las autoridades de la provincia de Pichincha a efectuar una visita a la población Mitad del Mundo, donde un obelisco marca el punto que divide a ambos hemisferios terrestres y además se encuentra ubicada una estatua del Maestro.

Para resistir la altura andina, los visitantes recibieron un antiguo consejo quiteño: “Caminar despacito, comer poquito y dormir solito.” Cada cual trató de ajustarse a estas reglas, y todos quedamos admirados y agradecidos ante el cariño, la capacidad organizativa y la dedicación de todo el personal ecuatoriano: en eso no hubo poquitos sino una verdadera muestra de amplia solidaridad latinoamericana. ■

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

Nuestros autores

Alpidio Alonso-Grau

Ingeniero, poeta y editor. Miembro de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Caridad Atencio Mendoza

Licenciada en Letras. Poeta y ensayista. Investigadora auxiliar en el Centro de Estudios Martianos.

Eloísa Carreras Varona

Máster en Ciencias Filosóficas. Investigadora auxiliar de la Biblioteca Nacional “José Martí”. Directora del Proyecto *Crónicas* de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Yoel Cordoví Núñez

Doctor en Ciencias Históricas. Investigador titular del Instituto de Historia de Cuba. Miembro Joven de la Academia de Ciencias de Cuba.

Yamil Díaz Gómez

Poeta, periodista y editor. Investigador martiano. Ha ganado varios premios literarios nacionales.

Armando Hart Dávalos

Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano. Presidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

David Leyva González

Licenciado en Letras. Investigador literario del Centro de Estudios Martianos.

Yislenys López Delgado

Licenciada en Letras. Investigadora literaria del Centro de Estudios Martianos.

Luis Ernesto Martínez González

Doctor en Ciencias Pedagógicas. Profesor de la Universidad de Ciencias Pedagógicas “Juan Marinello Vidaurreta”, Matanzas.

Mayra Beatriz Martínez López

Ensayista, editora, periodista. Investigadora del Centro de Estudios Martianos.

Mauricio Núñez Rodríguez

Licenciado en Letras. Ensayista, investigador auxiliar y periodista en la Sociedad Cultural “José Martí”.

Yuseli Pestana Llerena

Doctora en Ciencias de la Educación. Directora de Educación de Posgrado de la Universidad de Ciencias Pedagógicas “Juan Marinello Vidaurreta”, Matanzas.

Rafael Polanco Brahojos

Licenciado en Historia. Ensayista y profesor de Historia de la Filosofía y de Pensamiento Político. Vicepresidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Adelaida Ramos Leal

Licenciada en Geografía. Secretaria ejecutiva de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Pedro Pablo Rodríguez López

Doctor en Ciencias Históricas. Jefe del equipo de edición crítica de las *Obras completas* de José Martí. Investigador titular del Centro de Estudios Martianos.

Rodolfo Sarracino Magriñat

Doctor en Ciencias Históricas. Ensayista e investigador titular del Centro de Estudios Martianos. Profesor del Instituto Superior de Relaciones Internacionales.

Ivan A. Schulman

Crítico norteamericano. Profesor Emérito de Literatura hispanoamericana y comparada en la Universidad de Illinois.

Carmen María Torres Ruisánchez

Licenciada en Letras. Profesora de Literatura en la Universidad de La Habana.

Enrique José Varona

Eminente intelectual, que tras la muerte de Martí asumió el periódico *Patria* y cuya labor patriótica se extendió hasta su fallecimiento en 1933.